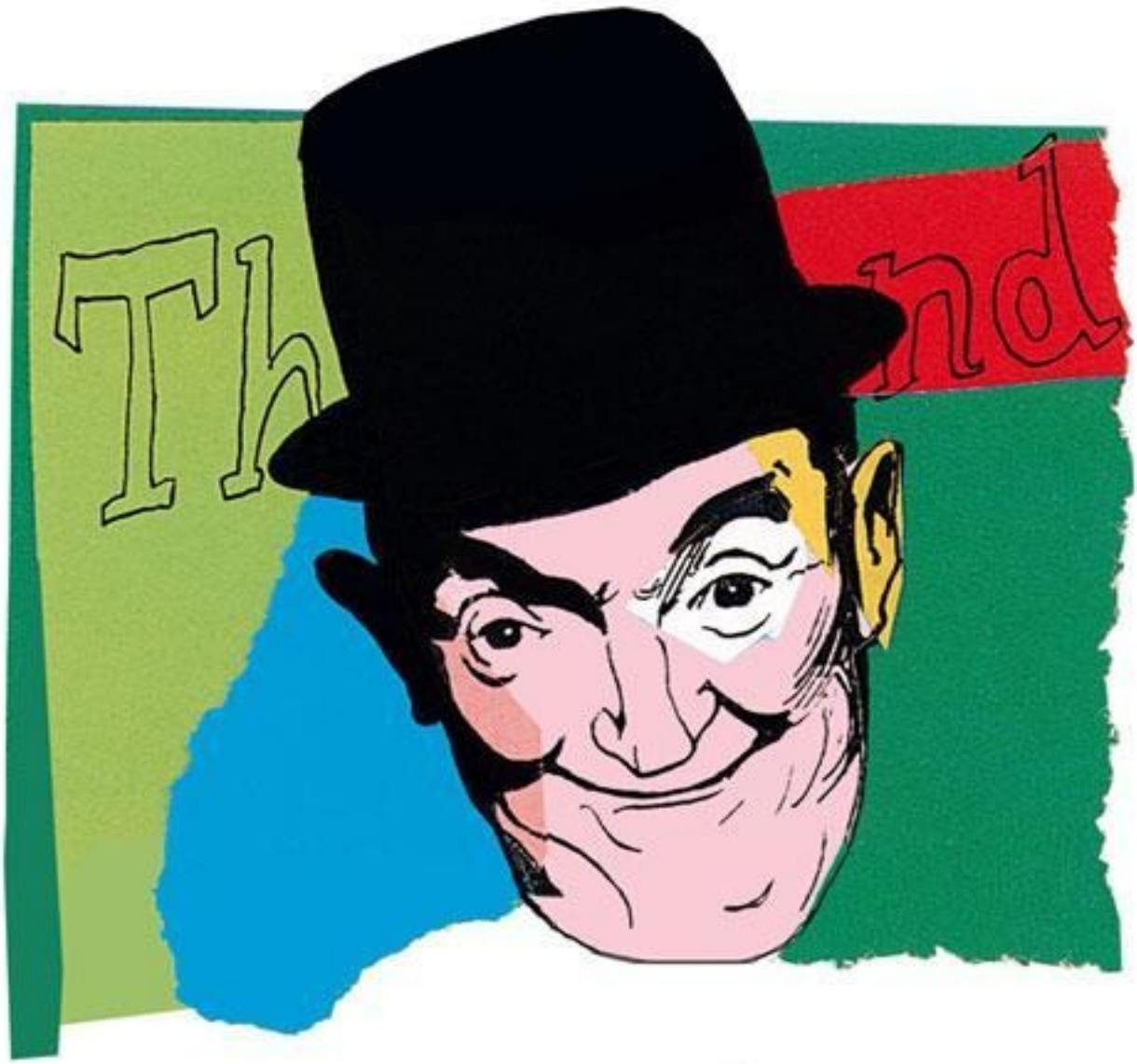
Osvaldo Soriano

Triste, solitario y final



Lectulandia

Stan Laurel, el mítico «Flaco» de la pareja del Gordo y el Flaco, ya viejo y acabado, acude a Philip Marlowe (detective creado por Raymond Chandler), para que averigüe por qué ya nadie lo contrata. Pasado cierto tiempo, Laurel muere. Un Osvaldo Soriano convertido en personaje de ficción se encuentra a Marlowe frente a la tumba del cómico. A partir de este encuentro tendrá lugar la más disparatada y tragicómica serie de hechos, que combina llanto y risa, actores y personajes, realidad y ficción.

Osvaldo Soriano (Argentina, 1943-1977), destacó tanto en su faceta de periodista como en la de escritor. Entre sus obras destacan *Triste, solitario y final, No habrá más penas ni olvido, Cuarteles de invierno, A sus plantas rendido un león, Una sombra ya pronto será o La hora sin sombra*. Sus libros han sido traducidos a dieciocho idiomas y adaptados con éxito al cine.

Lectulandia

Osvaldo Soriano

Triste, solitario y final

ePUB v1.0
GONZALEZ 19.04.12

más libros en lectulandia.com

Editorial / Colección: Seix Barral / Biblioteca Soriano
Año Publicación: 2003
ISBN: 978-95-073-1363-9

Prólogo

“NO TE TOMES EN SERIO NADA QUE NO TE HAGA REÍR”

por Eduardo Galeano

En uno de sus cuentos, Osvaldo Soriano imaginó un partido de fútbol en algún pueblito perdido en la Patagonia. Al equipo local, nunca nadie le había metido un gol en su cancha. Semejante agravio estaba prohibido, bajo pena de horca o tremenda paliza. En el cuento, el equipo visitante evitaba la tentación durante todo el partido; pero al final el delantero centro quedaba solo frente al arquero y no tenía más remedio que pasarle la pelota entre las piernas.

Diez años después, cuando Soriano llegó al aeropuerto de Neuquén, un desconocido lo estrujó en un abrazo y lo alzó con valija y todo:

—¡Gol, no! ¡Golazo! —gritó—. ¡Te estoy viendo! ¡A lo Pelé lo festejaste! —y cayó de rodillas, elevando los brazos al cielo. Después, se cubrió la cabeza: —¡Qué manera de llover piedras! ¡Qué biaba nos dieron!

Soriano, boquiabierto, escuchaba con la valija en la mano.

—¡Se te vinieron encima! ¡Eran un pueblo! —gritó el entusiasta. Y entonces, señalando a Soriano con el pulgar, informó a los curiosos que se iban acercando: —A éste, yo le salvé la vida.

Y les contó, con lujo de detalles, la tremenda gresca que se había armado al final del partido: ese partido que el autor había jugado en soledad, una noche lejana, sentado ante la máquina de escribir, el cenicero lleno de puchos y un par de gatos dormilones.

* * *

Él no escribía sobre sus personajes: escribía *con* ellos. Y en sus libros, abiertos, entrábamos, entramos, los lectores.

Cualquiera de nosotros podría decir:

—No es que lo lea. Es que él me escribe.

Triste, solitario y final fue la primera comunión, y desde entonces la ceremonia continuó en sus libros siguientes.

En esta novela inicial, el autor encuentra, en el camino, a un detective, nacido de otro autor, y con él emprende la búsqueda de un par de cómicos perdidos en la bruma del tiempo. Y tan convidante es el camino que basta leer estas páginas para que cualquiera se convierta en autor, detective y cómico. Con toda naturalidad, como

quien no quiere la cosa, el lector se mete en el libro y acompaña las malandanzas de Osvaldo Soriano, Philip Marlowe, Stan Laurel y Ollie Hardy, que de lío en lío, de tropezón en tropezón, van deambulando por todas partes sin llegar a ninguna.

* * *

Como en un ritual de iniciación, Soriano abrió su vida literaria rindiendo homenaje a sus maestros de la novela policial y el cine mudo. Eran, todos, perdedores. Él nunca pudo tragar a los exitosos, que en estas páginas encarnan John Wayne y Charlie Chaplin, y en cambio se reconoció siempre en los condenados a la ruina, la soledad y el olvido. Por ellos, los nacidos para perder, escribió *Triste, solitario y final*. Y perdió: presentó la novela al concurso Casa de las Américas, y perdió. Ariel Dormían votó en minoría, y la mayoría del jurado premió a otro.

A partir de entonces, Soriano fue un escritor de éxito. Pero él nunca se lo creyó. Ésa no era su música, no sonaba como suya. El éxito no lo cambió ni un poquito, aunque le agobió la vida, y quizá se la acortó, por las exigencias que le impuso.

* * *

No tenía pasta de engrupido. Y más: está científicamente demostrado que se quedó calvo de tanto tomarse el pelo a sí mismo. Así se ganó, en buena ley, el derecho a tomar el pelo a los demás.

Los grandes mitos argentinos, mitos, manías, mitomanías, eran el blanco predilecto de sus chistes, en las largas sobremesas y en las noches de humo y amigos, y también eran el tema recurrente de su obra. Sus novelas, sus relatos y sus crónicas supieron revelar las derrotas que las victorias disimulan, las infamias que las glorias disfrazan, el desamparo y el miedo escondidos bajo las máscaras de la arrogancia. Con ojos implacables y entrañables, Soriano fue capaz de desnudar la ridícula impostación de una sociedad educada en el pánico al ridículo, a la que jamás miró desde afuera. Desde adentro, con dolor y con humor, arrojó sus tortazos de crema a la cara de chantas, fanfarrones y purapintas.

* * *

Era desopilante escuchar las antiheroicas historias que le habían ocurrido desde que nació. Mucho nos dio de reír a quienes tuvimos la suerte de escucharlas en vivo y en directo.

Y no por casualidad fue este perfecto antihéroe quien nos ofreció, en sus obras, la contracara del sistema de valores que en el mundo manda. "No te tomes en serio nada

que no te haga reír", había dicho alguien alguna vez. Con divertida seriedad, sin la menor solemnidad, Soriano se identificó con sus personajes más desvalidos, vagabundos, delirantes, fracasados, especialistas en meter la pata y en vivir historias que siempre acababan mal. Y desde ellos escribió una comedia en la que todos somos actores, y en cada lector encontró un cómplice para el largo atentado que cometió, libro tras libro, contra un mundo que tan al revés recompensa y castiga.

No fue fácil. Trabajó mucho en eso, noche tras noche a lo largo de sus días, guiado por los críticos que le merecían fe. Quiero decir: sus gatos, que a veces maullaban aprobación y a veces le destrozaban las páginas que no valían la pena.

* * *

En el último diálogo de *Triste, solitario y final*, Philip Marlowe pregunta al autor:

—Dígame, Soriano. ¿Por qué se le dio por meterse con el Gordo y el Flaco?

Y Soriano contesta:

—Los quiero mucho.

Así de simple podría ser nuestra respuesta, si alguien nos preguntara por qué seguimos recibiendo la visita de los muchos amigos que él nos presentó escribiendo.

Montevideo, otoño, 2003

En memoria de:
Raymond Chandler, Stan Laurel, Oliver Hardy.

“Hasta la vista, amigo. No le digo adiós. Se lo dije cuando tenía algún significado. Se lo dije cuando era triste, solitario y final.”

Philip Marlowe en *El largo adiós*

Amanece con un cielo muy rojo, como de fuego, aunque el viento sea fresco y húmedo y el horizonte una bruma gris. Los dos hombres han salido a cubierta y son dos caras distintas las que miran hacia la costa, oculta tras la niebla. Los ojos de Stan tienen el color de la bruma; los de Charlie, el del fuego. La brisa salada les salpica los rostros con gotas transparentes. Stan se pasa la lengua por los labios y siente, quizá por última vez en este viaje, el gusto salado del mar. Tiene los ojos celestes, pequeños y rasgados, las orejas abiertas, el pelo lacio y revuelto. Un aire de angustia lo envuelve y a pesar de sus diecisiete años está acostumbrado a fabricarse sonrisas. Ahora, lejos del circo, lejos de Londres, su cuerpo pequeño está rígido y siente que el miedo le ha caído encima desde alguna parte.

Charlie, que frente al público es un payaso triste, sonríe ahora, desafiante y frío. Apoyado en la popa ha inclinado el cuerpo hacia adelante, como si quisiera estar más cerca de Manhattan, como si tuviera apuro por asaltar al gigante.

—Mi padre dijo que el cine matará a los cómicos —ha dicho Stan.

Lo dice con amargura, porque ha recordado a su padre que también es actor y ha visto de frente la ansiedad de los curiosos, la desesperación de los fracasados, la alegría momentánea de una mueca; las ha visto mil veces, y lo ha contado mil veces en la mesa durante las cenas en la vieja casa de Lancashire. Las primeras luces surgen de la niebla y Stan sabe que ya no puede volver atrás, que cualquiera sea su destino, él está allí para aceptarlo.

—Matará a los cómicos sin talento —ha respondido Charlie, sin mirar a su compañero cada vez más lejano, atrapado por las luces. Siente que la hora llega, que toda Norteamérica es un auditorio en silencio que espera verlo pisar la costa. Escucha las exclamaciones de asombro, los aplausos, los ¡vivas! de la multitud, siente que alguien lo abraza y llora. La sirena del barco lo sacude, le hace abrir los ojos claros que tienen más fuego que nunca y descubre a su alrededor el júbilo de sus compañeros de la troupe que festejan la llegada. Stan sonríe brevemente. Se tapa la cara con las manos porque una sensación vaga y molesta le toca el corazón y las tripas. Entre los dedos abiertos que enrejan sus ojos, mira a Charlie y siente que lo quiere como a nadie, porque sabe que está ante un vencedor.

Las lanchas se acercan al barco y lo remolcan. El día es luminoso y la niebla se ha levantado. Algunos actores tragan scotch y dan alaridos incomprensibles. Ellos volverán pronto a Londres, abrazarán a sus mujeres y a sus hijos y narrarán la aventura de la gira. Stan y Charlie no tienen pasajes de regreso. El barco se ha detenido y de la bodega emerge un ganado sucio y mugiente. Una a una las vacas pisan tierra americana y nadie les envidia su destino. Charlie ha encendido un cigarrillo y aguarda su turno en la escalinata. Ya no pertenece a la troupe.

Una ola de sangre caliente inunda las venas de Stan y su rostro se llena de vida.

Adivina que Charlie está apostando por el éxito y la fama. De un bolsillo saca un puñado de chelines y los arroja con fuerza al mar. Se ha quedado solo y si pudiera verse sentiría vergüenza.

—No van a matarme, papá —dice, y salta a tierra.

El viejo Stan Laurel bajó del taxi. Miró el arrugado papel que guardaba en un bolsillo y comprobó el número del edificio. El tránsito era intenso como todas las mañanas en el Hollywood Boulevard. Se detuvo un instante en la vereda. El edificio que tenía frente a él no era nuevo, ni siquiera estaba muy cuidado: el gris de la fachada mostraba la suciedad de los años. Antes de tomar el ascensor se quitó el sombrero. Nadie prestó atención a su cara muy blanca y arrugada. Al llegar al sexto piso se había quedado solo. Salió a un pasillo mohoso, iluminado por un par de lámparas fluorescentes. Caminó unos pasos y se detuvo frente a una puerta de madera deteriorada que tenía un vidrio esmerilado. En él se leía: "Philip Marlowe, detective privado", y más abajo: "Entre sin llamar."

Entró sin hacer ruido. Se había vuelto cauteloso y no supo por qué. Ante él había una pequeña sala de espera con dos sillones y una mesa muy baja sobre la que estaban tiradas algunas revistas viejas. Se sentó. Dejó el sombrero sobre la mesa y tomó una de las revistas, pero sus ojos miraban la habitación. Las paredes estaban absolutamente despojadas y no habían sido limpiadas en los últimos años, aunque alguien se encargara de pasar, de vez en cuando, un plumero que nunca había alcanzado el techo. Stan fijó sus ojos en la puerta entreabierta que tenía frente a él. Inclinó el cuerpo, pero no alcanzó a ver el interior de la oficina. Alguien abrió la puerta por completo.

—Pase, señor Laurel.

Marlowe era un hombre de unos cincuenta años, un metro ochenta de alto, cabello castaño oscuro, aunque las canas lo habían blanqueado demasiado. Sus ojos, también castaños, tenían una mirada dura pero melancólica. Vestía un traje gris claro al que hacía falta planchar.

Stan, pequeño y desgarbado, entró en la oficina. La habitación estaba iluminada por el sol que entraba a través del ventanal. Marlowe se acomodó en su sillón, tras el escritorio viejo y oscurecido por el polvo y el hollín.

—¿Cómo supo mi número? —preguntó el detective, mientras con un gesto invitaba a Stan a sentarse.

—En verdad, señor Marlowe, lo tomé al azar de la guía.

Marlowe encendió un cigarrillo y echó su cuerpo hacia adelante.

—¿Pidió referencias? ¿Sabe al menos quién soy?

—No. No lo hice. ¿Qué importa eso? Usted anda en este trabajo desde hace muchos años, según me dijo por teléfono. Si me gusta lo contrataré.

—No es un buen procedimiento, señor Laurel. Usted es un hombre famoso. Podría pagar los servicios de una agencia.

—Soy un hombre famoso al que nadie conoce, señor Marlowe. Se equivoca. No puedo pagar una agencia. No tengo mucho dinero. ¿Cuánto me dijo que cobraba por su trabajo?

—Cuarenta dólares diarios y los gastos.

—Está dentro de mis posibilidades, siempre que los gastos no sean muchos.

—¿Está seguro de no ser un avaro?

—Estoy casi en la ruina si le interesa saberlo. Tal vez no le convenga perder su tiempo conmigo.

—Eso lo veré después. Antes quiero saber por qué uno de los cómicos más famosos de Hollywood viene a visitar al viejo Marlowe. No me ocupo de divorcios ni persigo a jóvenes drogadictos.

—No es ése mi problema.

—Me encanta saberlo. Lo escucho.

—Me estoy muriendo, señor Marlowe.

—No se nota.

—Sin embargo, es así. Ollie tuvo suerte. Le falló el corazón y terminó con todo. Yo me estoy muriendo lentamente, pero creo que las cosas deberían ser mejores para un viejo actor.

—Usted no necesita un detective —gruñó Marlowe—. Hable con un agente de seguros y con un sepulturero.

—No creo que tome en serio a sus clientes.

—Usted no es mi cliente, señor Laurel. Me parece un hombre desesperado ante la proximidad de la muerte y yo no me ocupo de esos problemas. Si me permite una sugerencia, hable con un cura; usted necesita un consejero espiritual. Tal vez lo metan en un asilo de ancianos.

—No necesito consejos. Sé cómo recibir la muerte. Tengo setenta y cinco años, filmé más de trescientas películas, recibí un Oscar, conocí el mundo, me casé ocho veces, varias de ellas con la mujer que ahora está a mi lado. No me importa morir. No vine aquí a pelearme con un detective impertinente que ni siquiera tiene su oficina limpia. Vine a contratarlo. No se ofenda, Marlowe, pero usted es un tonto. Con esos modales no lo alquilarán ni para cuidar el perro de un ejecutivo. Y lo peor es que ya es demasiado grandecito para cambiar.

—No rezongue, señor Laurel. Me gano la vida como puedo. No tengo demasiado dinero porque me niego a atender las chocherías de los viejos.

—Muy bien —el actor se levantó de su sillón—, aquí tiene mi teléfono. Llámeme si cambia de idea. Usted es muy torpe, pero me parece decente.

Stan Laurel abandonó la oficina con la misma cautela con que había entrado. El

detective lo siguió con los ojos. Cuando la puerta se cerró, echó una mirada a su reloj. Eran más de las doce. Bajó a la calle y caminó dos cuadras hasta el bar de Víctor. Comió un sándwich y tomó una Coca-Cola. Se quedó un rato pensando en el viejo Laurel. Fumó lentamente un cigarrillo. Pidió un diario a Víctor y buscó la página de espectáculos. En un cine de segunda categoría daban un programa de cortos cómicos: Charles Chaplin, Laurel y Hardy, Buster Keaton, Larry Semon. Salió a la calle.

Un frío seco, cortante, extraño en Los Ángeles, obligaba a la gente a envolverse en sobretodos y a caminar con apuro. El sol había desaparecido detrás de la muralla de edificios. Marlowe volvió a su oficina. Del escritorio sacó una botella de whisky y un vaso. Se echó en el sillón, puso los pies sobre el escritorio y tomó algunos tragos. Encendió otro cigarrillo, pero lo apagó en seguida. Intentó dormir. Cerró los ojos, pero fue inútil. Pensó que desde su divorcio apenas había trabajado en un par de casos. Después de separarse de su mujer, anduvo varios meses vagabundeando, borracho, por los suburbios de la ciudad. Recibió un par de palizas y durmió cuatro noches en la cárcel. Entonces decidió alquilar nuevamente su antigua oficina. Cada vez estaba más cansado y sus ahorros —mil doscientos dólares— volaron en seguida. Tuvo que vender el auto para alquilar una casa de dos habitaciones en un barrio de clase media, en las colinas bajas.

Metió la mano en el bolsillo y sacó algunos billetes arrugados. Los contó: veintisiete dólares con cincuenta. "Ánimo, Marlowe —se dijo—, las estupideces se pagan siempre", y recordó su casamiento con Linda Loring, una millonada posesiva, que lo rodeó de lujo y lo colmó de aburrimiento durante seis meses.

No podía dormir más de dos o tres horas por día. Decidió ir al cine de los cómicos. Necesitaba reír un rato. Tomó un ómnibus que lo dejó a tres cuadras. Caminó con pereza. Hacía cada vez más frío. Levantó la cabeza para ver, sobre los edificios, un cielo color de plomo. A su lado, la gente pasaba apresurada. Se dio cuenta de que no tenía sobretodo. Lo había perdido en una noche de borrachera.

Sacó la entrada y se quedó en el hall fumando un cigarrillo. Esperó a que terminara la película de Chaplin. No le gustaba ese hombrecito engreído, al que siempre le iba mal en las películas y bien en la vida. La empleada de la boletería lo miraba. Era una mirada curiosa que recorría el traje arrugado. Se enderezó las solapas, pero ella lo siguió observando. Él le guiñó un ojo y la muchacha dio vuelta la cara. Entró. Había poco público a esa hora y todos estaban juntos, como protegiéndose del frío. Marlowe se sentó en una butaca desvencijada. Vio a Buster Keaton, que subía y bajaba escaleras a toda velocidad con su cara imperturbable y trágica. Vio a Laurel y Hardy, que trataban de vender un árbol de Navidad a Jimmy Finlayson. Los vio luego destruir la casa del furioso cliente, mientras este rompía el Ford a bigotes del gordo y el flaco ante una multitud de vecinos curiosos. Empezó a reír y no pudo parar. Sintió dolores en la barriga, pero aquellos dos hombres no se

detenían nunca; lo obligaban a reír cada vez más. Cuando apareció en la pantalla el policía Edgar Kennedy, Marlowe se paró y abandonó la sala. No quería saber si los llevaría presos. Caminó unas cuadras y tomó el ómnibus. Llegó a la oficina a las seis de la tarde. Quedaba poca gente en el edificio. No sabía por qué regresaba allí. No tenía trabajo y nadie lo esperaba. Tomó un trago y se quedó sentado hasta que la oscuridad lo rodeó. No tenía ganas de levantarse a encender la luz. Empezó a sentirse mal. Siempre se sentía mal al caer la tarde. Tal vez Capablanca quiera jugar una partida de ajedrez, pensó. Cerró la oficina y salió. El ómnibus tardaba casi una hora en llegar a su casa.

Subió los escalones de tronco de pino del viejo chalet. Los yuyos habían cubierto el jardín. Abrió la puerta y encendió la luz del porche. "Una tarde me voy a quedar a cortar los yuyos", se dijo. Entró. La sala olía a encierro y resultaba tan poco acogedora e impersonal como siempre. Preparó algo de comer en la cocina. Sacó el tablero y desplegó las piezas. En verdad no tenía ganas de jugar. Guardó el ajedrez. Se sentía peor que Capablanca. Comió poco. Encendió el televisor y vio el noticiero. El presidente Johnson ordenaba bombardeos en Vietnam. Apagó el televisor. Recordó algunas palabras que Laurel le había dicho esa mañana: "Las cosas deberían ser mejores para un viejo actor." Tal vez ahora Stan estuviera viendo ese noticiero. Tomó el teléfono y marcó el número que el actor le había dejado.

—Habla Marlowe, señor Laurel.

—Me alegra que haya cambiado de opinión, hijo.

—No se trata de eso. Necesitaba hablar con alguien.

Hubo un silencio en la línea. Durante casi un minuto no se atrevieron a interrumpirlo. Por fin, Laurel:

—¿Por qué me eligió a mí?

—Lo vi esta tarde en un cine. Daban *Ojo por ojo*. Hacía por lo menos diez años que no veía una película del gordo y el flaco. Me fui antes de que terminara, cuando llegó el policía.

—¿Tiene alergia a la policía, Marlowe?

—Siempre lo arruinan todo.

—Es cierto, Ollie y yo terminamos perseguidos por el policía Sanford. ¿Por qué eligió esa profesión?

—Es muy difícil saberlo ahora. Trabajé con el fiscal del distrito hace tiempo, pero soy demasiado irrespetuoso con la autoridad. Decidí seguir solo. Desde entonces estuve varias veces en la cárcel. No me gusta colaborar.

—Yo también necesitaba hablar con alguien —lo interrumpió Laurel.

—¿Por eso fue a verme esta mañana?

—Creo que sí. Iba a pagar su tiempo.

—Deberíamos suscribirnos a Corazones Solitarios.

—Creí que el cómico era yo, Marlowe.

—Hace tiempo que dejó de serlo.

—Usted es muy duro conmigo. ¿Siempre es así?

—En los ratos libres corto los yuyos del jardín y juego al ajedrez.

—La soledad lo ha vuelto hosco, Marlowe. ¿Alguna vez quiso a alguien?

—Una vez. Me casé con ella, pero era demasiado tarde. No anduvo.

—Quise decir si tuvo amigos.

—Recuerdo uno. Se llamaba Terry Lennox. Era inglés, como usted. Trabajó en películas, como usted. Estaba deshecho y terminó montando una comedia para escapar de la realidad. No volví a verlo. Estoy tan solo como es posible estarlo en este país.

—¿Puedo verlo mañana, detective? Le adelantaré cien dólares. ¿Está bien?

—¡Al diablo con los cien dólares! Le dije que mi oficina no es un confesionario. Olvídese de todo. Tomaremos un gimlet y no lo veré más. Cuando quiera recordarlo iré al cine. Usted era más divertido antes, Laurel.

—¡Cámara!

La cara del gordo se ha transformado en una máscara payasesca por el maquillaje. Está ante la enorme cocina de un restaurante, frente a decenas de cacharros, y el vapor que sale de ellos lo envuelve y lo hace sudar. Los mozos entran uno tras otro y llevan los pedidos, vuelcan los guisos y las sopas. El piso es un enchastre de patas de cordero, papas, verduras, sobre las que el gordo y los mozos resbalan una y otra vez; caen al suelo dibujando cabriolas espectaculares. La acción se interrumpe a menudo. El flaco corre de un lado a otro, grita instrucciones, habla con el gordo y le marca las escenas siguientes.

Los días del ensayo previo lo han dejado conforme. "Ese gordo tiene talento y hará reír mucho", piensa Stan. Está feliz porque Hal Roach le ha dado una oportunidad para dirigir un filme. Hace catorce años que llegó a Estados Unidos y se ha ganado la vida en Hollywood como actor de comedias sin demasiado éxito.

Ollie pesa ciento cuarenta kilos, pero los lleva sin esfuerzo. Quiso ser actor desde que dejó su casa de Georgia, contra la voluntad de su padre. Cuando filmó su primera película parecía un bebé rozagante al que el público esperaba que le pasaran cosas terribles. Pero era muy difícil triunfar. Chaplin había acaparado al público, a la prensa, y todo el mundo hablaba de él.

Ahora Ollie está contento. Siente que Laurel es un tipo inteligente, que sus guiones son precisos y ricos, que sus observaciones son certeras. Será, cree, un gran director. El gordo deja que los auxiliares lo maquillen otra vez, mientras escucha los gritos del flaco que se acerca y controla el efecto que los cosméticos han conseguido

sobre su cara. Todo está listo para filmar la siguiente escena. Alguien, en el estudio vecino, hace sonar un tango. Ollie sonríe. Recuerda aquellos rosedales de Palermo; los mateos y los bares de la estación Retiro. Buenos Aires era una linda ciudad en 1915.

Ollie camina lentamente hacia las luces del escenario donde las cámaras están listas. No sabe por qué, pero otra vez recuerda los rosedales, las mujeres tímidas y los hombres impecables que las toman del brazo. Los compases del tango le traen a la memoria a aquel hombre, al bandoneonista —Pacho lo llamaban—, que siempre estaba haciéndole chistes por su barriga y su lamentable español. Tenía que ayudarlo en todo. Pacho sospechaba que Ollie comprendía el español, pero hablaba en inglés para no meterse en líos. El tango ha dejado de oírse y el gordo sonríe frente al flaco y le hace un gesto cómplice. El flaco entiende y sonríe también. Ahora recuerda su viaje a la Argentina, en 1914, sus acrobacias de payaso en un teatro céntrico (el Casino, cree recordar), la esperanza que tenía de ser alguna vez actor de cine o director. Quizás ha recordado aquellos corralones donde podía escucharse el tango y compartir un vaso de vino con hombres de pañuelo al cuello y mirada sobradora.

—¡Cámara!

La acción recomienza en el mismo exacto lugar donde Stan había ordenado el corte anterior. Ollie tiene que resbalar una vez más, debe odiar a los mozos que han dejado caer al suelo sus bandejas. El giro es perfecto y la armonía de sus movimientos logra una extraña forma de poesía grotesca.

El resbalón y la caída parecen un cataclismo. Stan sonríe satisfecho. El gordo lo ha logrado. Ollie grita. La escena se rompe en mil pedazos. Stan ordena el corte de cámaras. Corre hacia el escenario. Al caer, el gordo ha arrastrado una olla de agua hirviendo. Tiene el brazo derecho rojo y la piel empieza a arrugarse. Ollie grita cada vez más. Alguien corre en busca de un bálsamo para quemaduras. Stan se toma la cabeza. Quiere llorar y no lo consigue. Todo su plan se desmorona, ya no habrá película. Furioso, patea los cacharros y lanza golpes al aire, resbala sobre una planta de lechuga, trastabilla, tropieza contra las piernas del gordo que sigue gritando y cae de narices.

Hal Roach grita satisfecho, levanta los brazos y los agita, masca su cigarro con ferocidad.

—¡Los encontré! —grita—. ¡Son ellos!

A su alrededor nadie ha podido contener una carcajada. La caída del gordo y la furia del flaco —que ahora está tirado y golpea los puños contra el suelo— han sido una de las cosas más desopilantes que se han visto en el estudio. Roach vocifera hasta que un asistente corre a su lado.

—¡Contrátelos! —ordena con voz entrecortada—. Es la pareja más cómica que he visto en mi vida.

Laurel se ha levantado y camina hacia Roach. Su rostro tiene el gesto del llanto, pero sólo siente pena.

—¡Qué cagada, Dios mío! —Se toma la cabeza. Roach lo mira sonriente.

—¿Se anima a repetirlo? —pregunta, ordena—. Directores hay muchos, Stan.

El flaco no comprende. Atrás, una enfermera embadurna el brazo de Ollie y le coloca una venda desprolija. El gordo siente un ligero alivio. La risa de los asistentes le ha dado mucha rabia. No ha entendido tampoco qué hacía Laurel en el suelo, junto a él. Ahora se acerca al productor y a Stan; va a decirles que dentro de una semana podrá seguir trabajando. Los dos hombres lo miran. Roach es feliz.

—Creo que ustedes van a hacer reír —dice.

Cuando Laurel entró a la oficina, Philip Marlowe leía un libro sentado en su sillón; las largas piernas del detective estaban sobre el escritorio y sus pies se apoyaban sobre un montón de carpetas. Los zapatos brillaban limpios y lustrados, pero las suelas tenían agujeros y a los tacos de goma se les veían los clavos. Laurel se paró ante el escritorio y observó con atención al hombre que seguía distraído.

—Buen día —saludó.

El detective levantó los ojos. Miró un largo rato al viejo que vestía un traje pasado de moda, pero limpio y bien planchado. En las manos llevaba un sombrero y el sobretodo que se había quitado antes de entrar. Sus ojos eran brillantes y sonreía, como si hubiera algún motivo para hacerlo. Pasó un largo minuto antes de que Marlowe dejara el libro sobre el escritorio y encendiera un cigarrillo.

—Creo que se equivocó de puerta.

—Usted necesita un empleo y yo se lo ofrezco —dijo el actor.

—¡Qué interesante! ¿De qué se trata?

—¿Qué está leyendo? —replicó Laurel.

—Una novela policial. Un detective de la agencia Continental llega a un pueblo y se mezcla con una banda de criminales y con la policía y anda a los tiros con todo el mundo. No es un hombre delicado, se lo aseguro. Me hubiera gustado tenerlo de socio. La novela no dice cómo se llama, pero podría encontrarlo a la vuelta de una esquina.

—¿Alguna vez tuvo que matar a alguien? —dijo Laurel, y se ruborizó.

—Alguna vez. Casi lo he olvidado.

—El suyo es un oficio duro.

—Lo fue. Cuando tenía lío podía ganarme algunos dólares. Ya estoy un poco viejo para eso. ¿Qué me ofrece usted, Laurel?

—Cien dólares de adelanto. Acepto su precio.

—¿Trajo el dinero?

—Aquí está. Hoy lo veo más comprensivo.

—Tengo algunos problemas que solucionar. Eso me hace más estúpido. ¿Por qué no se sienta?

Laurel se sentó.

—Quiero saber por qué nadie me ofrece trabajo. Si tratara de averiguarlo por mi cuenta arriesgaría mi prestigio. Hay muchos veteranos trabajando en el cine y en la televisión. Yo podría actuar, o dirigir, o escribir guiones, pero nadie me ofrece nada desde hace muchos años. Oliver consiguió trabajo una vez, en una película de John Wayne, pero fue un fracaso. Tuvo que ir a pedirlo. Yo nunca quise hacer eso.

—¿Conoce a mucha gente en Hollywood? —preguntó Marlowe.

—Algunos viejos, a los que no veo hace tiempo, y dos muchachos que vienen a verme de vez en cuando para charlar sobre la comicidad. Ellos tienen mucho trabajo. Usted los conoce: Jerry Lewis y Dick van Dyke.

—No voy mucho al cine, pero los he visto. ¿Son sus amigos?

—Dick es un amigo. Tiene talento; mucho talento. Me considera su maestro. Viene a casa y charlamos largas horas.

—¿Por qué no lo contrata?

—Él no puede contratarme. Es posible que no se anime a incluir en sus películas al viejo maestro.

—Entiendo. Por ahí anda a las trompadas un muchacho a quien le enseñé el oficio, pero no se le ocurre colaborar con el viejo Marlowe. Viene a visitarme para tomar whisky. Me consulta sus casos, me da la mano y se va. Lew es un gran muchacho, preocupado por el psicoanálisis, pero debe creer que los viejos viven del aire. Los productores pensarán que usted está en buena posición y que sin Hardy no le interesa trabajar.

—Cuando él vivía tampoco nos ofrecieron nada. En el cincuenta y uno hicimos una película en París. Fue lo último.

—¿Ganaron dinero?

—No. La película fue un fracaso. Ollie estaba enfermo y no podía moverse demasiado. Yo también había estado con ataques y no era un buen momento. No filmamos en Estados Unidos desde que Ollie volvió de la guerra.

—¿Hardy fue a la guerra?

—Había recibido instrucción en un colegio militar cuando muchacho. Lo llamaron y le dieron el grado de capitán. Estuvo en Gibraltar.

—¿Él quería ir al frente?

—Era un muchacho muy despreocupado. Lo tomó en broma. Me dijo: "Me voy al frente" y no lo vi hasta un año después. Cuando me contó sus anécdotas pensé en filmar una película, pero él estaba muy dolorido por todo lo que ocurrió y preferimos dejarlo.

—¿Cuándo murió?

—En 1957, en un hospital. Estaba muy enfermo y paralítico. Fue una época muy difícil. No fui al entierro y me criticaron por eso, pero no podía ir.

—¿Por qué?

—Ollie no era sólo un amigo. Era parte de mí; ninguno podía ser nada sin el otro. Nuestra vida fue el cine y lo compartimos todo. No nos veíamos mucho, pero hacíamos lo único que justificaba nuestra vida: filmar. Pronto me di cuenta de que éramos uno solo. Yo no podía asistir a mi propio entierro.

—¿Por qué me dijo ayer que estaba muriendo?

—Estoy enfermo, Marlowe. Soy diabético y tengo ataques. Sé que no me queda mucho tiempo. Pero no era eso lo que trataba de decirle. Desde que no trabajo me estoy muriendo un poco cada día. Cuando uno tiene un solo motivo para vivir, y ese motivo desaparece, siente que está de más. Quiero que usted averigüe por qué los productores me han olvidado.

—¿Tuvo relación con los diez de Hollywood?

—¿Los diez de Hollywood?

—Sabe de qué hablo: los juicios de Joe.

—Los conozco, pero nada más.

—Espero que no me mienta —dijo el detective—; la política ha dejado fuera de carrera a más actores que la droga. Usted conoce bien todo eso. Si Joe veía rojo era para echar a correr. Sé de uno de los condenados. Pasó nueve meses preso por vender bonos para el partido. Él quería ayudar a los otros detenidos y lo metieron adentro. Su vida resultó un desastre: uno puede ser un desgraciado y seguramente irá preso. Haga la prueba. Señale a los culpables de su suerte y le darán una buena celda. Hágase rico o sea un rebelde famoso y lo aplaudirán.

—No se enoje, detective.

—No estoy enojado —Marlowe levantó la voz—, pero me molesta que se haga el inocente, Laurel.

—No entiendo —Stan bajó el tono.

—Déjelo.

—Una vez Buster Keaton me dijo que habíamos cometido un error, porque nuestros argumentos se basaban en la destrucción de la propiedad privada y en el ataque a la policía. Decía que la gente se reía de eso, pero en el fondo nos odiaba.

—¿Dónde está ahora Keaton?

—Creo que en Canadá, haciendo películas de turismo. Está en la miseria.

—¡No me diga!

—Muchos cómicos terminaron así. Chaplin se salvó.

—¿Se salvó? —se burló el detective.

—A él también lo persiguieron. Tuvo que irse.

—Vea, amigo, cuando en este país lo persiguen a uno en serio, es difícil escapar.

Chaplin fue un rebelde famoso, lleno de mujeres y de millones. Joe no tenía interés en meterlo a la sombra. Un día de éstos volverá a pasear su esqueleto por Hollywood y le harán reverencias. Es posible que le levanten un monumento. Usted y yo estaremos pidiendo limosna en la entrada de los estudios.

—No exagere —respondió el actor.

—Está bien. Estoy sintiendo frío. Cambiemos este billete de cien en lo de Víctor. Prepara un gimlet de primera y a esta hora el bar está casi desierto. Víctor no se ha despeinado del todo y todavía tiene las manos limpias y una sonrisa.

—No bebo a esta hora.

—A mucha gente le pasa lo mismo. Por eso Víctor está limpio y sonriente.

Ollie se ha sentado en un sillón donde el cuerpo parece estar de sobra. Fuma un cigarro de discreta calidad, tratando de que las cenizas no caigan sobre el piso brillante del hall. Su vista sube, baja, gira y se detiene en los cuadros de las paredes, en los muebles, en todo ese lujo que adorna la sala confortable pero deshabitada.

"Qué viejo está", piensa la secretaria vieja, que ha entrado por una puerta enorme y se acerca al gordo con una sonrisa.

—El señor Wayne lo recibirá en un momento —le dice y aun cuando ha terminado de hablar sostiene su mirada a través de los lentes.

—Gracias —contesta el gordo, e inclina la cabeza a modo de saludo. A ella le parece que el juego es el mismo de siempre, sólo que falta Stan para levantar su sombrero y responder al saludo.

El gordo no se ha movido del sillón y continúa mirando discretamente a su alrededor, hasta descubrir un par de pistolas que se cruzan formando una equis sobre la pared, justo frente a él. A la derecha, una bandera norteamericana cuelga inmaculada, como si alguien se tomara el trabajo de lavarla de vez en cuando, de cuidar sus pliegues imperfectos.

Apaga el cigarro y se arrellana en el asiento. Hace mucho tiempo que no ve a John y le da un poco de vergüenza visitarlo para pedirle trabajo. Stan le ha dicho que no se apresure. No le habló mal de Wayne porque nunca habla mal de nadie, pero él se dio cuenta de que no le cae simpático. Tal vez haya sido una imprudencia molestarlo, interrumpir su trabajo.

La puerta se abre y la secretaria, solemne y curiosa, le indica que pase. Transpone la puerta enorme y encuentra el vacío. Allá, a lo lejos, un cowboy se pone de pie y levanta los brazos, jovial y descansado, como si acabara de despertarse de una siesta.

—¡Mi viejo Ollie! —grita. Avanza. Sacude el cuerpo flaco, excesivamente alto. Lleva un pantalón vaquero de cuero y una chaqueta de cheyenne; a ambos lados de la cintura cuelgan las pistolas. Cuando están a dos metros el gordo anticipa la mano derecha y una sonrisa. Wayne, con la velocidad de un rayo, saca sus pistolas y aprieta

ambos gatillos a la vez.

Hay un chasquido seco, absurdo, que se pierde en el aire; una carcajada falsa, hiriente, más de complicidad que de gozo, deforma la cara del cowboy. Ollie comienza a sonreír. Es una respuesta tímida y sorprendida que se apaga pronto. Wayne sigue riendo mientras las pistolas giran en sus dedos, pasan de una mano a otra antes de caer en las fundas.

—¡Mi viejo Ollie! —repite Wayne y estrecha los hombros del gordo que sonríe sin ganas, apenas con un gesto quebrado—. ¿Qué te parece mi ropa para la próxima película? —pregunta Wayne.

—Estás muy bien, sos un verdadero cowboy —contesta Ollie y su mirada recorre cada detalle.

—Hay que cuidar la forma, Ollie —dice Wayne mientras levanta las cejas—, el público no quiere vaqueros mal entrazados, que den risa.

Hace un paréntesis, como disfrutando, y agrega:

—Ustedes sí que dieron risa. Ya lo creo.

—Gracias —contesta el gordo, que sostiene el sombrero entre sus manos.

Lo ve alejarse hacia el escritorio, en el fondo del salón, y lo sigue con paso lento. No hablan. La enorme figura del vaquero se hace más imponente al recortarse frente al ventanal. Se sienta tras el escritorio y saca un cigarrillo que enciende con una pequeña pistola. Una enorme pintura de Custer se empequeñece a sus espaldas. Por fin, habla:

—¿Qué te trae de visita, Ollie?

El gordo vacila. Parece un principiante, o un viejo estúpido. Dice en voz baja:

—Busco un papel, John; algo para mí solo. Stan y yo tenemos algunas propuestas, pero él prefiere elegir los guiones. Estudia demasiado las cosas y entretanto...

—Ustedes todavía pueden trabajar, Ollie... ¿Qué es eso de separarse?

—No nos separamos, John, busco algo transitorio. Mi situación no es buena y unos dólares me vendrían bien.

Wayne ha sacado una pistola y mira dentro del tambor, lo hace girar, sopla el humo del cigarrillo a través del caño.

—Debí imaginarlo. Puedo darte algo en *The Fighting Kentuckian*. Un villano o algo así.

—Un villano...

—Algo así.

Se miran. El gordo se siente como un elefante indefenso ante el cazador. Ahora sabe que Stan tenía razón. Aquí está, convertido en un villano, disfrazado con un gorro de piel y una carabina.

—Arregla con el ayudante de producción —oye decir. Sale. No sabe si ha tendido

otra vez su mano, pero se la lleva a la boca y siente gusto a pólvora. La vieja secretaria lo despide con una sonrisa. "¡Qué viejo está!", piensa.

El ómnibus lo dejó cerca de Santa Mónica. El palacete de John Wayne ocupaba una manzana, tenía dos plantas y estaba rodeado de jardines. Observados a distancia, eran como manchones verdes en los que se mezclaban flores rojas y pinos y fuentes de agua. Marlowe pasó de largo. Aunque nadie la custodiaba, la mansión tenía algo de infranqueable.

Por fin, el detective se decidió. Volvió sobre sus pasos y cruzó los jardines. Caminaba lentamente, levantando la vista hacia las ventanas del piso alto. Nada indicaba que la casa estuviera habitada. Llegó a la puerta principal e hizo sonar la campanilla.

Esperó algunos segundos y repitió el llamado, pero nadie respondió. Dio un rodeo a la mansión. El sol débil del invierno se ocultaba y un viento fresco cruzaba por el jardín. Marlowe lo sintió en el pecho. Se preguntó si éste sería el mismo lugar al que quince años antes había llegado el gordo Oliver Hardy a pedir trabajo. Pensó (mientras en sus labios se dibujaba apenas una sonrisa) que él estaba ahora en la misma situación que aquel gordo: sin un dólar y con los huesos cansados de tanto andar. De pronto, tuvo necesidad de entrar en esa casa, de recorrer los pasillos. Llegó al contrafrente. Dos ventanales estaban entreabiertos. Desde el interior surgían voces y extraños sonidos. Se preguntó si habría una fiesta. Probó el picaporte de una de las puertas y abrió. Era un pasillo oscuro por el que avanzó casi a tientas. Por fin entró a una habitación cubierta de sombras. Tomó por otro pasillo hasta una escalera. Las voces eran más intensas y algunos destellos de luz llegaban desde la planta alta. Comenzó a subir. Una voz grave y pausada lo detuvo.

—¿Adónde cree que va?

Un cincuentón cuadrado y macizo se colocó frente a él. Estaba vestido de cowboy. Las ropas eran flamantes y despedían brillo. En el pecho el grandulón tenía colocada una estrella de sheriff. En la mano derecha sostenía un revólver.

—Un raterito, ¿eh? —gruñó el sheriff.

—Soy Philip Marlowe, detective privado. Busco al señor Wayne.

—Al señor Wayne —repitió el otro—. ¿Sabe lo que hacemos aquí con los intrusos?

—Sí. Les dan un papel de villanos en una película.

—¿Cómo adivinó? En las películas del Oeste los villanos siempre salen castigados. A veces ni se pagan su ataúd. Empiece a subir, compañero.

Marlowe avanzó por la escalera. Detrás, el cowboy parecía un oso sosteniendo un revólver. Entraron en una habitación donde media docena de vaqueros tomaban whisky y Coca-Cola. Un par de ellos se dio vuelta para mirar a los recién llegados,

pero no les prestaron a tención. El cazador empujó su presa hacia un extremo del salón. Marlowe reconoció a John Wayne que conversaba con dos rubias. Nunca creyó que pudiera ser tan alto. Estaba de pie y sostenía un vaso de whisky en una mano.

—Lo encontré husmeando abajo, señor. Un raterito, si me permite que lo juzgue por su aspecto. Iba a darle una paliza, pero me dijo que era detective privado y que quería hablar con usted.

—¿Cómo se llama? —preguntó Wayne, sin mover un músculo, ni dar demasiada importancia al asunto.

—Philip Marlowe. Si ese oso deja de apuntarme podría mostrarle mi credencial.

—Guarda la pistola, Johnson —el hombre obedeció—. Hable, amigo. Estoy trabajando y tengo poco tiempo.

El detective no supo qué decir. Era absurdo recordar aquel episodio de quince años atrás, cuando el hombre gordo, uno de los más grandes cómicos del cine, se plantó frente al cowboy para pedirle un papel en una película. Wayne se lo había dado.

—Quisiera un papel en una película —dijo Marlowe.

Wayne lo miró, incrédulo. Sacudió su cabeza, de la que colgaba un sombrero tejano.

—Usted es un bromista inoportuno o un idiota. Nadie pide un papel en una película de esta manera. Entra en mi casa sin que lo inviten, por la puerta de atrás, dice que es un detective y termina pidiendo un trabajo. Creo que usted busca una paliza.

—¡Eso, jefe! ¡Una paliza! —gritó Johnson, mientras tiraba un derechazo que dio en una oreja del detective. Marlowe tambaleó, pero alcanzó a mantenerse de pie.

Wayne soltó una carcajada. Dio un paso al frente y con la pierna derecha aplicó una patada en la barriga del detective. Éste cayó hacia atrás. Johnson le dio con la culata del revólver en el cuello. El detective lanzó un par de gemidos, se ahogó y cayó de costado.

Un hilo de sangre le corría desde la oreja golpeada. Tenía el rostro morado. Intentó levantarse. Abrió una mano delante de la cara como pidiendo que no lo castigaran más. Un hombre que estaba a su lado le volcó una botella de Coca-Cola en la cara. Marlowe escuchaba a la distancia la música de un circo remoto y se vio cercado por las fieras. Se sentía como un espectador imbécil que por error entra a la jaula y es atacado por los leones.

—¡Usted es una mierda! —gritó y sintió un gusto amargo en la garganta. Wayne se acercó y tiró una patada que destrozó la nariz del detective. Todo dio vueltas en su cabeza. Se sintió impotente; no tenía ganas ni fuerzas para defenderse. Sentía que tragaba sangre y paladeaba un sabor dulce.

—¡Corten! —gritó alguien. Las poderosas luces se apagaron y varios hombres

corrieron hacia el detective que sangraba en el piso. Tenía las ropas destrozadas.

—Fue una gran toma —dijo satisfecho el director, que sostenía un enorme cigarro en la boca y vestía camisa a cuadros negros y rojos—. Un gran realismo, señor Wayne. Tal vez podamos utilizar la escena en algún filme.

—Tírenlo —murmuró Wayne, mientras daba vueltas el cuerpo de Marlowe con su bota negra—. Hay que seguir trabajando.

Marlowe despertó en un hospital. Parpadeó y sus ojos percibieron el blanco inmaculado de las paredes, de las sábanas, de los médicos y de las enfermeras. Se tocó la cara. Estaba forrada. Sólo la boca y los ojos asomaban entre las vendas.

—Parece que se cayó de la estatua de la Libertad —dijo una voz a su lado.

El detective giró la cabeza y encontró la pequeña figura de Laurel. Reconoció el rostro cruzado por las arrugas, los ojos pequeños que parecían estar lagrimeando siempre.

—Acertó, amigo. Pero no lo lamente. Siempre estoy cayendo y ya me acostumbré. ¿Cuántos huesos rotos tengo?

—Los de la nariz, pero ya los han puesto en su lugar. La oreja derecha no le servirá para escuchar a Mozart, si es demasiado exigente. Lo demás se curará pronto.

—¿Puedo irme a mi casa?

—Tal vez mañana lo dejen salir. Los del hospital hicieron la denuncia a la policía. ¿Qué les dirá?

—Que me agarró una bicicleta.

Amanece con un cielo muy rojo, como de fuego, aunque el viento es fresco y húmedo y el horizonte una bruma gris. Los dos hombres han salido a cubierta y son dos caras iguales las que miran hacia la costa, oculta tras la niebla. Los ojos de Stan tienen el color de la bruma; los de Ollie, el de la ceniza. La brisa salada les salpica los rostros con gotas transparentes. Stan pasa su lengua por los labios y siente, quizá por última vez en este viaje, el gusto salado del mar.

Tiene los ojos celestes, pequeños y rasgados, las orejas abiertas, el pelo lacio y revuelto. Toda la amargura del mundo mira, desde esa cara, la costa inglesa.

El gordo está prolijamente peinado, el pelo ralo apretado por la gomina. La brisa le hace entrecerrar los ojos. Una arruga le cae entre las cejas, otras dos a los costados de la nariz y la boca es un arco fláccido sobre el mentón quebrado.

Stan coloca una mano sobre sus ojos para evitar el fulgor del sol que se levanta en el horizonte. Esta costa la misma que dejó hace cuarenta años) es otra para él.

El flaco ha movido levemente la cabeza y le ha parecido percibir, en el gesto del gordo Ollie, una mueca parecida a una sonrisa.

—Ya salen los pescadores —ha dicho el gordo.

A lo lejos centenares de botes dejan la costa en dirección al barco. Sólo Laurel y Hardy permanecen en cubierta. Ambos han levantado las solapas de sus sacos, aunque no hace demasiado frío.

—Habrá que tomar un tren hasta Lancashire —dice el flaco sin mirar a su compañero, y agrega—: Los trenes tienen que ver con el principio y con el final.

Por primera vez, Ollie se ha dado vuelta para mirarlo. Luego baja la vista. "Los trenes tienen algo que ver con el principio y con el final", piensa.

Es cierto. También los barcos y la distancia. Uno siempre va a morir lejos de los mejores lugares. Por vergüenza tal vez, como los elefantes. Él siempre tuvo algo de elefante. No sólo físicamente. Los elefantes son codiciados en su mejor momento, cuando sus colmillos son frescos y deslumbrantes. La gente sólo busca eso, los colmillos. Si atrapa a un elefante en seguida se los corta y toda la grandeza del animal desaparece. Queda apenas el cuerpo pesado, dolorido; tan dolorido está el animal que cualquiera puede matarlo.

—Me siento como un elefante —ha dicho Ollie. Stan lo mira y luego dirige sus ojos a la distancia, donde los botes avanzan agitados por el mar—. ¿Tu padre sabe que llegas? —pregunta Ollie.

—Le mandé un telegrama. Habrá función en el pueblo. Él todavía trabaja en el teatro del condado. Debe tener ochenta años. Ya no me acuerdo de su cara.

Cuarenta años fuera de Inglaterra. Nunca extrañó demasiado. Sin embargo, Stan siente esta madrugada un suave estremecimiento cuando piensa que verá a su padre, que subirá otra vez a un escenario inglés como en aquellos tiempos de la troupe de Karno. Su padre lo hizo actor y esperó de él algo que nunca podría conseguir en su pueblo. ¿Lo había logrado? Stan siente que un peso le oprime el pecho. Dos viejos van a encontrarse. Ambos son iguales ahora. Ollie mira a Stan. El flaco tiene los ojos nublados y siente un poco de frío. El sol se levanta cada vez más. Las estrellas, que aún brillan, son las mismas de aquella noche de 1912 cuando abandonó Inglaterra. El flaco siente ahora lo mismo que entonces. Es necesario apostar otra vez por la vida; pero no sabe si alguien se atreverá a aceptar su apuesta.

Stan enciende un cigarrillo. Tiene que darse vuelta, dar la espalda al viento para que el fósforo no se apague.

A lo lejos comienzan a sonar las campanas de la iglesia del pueblo. Ollie reconoce antes que Stan el ritmo de los tañidos, la música que tantas veces oyeron en sus películas.

Se han mirado sin hablar. Stan se cubre la cara con las manos. Arroja el cigarrillo al mar. Ollie le da la espalda. El barco ha entrado en puerto y el ancla cae con un ruido sordo. El gordo se aleja tras la gente que desciende.

De un bolsillo, Stan saca un puñado de dólares verdes y arrugados, los estruja con

fuerza y los arroja al mar.

—Estoy vivo, papá —dice, y salta a tierra.

Stan y Ollie murieron desafiándose, sonrieron con gesto torvo y rehusaron estar acongojados. Yo quiero decir ahora a Stan lo que él siempre me dijo cuando nos despedíamos: "Dios te bendiga."

Dick van Dyke en su tributo fúnebre a Stan Laurel. Cementerio de Forest Lawn, febrero de 1965.

Marlowe caminaba por el sendero rojizo del cementerio entre tumbas chatas y blancas. Algunas tenían llores frescas y otras estaban cubiertas de tallos secos. Desembocó en una amplia calle asfaltada por la que de vez en cuando pasaba un auto. En un Buick azul, descapotado, una mujer joven, vestida de negro, lloraba en el asiento trasero, mientras el chofer manejaba el coche lentamente, con una seriedad que se acentuaba por sus grandes anteojos negros.

El detective encendió un cigarrillo, el último, y tiró el paquete en un canasto que estaba colmado de flores marchitas. Llegó al indicador. Se detuvo un instante hasta orientarse. Tomó nuevamente por un camino angosto, de ripio, mientras aspiraba lentamente el humo del cigarrillo. Su cuerpo alto, un poco encorvado, asomaba por sobre las tumbas bajas. Regresaba sin saber por qué al lugar donde siete años atrás había visto enterrar al viejo Stan Laurel. Marlowe pensó que desde entonces no veía a alguien morir en su cama.

Al llegar a la tumba vio a un hombre que estaba parado frente a ella, quieto como una estatua. Ni siquiera cuando Marlowe se puso a su espalda se dio vuelta. Seguía inmutable y en su rostro había un dolor sereno. Parecía tener alrededor de treinta años, no era ni alto ni bajo, y sus piernas, bastante chuecas, estaban entreabiertas. Cuando pasó a su lado, Marlowe lo miró atentamente. La cara del hombre era redonda y le quedaba poco pelo para protegerse de la ligera llovizna que empezaba a caer. La nariz pequeña estaba colorada y de vez en cuando la frotaba con un pañuelo. No era que estuviese llorando; se diría, más bien, que estaba resfriado. Sin ser muy gordo, su barriga desentonaba con el resto del cuerpo. Estaba encorvado y fumaba con avidez. De pronto se movió, fue hasta una tumba vecina, se apoyó en ella sin importarle demasiado, metió la mano derecha en un bolsillo y se quedó con la mirada fija en el cielo.

—¿Lo conocía? —preguntó Marlowe.

El hombre bajó la vista y miró al detective. En sus labios apareció una sonrisa sin sentido, como si se dispusiera a iniciar una charla amable.

—No personalmente. ¿Usted es pariente?

Hablaba un inglés tan malo que Marlowe tuvo que hacer un esfuerzo para

entender el sentido de la frase.

—No. ¿De dónde es usted? Si es que existe alguna parte en el mundo donde se hable de esa manera.

—Soy argentino. Perdóneme, nunca tuve facilidad para el inglés.

—¿Qué hace aquí, frente al viejo Stan? ¿Anota el lugar para incluirlo en las guías de turismo de los gauchos?

—¿Perdón?

Marlowe se acercó al hombre que dejó de apoyarse en la tumba vecina. No entendía bien esa sonrisa permanente en la cara redonda y mofletuda.

—Mire, amigo —dijo en castellano—, hablo bastante bien el español y creo que eso será un alivio para usted. Le pregunté qué hace frente al viejo Stan.

—Nada. ¿Está prohibido pararse aquí? Desde que llegué a Estados Unidos estoy cometiendo infracciones.

—Le habrá costado explicarse. Soy detective privado; Laurel me había contratado poco antes de morir.

—¿Para qué?

—Manías de viejo. Se estaba muriendo y lo sabía. Era un hombre desesperado.

—¿Usted llegó a conocerlo bien?

—Lo que un detective puede conocer a una persona con la que ha hablado una docena de veces.

El hombre cobró un súbito interés por el detective. Sacó un atado de cigarrillos argentinos (en el otro bolsillo tenía los Lucky, pero pensó que esto despertaría, aunque sea de una manera trivial, el interés del norteamericano) y convidó uno a Marlowe. Dejó que le diera luego. El argentino advirtió de pronto que el hombre que tenía ante sí no se parecía demasiado a otros que había conocido en Los Ángeles. Parecía un poco lejano y hosco, como si lo hubieran desclavado (se le ocurrió esa imagen) de una pared y en su lugar hubiera quedado un agujero inútil. El clavo, viejo y oxidado, hasta algo torcido, tampoco servía para nada. Desde su llegada, el argentino estaba solo, en un hotel barato y sucio, y se alegró de hallar a alguien con quien charlar sobre Laurel y Hardy.

—Discúlpeme —habló bajando la voz, como si tuviera vergüenza de lo que iba a decir—; tengo mucho interés en hablar con usted sobre Laurel. Si no es un inconveniente... creo que podría invitarlo a cenar esta noche, o a la tarde, no sé... me confundo un poco con los horarios de las comidas en este país.

—¿Está solo?

—Sí. Soy periodista, pero no busco información.

Estoy escribiendo una novela sobre Laurel y Hardy y pensé que usted...

—Conocí a un solo novelista, un tal Wade, y me trajo problemas. Usted no busca líos, ¿verdad?

—No. Parece estar siempre en guardia.

—Es parte de mi oficio. A causa de eso pasé los cincuenta. Tengo algunas palizas encima pero puedo darme el lujo de abandonar el cementerio caminando.

El argentino rió como si Marlowe hubiera hecho un chiste. El detective se mantuvo impasible, entonces el periodista dejó de reír y preguntó:

—¿Qué me dice, acepta? No tengo mucha plata, pero puedo pagar una comida.

—Eso es bastante en estos tiempos.

El argentino metió la mano en el bolsillo de su saco y empezó a caminar por el sendero de ripio. Iba a hablar cuando advirtió que estaba solo. Se dio vuelta y vio a Marlowe parado ante la tumba de Laurel. Fue un instante. El detective caminó hacia él dando largas zancadas.

—¿Cómo se llama?

—Soriano. Osvaldo Soriano.

—Soy Philip Marlowe. Con e al final. Eso me traía algunas dificultades con los cheques que me enviaban los clientes.

Soriano estaba riendo otra vez, pero al ver que el detective seguía impasible dejó de hacerlo.

—¿Adónde va ahora?

—Voy a cerrar la oficina. Acompáñeme, si no le molesta viajar en ómnibus.

—No me molesta.

Viajaron de pie durante casi una hora. Cuatro negros iban en el fondo del ómnibus cantando y se comportaban de manera agresiva. Los blancos que los rodeaban trataban de mantenerse a distancia. Marlowe los miró un rato y dijo luego a Soriano, hablando en español:

—Los negros están haciendo lío otra vez. La policía tiene que calmarlos a palos todos los días. La ciudad está cambiando, no volverá a ser como antes. Antes era una mierda.

—¿Ahora será mejor?

—No dije eso. Dije que antes era una mierda. Los ricos se vinieron para acá y construyeron palacios en los valles, alrededor de Hollywood. Para ellos era como vivir un sueño. No había negros aquí. Llegaron de a poco, corridos de otros lugares. Vamos, tenemos que bajar.

Caminaron dos cuadras. El cielo plomizo dejaba caer una llovizna muy suave que humedecía las calles. La gente abría paraguas y hacía cola para conseguir taxis. Marlowe se detuvo a comprar cigarrillos.

—¿Le gusta la ciudad?

—No mucho; estoy confundido. Nunca había hecho un viaje tan largo ni pensaba conocer Estados Unidos. No me gusta este país. Pero, no sé... hay algo grande...

—¿Algo grande? Pilas de mierda, compañero. Cuando le den una paliza para

sacarle la billetera se dará cuenta de que aquí no hay nada grande, como no sean los tesoros del Tío Sam.

Entraron a la oficina. Marlowe abrió con una llave grande y Soriano sintió una oleada de aire pesado. La sala olía a encierro. Los sillones eran viejos y estaban cubiertos de polvo. Marlowe levantó un par de sobres del suelo y los dejó sobre el escritorio sin abrirlos. Soriano se sentó en un sillón y pidió un cenicero. Marlowe hizo un gesto indicando que tirara la ceniza al suelo. Luego sacó una camisa limpia de un cajón y se cambió allí mismo; limpió sus viejos zapatos con una cortina, encendió un cigarrillo y llamó por teléfono al servicio de recepción. Nadie lo había buscado.

—No se preocupe —dijo a la telefonista—, ahora encuentro a la gente en el cementerio.

Colgó. Soriano se había levantado para apagar el cigarrillo en un cenicero, sobre el escritorio. Allí vio también un tintero seco, el teléfono negro, cartas sin abrir, papeles. Todo estaba cubierto por una leve capa de polvo. El argentino observó atentamente. Marlowe se dio cuenta, pero estaba acostumbrado a que la gente que entraba a su oficina se alarmara por el desorden. Soriano levantó la cabeza hacia el brazo de luz del techo y se quedó mirando. Marlowe sonrió por primera vez.

—Son Rosie, Mary y Joanne. No pudieron conmigo.

Eran tres polillas muertas que aspiraban a un entierro natural, ya que el polvo las estaba cubriendo. Soriano calculó que llevarían varios meses allí.

Marlowe apagó la luz, cerró la puerta y fueron hacia el ascensor. Afuera vieron que había dejado de llover.

Entraron en un restaurante de tercera. La hora de la cena había pasado y quedaba poca gente: una pareja con las manos entrelazadas sobre la mesa, un viejo borracho que dormitaba con la barba caída sobre el pecho, tres taxistas negros que discutían a gritos. El salón era frío y la luz demasiado triste. Se sentaron en una mesa alejada. Marlowe sacó los cigarrillos y se pasó la mano por la cara. Se dio cuenta de que llevaba dos días sin afeitarse y otro tanto sin darse una ducha. Pidieron un guiso barato.

—Cuénteme quién es usted —dijo Marlowe.

—Vivo en Buenos Aires. Trabajo en un diario. Desde hace algunos años investigo la vida de Laurel y Hardy. Quería escribir algo sobre ellos, una biografía o una obra de teatro. Me costó decidirme. Por fin empecé una novela. Quería conocer Los Ángeles para ubicar la acción con detalles. Estuve juntando plata para venir. Tuve que empeñarme un poco. La devaluación de la plata argentina ponía los dólares cada vez más lejos.

—¿Cuánto tiempo estará aquí?

—Hace una semana que vine, planeaba quedarme otra más, pero ando muy escaso de plata.

—No se preocupe, yo tengo que quedarme toda la vida y ando con veinte dólares en el bolsillo.

—Usted es un tipo extraño. Los pocos americanos de su edad que conocí están horrorizados por los soldados muertos en Vietnam, por la droga, por la fuga de sus hijos, pero andan en autos veloces, tienen su vida organizada.

Marlowe miró al argentino, fumó un par de pitadas de su cigarrillo y luego esbozó una sonrisa —la segunda de la noche— mientras sacaba su billetera.

—Mire. Este permiso de detective privado me habilita para meter las narices en asuntos ajenos. En eso anduve desde que abandoné la policía. ¿Usted cree que me sirvió de algo? Me golpearon, me acertaron algún balazo, me echaron a patadas de todas partes, estuve preso y un día la hija de un millonario me hizo el cuento del príncipe azul.

Marlowe extendió la servilleta sobre la camisa limpia. Comieron en silencio. Soriano había empezado a sentir una cierta simpatía por ese hombre, como si de pronto hubiera descubierto que había otra manera, insólita, de ser norteamericano.

—¿Qué hace todos los días? —preguntó por fin el argentino.

—Termino de gastar los dólares que me deja algún cliente, me siento en mi oficina y espero otro. ¿Qué haría usted?

—No sé. Usted es un tipo inteligente, puede ganarse la vida de muchas maneras.

—¿Es que no entiende? Estoy cansado de tanta comedia. No quiero ganar dinero en esta cloaca. Es inútil andar a los tiros. No hay nada que defender. Creo que nunca lo hubo. Ahora todo el mundo tiene un muerto en la familia y el que no, está solo como un perro. Este país ha estado sumergido en la mierda desde hace muchos años, pero la gente decía que el olor era de margaritas silvestres. Cuando los vietcong empezaron a revolver la mierda, la cosa cambió. ¿Usted ha visto gente feliz aquí?

Soriano no contestó.

—Siga buscando, haga la prueba. Quizá pueda escribir otra *Love Story*.

—Está bastante amargado.

—Ya me lo dijeron. ¿Qué le parece una copa en casa?

—Me parece bien.

—¿Juega al ajedrez?

—Muy mal. Apenas sé mover las piezas.

—Bueno, tal vez pueda ganarle.

—¿Juega seguido?

—A veces. Cuando Capablanca no está de mal humor.

Mientras subían los escalones de tronco, Soriano iba en silencio detrás del detective.

—El sábado voy a cortar esos yuyos. Me parece que los descuidé mucho. Los vecinos tienen jardines bien cuidados, llenos de flores. Les molesta ver una casa que arruine la elegancia de toda la cuadra.

Entraron. Marlowe encendió la luz. La habitación era fría pero no estaba tan descuidada como la oficina. Un gato negro, que dormía enroscado en el diván, se estiró como si fuera de goma. Hacía un gran esfuerzo para mantener los ojos abiertos. Saltó y caminó hacia Marlowe; dijo miau, se acarició una y otra vez en su pantalón y luego se sentó frente a él. Clavó sus ojos en los del detective.

—Siempre hace lo mismo, como si me reprochara algo. Llegó un día, hace dos años. Estaba en la ventana, mirando hacia el interior. Abrí el postigo, pero en lugar de escapar se quedó mirándome. Estaba flaco y sarnoso, tenía mugre y una mirada triste que no me sacaba de encima. "Es lo único que te falta, Marlowe", me dije, y lo hice entrar. Ese día no fui a la oficina. Le puse alcohol en la sarna y le di de comer. Nunca llora ni me agradece nada. Salta por la claraboya y se va de paseo. Cuando estoy muy deprimido se acuesta a dormir. Un día descubrí que era él quien estaba deprimido y me fui a la cama, pero no pude dormir porque sus ojos brillaban demasiado en la oscuridad. ¿Cómo toma el whisky?

—Con hielo, si tiene.

—Tengo. La factura de electricidad vence dentro de una semana. El gas ya está cortado. Hace años que estoy en la bancarrota. ¿En la Argentina pagan bien a los detectives?

—No sé; sólo se utilizan para conseguir divorcios.

—Quizá me gustaría Buenos Aires. ¿Cómo es?

—Es una ciudad muy grande, más grande que Los Ángeles, sucia, llena de baches, de veredas rotas, de pizzerías, cines y comercios. Está rodeada de villas miserables, tan malas como las que ocupan aquí los negros. Allí la gente odia a los policías y desprecia a los norteamericanos.

—¿A los norteamericanos pobres también? —sonrió Marlowe.

—No hay norteamericanos pobres en América Latina. No les sienta el clima.

—No hay nada peor que un yanqui pobre, compañero. No hay clima que le siente. Aquí no tiene lugar; lo patean, lo meten preso por vagancia, lo llaman basura. Pero si se va a otra parte nadie quiere escuchar su música.

—No crea que va a conmoverme. Ningún yanqui podría conmoverme.

—Usted es comunista, ¿eh?

—¿Me permite que lo mande al carajo?

—Perdóneme. Me puse cargoso.

—Póngale leche al gato. Hace rato que lo mira. Parece enojado.

—Ya le dije que siempre me mira. Tiene leche en el plato.

—¿Quiere hablarme de Stan Laurel?

—No es mucho lo que sé. Hace años John Wayne me dio una paliza por su culpa, pero no lo lamenté. Laurel me había dado un billete de cien.

—Hoy dijo que Laurel se estaba muriendo. ¿Qué quiso decir con eso?

—Fue a verme para que investigara por qué nadie le daba trabajo. Me dijo que se estaba muriendo. Yo no quería saber nada de ponerme a trabajar para un viejo maniático, pero por fin acepté. En el fondo soy muy sentimental. Creo que perdí el tiempo.

—¿Le contó cosas de su vida?

—No muchas. Mire, yo soy un psicólogo aficionado, nada más, pero me di cuenta de que era un hombre destruido. Él y Hardy habían sido dos grandes cómicos, pero nadie se acordaba de ellos. Muerto Ollie, el flaco se quedó tan solo como ese gato.

—Tenía familia.

—Sí. El gato me tiene a mí y no está más contento por eso.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que uno puede estar solo mientras alguien lo acaricia. Stan tenía un pasado muy grande y si nadie lo recordaba le habrá parecido sólo un sueño. Hardy ya no existía, los estudios no lo llamaban. Sólo quedaban esas viejas películas del gordo y el flaco. Es posible que ya no se reconociera en ellas.

—Dick van Dyke estuvo muy cerca de él.

—Sí. Tuvo dos discípulos. Dick van Dyke y Jerry Lewis. Dos tipos bastante inalcanzables. Pudieron ayudarlo, pero según me dijo no querían humillarlo. Me gustaría hablar con ellos para saber si estaban tan ciegos.

—Escuche, Marlowe: un periodista inglés vino hasta aquí para hacerle un reportaje a Stan unos años antes de su muerte. Los rumores de que estaba en la miseria habían llegado a Londres y la revista quería tener una historia estremecedora.

—¿Lo usaron a él?

—¡Claro! ¿Qué periodista perdería esa nota? Laurel le dio la entrevista en la pensión donde vivía...

—No era una pensión, era un pequeño hotel.

—Bueno, es lo mismo. El cronista contó en su artículo que el cómico estaba en desgracia e hizo llorar a todos los ingleses. En Francia reprodujeron la nota. Ya sabe cómo son los franceses, ahora quieren hacerles un monumento a Laurel y Hardy. En Europa se hizo una colecta entre la colonia artística y le mandaron plata. Cuando la recibió Laurel casi se muere. Se sintió humillado, traicionado.

—Lo peor es que era cierto —dijo Marlowe—. Él estaba en la ruina, o casi.

—Yo creo que lo que escribió el periodista era más o menos exacto. Tal vez se puso un poco dramático, pero Laurel estaba terminado y en la miseria. Lo peor vino después, con Dick van Dyke.

—¿Qué hizo el cabrón?

—No se enoje, Marlowe. Lo que hizo pudo ser un acto de piedad.

—¿Qué hizo?

—Pagó a un escritor para que hiciera un libro poniendo las cosas en su lugar. Allí está todo cambiado: Stan vive en un departamento lujoso, rodeado de amor; recibe miles de telegramas por día. En fin, descansa sobre los laureles.

—¿Y Stan permitió eso?

—Parece que sí.

—¡Qué porquería! El viejo no necesitaba esa adoración de mierda. Él era grande sin necesidad de repetírselo a todo el mundo. Era un lindo viejo, se ponía un traje antiguo y tenía una dignidad que se veía desde lejos. No, él no pudo hacer eso.

—Vamos, no se ponga sentimental. Yo lo quiero tanto como usted, pero soy realista. Además esa historia debe haber sido una barrera para disimular la soledad. No se puede juzgarlo por eso.

—No lo juzgo. Quisiera saber por qué lo hizo. Dígame, Soriano, ¿de dónde sacó toda esa información?

—Estuve unos años recorriendo archivos; leí notas, libros, y de vez en cuando me puse a pensar cómo encajaba una cosa con otra.

—Tal vez usted sea un mal investigador, o haya seguido pistas falsas. No tengo la seguridad de que un tipo que no conozco, que habla el inglés de Harpo Marx, tenga información seria.

—Tómelo como quiera. ¿Qué hora es?

—Las once. ¿Juega al ajedrez?

—Bueno. ¿Dónde está el baño?

Marlowe llenó su pipa lentamente, apretando el tabaco con paciencia. Sacó el tablero de ajedrez y acomodó las piezas de marfil, minuciosamente, primero las blancas.

—¿Quiere café?

Desde el baño, Soriano contestó que sí. El detective sacó una pequeña garrafa de gas que guardaba bajo la pileta de la cocina. Le armó el quemador, la sacudió y la encendió. Comenzó a preparar la cafetera. El miau del gato lo hizo mirar hacia el piso. Los ojos del animal estaban fijos en él.

—¿No te gusta mi aspecto? —dijo en inglés—. Voy a bañarme y tal vez hasta me corte las uñas. Estoy un poco descuidado últimamente.

Soriano salió del baño. Había encendido un cigarrillo y se acomodó en el sillón. Marlowe sirvió café en dos tazas y lo llevó hasta la mesa en una bandeja verde de metal. Las tazas estaban apoyadas en pequeñas servilletas bordadas. El argentino empezó a tomar sorbos.

—Hace buen café.

—El café es muy importante para mí. Creo que pronto no podré tomar otra cosa.

¿Juega con blancas?

—Es lo mismo. ¿Tiene whisky?

—Sáquelo de ese armario; yo también tengo la garganta seca. ¿Le gustaría hablar con Dick?

—Claro.

—Bueno. Quédese a dormir aquí, si no le molesta compartir el diván con el gato. Mañana podríamos visitar a la estrella. Tenemos tiempo.

Soriano dudó unos instantes.

—No se ofenda, Marlowe. Yo me quedo una semana más en Los Ángeles; si usted no tiene problemas puedo dejar el hotel y dormir en ese diván. Con la plata que ahorro podremos pagar la cuenta del gas.

—Consúltelo con el gato. El que duerme en el diván es él. Pero háblele con calma porque no entiende español.

A las ocho Marlowe saltó de la cama y se dio una ducha. El calefón no funcionaba y el agua estaba helada. El frío de esa mañana gris, cubierta de nubes cargadas había penetrado en la casa.

El detective se vistió rápidamente, tiritando, y preparó café. En el living, sobre el diván, el argentino había dejado de roncar y desaparecía bajo dos frazadas. El gato que había dormido a sus pies, saltó al piso, se arqueó con la cola parada y fue hasta la cocina. Marlowe le puso un plato con leche y luego un puñado de carne picada que sacó de la heladera. Por la mañana el detective parecía algo más viejo. Su pelo estaba revuelto y las arrugas de la cara se veían más profundas. En la nariz, bastante achatada, había algunos barritos negros, pero hubiera tenido que acercarse al espejo para notarlos, porque ya no veía como antes. Encendió un cigarrillo y aspiró las primeras pitadas con verdadera gana. Con el cigarrillo entre los labios y la taza de café sobre la bandeja verde, se acercó al diván donde Soriano respiraba profundamente.

—¡Vamos, compañero! ¡Arriba!

Soriano abrió los ojos; en su cara había un profundo disgusto y miró al detective.

—¿Qué hora es?

—Ocho y veinte.

—¿Siempre madruga así?

—Sólo cuando tengo que ser cortés con los huéspedes. Le he preparado un baño de fragancias, aunque el agua no está muy caliente.

El argentino se sentó, se frotó la cara con las manos y miró a Marlowe.

—No me haga chistes a esta hora. Estoy dormido.

Se lavó y se vistió perezosamente mientras tomaba el café a sorbos espaciados. Sentado frente a él, Marlowe lo miraba con curiosidad.

—¿Vamos a visitar a Dick?

—¿Lo encontraremos?

—El teléfono está en la guía. Voy a llamarlo.

Tomó el aparato y disco. Contestó una voz suave.

—Me llamo Philip Marlowe y soy detective privado. Necesito hablar con el señor Dick van Dyke.

—¿Por qué asunto es, señor?

—Estoy con un periodista sudamericano y queremos hablarle sobre Stan Laurel.

—Un momento, por favor.

Dos minutos más tarde:

—¡Hola! El señor Van Dyke debe ir al estudio ahora. Tiene compromisos para todo el día. ¿Puede llamarlo mañana?

—No; deme con él, por favor.

—No estoy autorizada a pasarle llamadas.

—Dígale que quiero hablar con él.

—Espere, por favor.

Dos minutos más tarde:

—Dentro de dos horas el señor Van Dyke estará en el estudio de la Fox. Trate de verlo allí.

—No me dejarán pasar.

—Arréglese. Es detective, ¿no?

El click interrumpió la comunicación.

—Vamos —dijo Marlowe—, tiene que cumplir su promesa de pagar el gas.

Tomaron un taxi que los llevó hasta un banco y luego los dejó frente a los estudios de la Fox, en Hollywood. Era un edificio alto de cuatro plantas. Todas las ventanas estaban abiertas y por la rampa de acceso entraban y salían automóviles. Caminaron hasta la recepción.

Un negro de rostro duro, parecido a Sidney Poitier, pero más joven, estaba atendiendo a una mujer. Cuando la despidió, miró con desgano a los dos hombres.

—Me llamo Philip Marlowe. El señor Van Dyke necesita un detective y me llamó con urgencia.

Le mostró la credencial. El negro la estudió detenidamente, como si fuera una broma.

—¿Para qué necesitaría un detective el señor Van Dyke?

—Pregúnteselo.

—¿El gordo es su guardaespaldas? Parece muy blando para eso.

—No lo diga en español. No le gustan los negros y pierde la paciencia muy rápido.

—¡No me diga! No parece muy decidido.

—Una vez apiló a cuatro negros porque abrían demasiado la boca. El señor Van Dyke pidió que viniera especialmente.

—Bueno, vayan al segundo piso. Será mejor que Dick se ponga contento de verlos porque si no tendrán un disgusto.

Tomaron el ascensor repleto. Soriano preguntó, todavía soñoliento:

—¿Qué dijo el negro?

—Usted lo impresionó, compañero. A la salida le pedirá un autógrafo.

Llegaron a una antesala donde mucha gente caminaba de un lado hacia otro. La recepcionista escribía a máquina, rubia y lejana. Los dos hombres caminaron por un pasillo, doblaron, abrieron un par de puertas y por fin entraron en una sala a oscuras. En una pequeña pantalla se veía una película de cowboys. Avanzaron a tientas en la oscuridad.

—¡Que se sienten! —gritó un vozarrón desde la cabina de máquinas. Hallaron dos butacas libres en el extremo de una fila y se sentaron.

—¿Qué hacemos acá? —dijo Soriano en voz baja.

—No sé. Nunca vengo al cine tan temprano.

Se levantaron. Marlowe tropezó con un pie. Caminaron hasta la puerta donde se veía una luz roja. Al asomarse al pasillo, vieron a dos hombres que corrían hacia la sala. Uno era el negro de la recepción.

—¡Párense! —gritó.

Marlowe empujó a Soriano hacia atrás.

—¡Métase adentro!

Se perdieron en la oscuridad del microcine. De un golpe el negro abrió la puerta. Soriano pasó entre dos filas de butacas tratando de agacharse. Sintió que alguien lo tomaba del saco. Forcejeó, pero fue inútil. Tiró con toda su fuerza y giró bruscamente, golpeando con el puño derecho. El bulto dio un grito, tropezó y cayó sobre dos hombres que estaban sentados. La fila de butacas se tambaleó. En el pasillo se encendió una linterna.

—¡No hagan ruido! —gritó el operador desde la cabina de máquinas. Marlowe saltó de una lila a otra y empujó a un hombre que cayó pesadamente, arrastrando tres butacas.

—¿Puede levantarse, Soriano?

Un grito ahogado le respondió. Luego hubo un ruido sordo y el crujido de maderas rotas.

—¡Estoy bien, compañero, pero no se ve un car...!

Soriano escuchó que un gong sonaba junto a su oreja derecha y cayó hacia atrás. Trató de sostenerse. Sintió que sus dedos desgarraban tela y antes de llegar al piso se dio vuelta. Lanzó una patada y un grito de mujer le avisó que había dado en el blanco. La proyección seguía; en la pantalla, un grupo de vaqueros montaba sus caballos y se

lanzaba hacia el horizonte, mientras el sol despuntaba tras las colinas.

—¡Paren, carajo! —gritó el vozarrón de la cabina, mientras Marlowe corría hacia allí. La puerta se abrió y un hombre de mameluco salió iluminado desde atrás por los carbones de las máquinas. Murmuraba palabrotas. Llevaba una barreta en la mano, pero no alcanzó a levantarla: Marlowe le dio con la derecha en la mandíbula primero y con la rodilla en la ingle después. El operador no llegó a gemir; cayó hacia adelante. Marlowe le cerró la puerta y la sala quedó otra vez a oscuras.

Soriano advirtió que la confusión aumentaba a su alrededor. El golpe en la oreja le abrió una furia que nunca había sentido antes. Avanzó hacia un costado como borracho, tropezó con algo, oyó una voz gangosa y entrecortada y golpeó furiosamente con la derecha calculando la altura de la cabeza. Alguien bufó. Soriano creyó que su puño estallaba. Cuando lo tocó con la mano los vidrios de unos anteojos estaban todavía clavados en sus dedos. Saltó sobre la butaca. Sintió un golpe terrible y luego un estruendo como si hubiera volcado un camión. Trató de abandonar el lugar. Gigantescas sombras de cabezas se proyectaban en la pantalla donde se leía:

JOHN WAYNE en

Marlowe no alcanzaba a entender qué pasaba. Estaba algo inquieto por la suerte del argentino, cuando escuchó más gritos y golpes en medio de la sala. Una mujer gritaba, desesperada:

—¡Papá! ¡Papá! Hay sangre, mi Dios, hay sangre. ¡Papá!

Delante del detective, dos hombres peleaban trabajosamente entre sí. Hacía dos minutos que cambiaban golpes y ninguno caía.

LOS HÉROES NO MUEREN NUNCA

¡Una película excepcional donde John Wayne lucha contra indios y bandidos!

La pantalla tembló, mientras en un bar Wayne golpeaba a diestra y siniestra a varios bandidos que se lanzaban sobre él.

¡NO DEJE DE VER ESTA COLOSAL PELÍCULA!

Marlowe se abrió paso entre varias personas. Un gordo cayó sobre él sin intentar agarrarse.

—¡Soriano!

—No grite, acá estoy —la voz del periodista sonaba cercana. El detective alcanzó a ver su figura contra la pared. Tres hombres forcejeaban en medio del pasillo.

Uno de ellos dio un golpe a Marlowe que cayó sentado. Una mujer que corría hacia la salida tropezó con el cuerpo y se fue de narices sobre las butacas. Dio un grito lastimoso y luego empezó a aullar con voz fina y quebrada. Un guardia empezó

a disparar al aire. Los tiros sonaban como bombas.

¡ACOMPAÑE A JOHN WAYNE EN SUS AVENTURAS!

¡VÉALO HACER JUSTICIA!

Marlowe se había puesto de pie, ayudado por Soriano. Miró hacia la pantalla y sus ojos se abrieron como dos monedas enormes.

—¡Mierda, Soriano! ¿Usted ve lo mismo que yo, o estoy loco?

—No entiendo nada, compañero. ¿Qué hace peleando con Wayne?

¡NADIE DETIENE AL IMPLACABLE JOHN WAYNE!

En la pantalla, Wayne golpeaba con puños y pies a Philip Marlowe, mientras dos hombres lo sujetaban. De pronto la película se apagó y sólo quedó un rectángulo de luz. La pelea había parado también en la sala. Marlowe y Soriano se abrieron paso hacia la salida.

—¿Adónde va, amigo? —Un guardia uniformado, que tenía una linterna en la mano y con la otra trataba de parar una hemorragia de la nariz, interceptó al detective.

—¡A buscar a la policía, imbécil! —gritó Marlowe, indignado.

—Éste puede salir, es actor —indicó el guardia—. Nadie más sale de acá, señores. ¡Ahora va a venir la policía!

El detective y su compañero corrieron por el pasillo iluminado. Se cruzaron con dos hombres y una mujer vestida de uniforme blanco, y Marlowe casi derriba a la enfermera. Al doblar, ambos se detuvieron bruscamente. Marlowe sacó un atado de cigarrillos, pero estaba destrozado. Soriano buscó entre sus ropas y encontró los suyos. Entonces vio su mano derecha, herida, que conservaba algunos vidrios incrustados. Marlowe encendió los cigarrillos y dijo:

—No lo crea, Soriano: usted no es el toro salvaje de las pampas.

Caminaron en silencio. Doblaron a la izquierda primero y a la derecha después. De pronto Soriano se detuvo frente a una puerta y sonrió.

—Un baño. No daba más.

Entraron. Se ubicaron frente a dos mingitorios y estuvieron un largo rato. Un hombre de traje gris y anteojos se puso entre ellos. Marlowe lo miró.

—Perdóneme, ¿sabe dónde podemos encontrar al señor Dick van Dyke?

—Sigan el pasillo hasta hallar una oficina con su nombre. ¿Vienen del lío? —movió la cabeza indicando la dirección del microcine. Marlowe dijo que sí—. ¿Qué pasó? Todo el mundo está agitado por eso —preguntó el hombre mientras se apartaba del mingitorio y abrochaba la bragueta.

—No sé —contestó Marlowe—; una gresca a oscuras.

Soriano se lavó la cara y empezó a secarse con el pañuelo.

—Ustedes intervinieron, ¿eh?

—Gracias por todo, amigo —interrumpió Marlowe y luego de hacer una seña a Soriano, salieron.

—¿Qué le dijo?

—Es al final del pasillo.

Llegaron a la oficina. La puerta era de vidrio y adentro se veía una muchacha pequeña de piernas gruesas y muy blancas, que ordenaba papeles sobre un escritorio. Entraron. Marlowe dijo:

—Nos espera el señor Van Dyke.

La mujer los miró detenidamente de arriba abajo. Luego sonrió incrédula.

—¿No deberían pasar por el sastre primero? Al señor Van Dyke no le gusta la gente desaliñada.

—No se ría de los pobres, hija. Tuvimos un accidente.

—¿En el microcine? Andan buscando a dos provocadores que armaron un lío.

—¡No me diga! Anuncie a Philip Marlowe, por favor.

—Pierde el tiempo. El señor Van Dyke está muy ocupado.

Marlowe hizo un gesto de disgusto, dio vuelta a la mesa y caminó hacia la puerta que decía "Privado, hágase anunciar". Soriano fue tras él. La muchacha lo tomó de la manga y dio un salto.

—¿Adónde van? ¿Quieren que me echen?

—No se preocupe, hermosa, usted debería aparecer en las películas —dijo Soriano en su idioma.

—¿Qué dice?

—Nada —contestó el argentino, ahora en inglés, mientras entraba por la puerta que Marlowe había dejado abierta.

—¿Otro más? —dijo el hombre alto, morocho, que vestía traje gris hecho a medida.

—Él quiere hablarle de Laurel y Hardy —dijo Marlowe señalando a su compañero. Soriano arrastraba a la muchacha que seguía reteniéndolo de una manga y tironeaba.

—No entiendo —dijo Van Dyke, con gesto impaciente—. ¿Qué pasa con Laurel y Hardy?

—Usted los conoció ¿verdad? —preguntó el detective.

—A Stan sí, a Hardy lo vi sólo un par de veces.

Soriano dio un paso adelante, tratando de zafarse de la mujer que lo tenía agarrado de la manga.

—Usted fue alumno de Laurel —dijo en castellano—. Yo quiero saber algunas

cosas sobre sus últimos días. Estoy escribiendo una novela.

—¿Usted es español o mexicano? —preguntó el actor en inglés.

—Argentino. Estoy enojado con usted.

—¿Está qué? —dijo Van Dyke, frunciendo el rostro.

—Dice que está enojado, señor Van Dyke. Vino a decirme que usted contrató a un escritor para que contara un montón de mentiras sobre Laurel.

—¿Mentiras? Laurel aprobó todo lo que decía el libro.

—Eso no quiere decir que no fueran mentiras —contestó Marlowe, mientras se sentaba en un sillón. Miró a Soriano, sonrió, levantó las cejas y dijo en español—: ¿Va a llevarse a la muchacha? No cabrá en el diván.

Ella seguía aferrada al brazo del argentino.

—Usted es detective. Dígale que me suelte.

—Dice mi amigo que lo suelte.

La muchacha dio un paso hacia atrás. Sorpresivamente fría y resuelta, levantó un brazo y cruzó la cara de Soriano con una bofetada. El periodista se tocó la mejilla con una mano, hizo un gesto de furia amenazante, y la mujer desapareció tras la puerta. Marlowe, muy serio, miró a su compañero.

—¡Qué golpe! Debe dolerle.

—¡Déjese de bromas! Hoy me han pegado más que en toda mi vida.

—¡Esta comedia es incomprensible, señores! ¡Váyanse o llamaré a la guardia! —dijo Van Dyke, bastante molesto.

—¿Oyó, Marlowe? Eso lo entendí. Si viene el negro se arma otra vez y no quiero recibir más palizas.

—No asuste a mi amigo, señor Van Dyke. Sea más cortés.

—Son un par de locos. Primero entran sin permiso, tan rotosos como dos vagabundos, después usted se sienta en mi mejor sillón como si estuviera en su casa y me hace preguntas impertinentes. Su amigo provoca a mi secretaria y se hace golpear, luego pelean entre ustedes y se insultan. ¡Esto es demasiado!

Van Dyke abrió un cajón y sacó una pequeña pistola calibre 22 corto. Marlowe abrió los brazos.

—¡Otra vez!

Soriano levantó las manos. Por su cara redonda corrían algunas gotas de sudor. Miró a Marlowe.

—¿Ahora nos van a pegar un tiro? Yo vine a buscar información sobre Laurel y Hardy, no a jugar a los cowboys.

—¿Qué dice el gordo? No me cae simpático.

Marlowe, en inglés:

—Es un buen muchacho. Nació al sur del río Grande y le falta educación, pero no es su culpa.

Y en castellano:

—Usted no cae simpático en este edificio, compañero. Diga una frase de disculpa o va a llamar al negro.

—¡Que lo llame, qué mierda!

—No sea mal hablado, tenemos una pistola enfrente.

—¡Déjense de hablar en cocoliche! ¡Fuera de aquí! —gritó Van Dyke.

Marlowe se puso de pie.

—Vamos, Soriano. Este hombre no es el mismo que veo en las comedias de TV.

—Creí que usted era capaz de desarmar a un tipo como ése, Marlowe. Se está poniendo viejo.

—Ya verá lo que hago. Vamos.

Salieron. Marlowe cerró la puerta tras de sí y se paró frente al escritorio.

—¿Qué número tiene el matón ese? —señaló la oficina del actor.

—Marque el uno —dijo la secretaria, aterrorizada ante la mirada de los dos hombres que tenía enfrente. El detective tomó el teléfono y llamó.

—Le habla Marlowe, señor Van Dyke.

—¿Quién?

—¡Marlowe, estúpido! Mire por la ventana y me verá en la cabina del teléfono.

Hubo un ruido en la línea. Marlowe dejó el tubo y se lanzó contra la puerta que se abrió violentamente. En dos zancadas estuvo sobre el actor que miraba por la ventana. Lo levantó de las solapas y con la rodilla lo golpeó en el estómago. Soriano, que estaba parado en la puerta, hizo un gesto de sorpresa.

—Perdóneme por lo que dije antes.

—No es nada. Guarde la pistola —le entregó el arma del actor.

Van Dyke había caído de rodillas tomándose el estómago. De su boca salía una baba verde. El pelo le caía sobre la frente mientras el saco, que tenía un solo botón abrochado, estaba inflado como una bolsa.

—Déjemelo, Marlowe.

—¿Ahora que está blandito? No, compañero, no le pegue nunca a un hombre que está peleando con otro.

De pronto, por la puerta abierta, entraron tres hombres seguidos por la secretaria. Uno era el negro. La furia le había deformado el gesto y un tic le hacía temblar el labio inferior.

—¡Agarren a ése! Al gordo me lo cargo yo.

Los dos hombres se lanzaron sobre Marlowe. Uno de ellos le tiró un golpe alto que el detective esquivó. El otro, más sereno, quiso pegarle en el estómago, pero el detective se hizo a un lado y le dio un codazo en la cara. El primero, que medía menos que la estatua de Washington, lo golpeó con una cachiporra de goma y Marlowe vio dar vueltas la habitación. Cayó de rodillas junto a Van Dyke y pareció

que ambos estaban rezando frente a un altar.

—¡Quietos! ¡Se terminó! —Soriano tenía la pistola de Van Dyke en la mano derecha.

Con las ropas casi destrozadas, el pantalón muy caído, la barriga hinchada y las piernas chuecas muy abiertas, parecía un cowboy tardío.

—¡Las manos arriba, vamos! —gritaba en castellano y agitaba el arma amenazadora—. ¡Usted también, Van Dyke!

Marlowe empezó a levantarse y se corrió hacia la pared. Con su voz gangosa repitió, sin énfasis, en inglés:

—Las manos arriba y contra la pared. —Miró al negro que tenía los ojos húmedos por la rabia—. Le dije, amigo: no se meta con el argentino, está invicto.

—¡Hijo de puta...! Lo voy a seguir hasta el infierno.

—Traduzca, Marlowe, no entiendo nada. ¿El negro está enojado?

—Un poco, pero reconoce que usted es mejor que él.

—Tenga la pistola. Yo no sé cómo se maneja el seguro.

—¡Ah, no! Usted les apuntó. Yo voy a ver qué juguetes tienen.

Marlowe palpó a cada uno. El negro tenía un revólver 38 de caño largo y los otros pistolas 45 y cachiporras. El detective guardó el arsenal en el baño y echó llave.

—Rajemos —dijo Soriano.

—¿No le va a pedir el teléfono a la chica?

—Claro. ¿Cuál es tu teléfono, querida?

La muchacha sonrió y quiso hacer un puchero, pero no le salió; dijo un número.

—Téngame la pistola, Marlowe, voy a anotarlo.

—No exagere. ¿Se cree Sam Spade? —Dos hombres habían bajado las manos y empezaban a darse vuelta—. Sin comentarios, amigos —dijo Marlowe—. Sam Spade escribirá un verso para su dama y nos vamos enseguida.

Soriano anotó el número y regresó sonriente.

—Deme la pistola.

—¿Qué diferencia hay?

—¡Deme, le digo!

El detective le entregó la pistola. Soriano se la apoyó en el pecho.

—¡Al baño! ¡Entre!

—¿Se volvió loco? —Marlowe intuyó, sin embargo, que el argentino no bromeaba. Estaba más serio que nunca. El gordo dio dos pasos atrás y dijo en inglés a la secretaria:

—Vamos, amor, lleve a mi amigo al baño.

La muchacha sonrió, divertida. Salió de la fila y empujó al detective.

—Muy bien; ¡nadie se mueva, porque lo rajo! —gritó Soriano en español.

La mujer cerró el baño y entregó la llave al argentino que parecía muy nervioso.

—Venga, señor Van Dyke —dijo en español y acompañó las palabras con un movimiento de cabeza.

El actor dio dos pasos al frente. Parecía aterrorizado. El negro habló.

—Si lo toca voy a destrozarlo, mexicano sucio.

—Argentino, compañero —aclaró en castellano—. Quédese quieto si no quiere un tiro en la panza. Usted, querida —ahora deletreaba inglés—, deme la billetera de su patrón.

En el baño, Marlowe había empezado a golpear la puerta. Gritaba.

—¡No sea imbécil, Soriano! ¡Lo van a destrozar! ¿Qué quiere hacer?

Entretanto, la mujer vaciaba la billetera de Van Dyke; los tres hombres se movían contra la pared. Marlowe gritaba en el baño, enfurecido.

—¡Tengo las armas aquí, Soriano! ¡Abra!

Soriano guardó el dinero en el bolsillo.

—Esto es un robo. Dentro de un rato tendrá la policía encima suyo —dijo Van Dyke.

—No entiendo bien qué dice —contestó Soriano en español—, pero usted no va a llamar a la policía. No le gustará pasar por estúpido. Usted, nena, vaya a soltar a mi compañero que tiene dolor de panza.

Cuando la muchacha abrió la puerta, Marlowe apareció rugiendo, con un revólver en cada mano.

—¿Terminó la broma? ¡Chiquilín estúpido! Bueno, cuando se despida nos vamos —dijo Soriano.

Salieron. Soriano echó llave a la puerta. Bajaron las escaleras y llegaron a la calle con aire indiferente. Soriano hizo señas a un taxi. Subieron. El argentino dio la dirección de la oficina de Marlowe.

—Usted me debe una explicación y mejor que sea buena.

—Le voy a decir la verdad. Tomé prestados unos dólares del señor Van Dyke. Me pareció que usted es demasiado orgulloso para pedir favores.

—¡¿Qué?!

—¿No ve? Ya está escandalizado. Si armamos tanto lío, ¿qué más da echar mano a una billetera?

—Usted es un inmoral...

—¡Ufa...! Deme un sermón, ahora. Usted no está complicado. Lo metí en el baño, ¿no?

—Eso me duele. ¿Quién es usted para juzgar mi conducta? ¿Por qué no me dejó participar? Se cree más vivo porque es joven, ¿eh?

Hubo un largo silencio. Por fin bajaron del auto. Fueron sin hablar hasta el ascensor. De pronto, Marlowe dijo:

—Tome las llaves. Váyase a casa. Tengo ganas de pegarle y creo que voy a

hacerlo.

—Escuche, Marlowe...

—¡Váyase!

El detective tomó el ascensor y cerró la puerta rápidamente. Soriano se quedó solo. Su cara se había puesto roja. Salió a la calle y paró un taxi. Dio la dirección de Marlowe. Sacó el dinero y lo contó: había setecientos ochenta dólares. Sintió una sensación de angustia. Bajó dos cuadras antes y se detuvo a comprar una botella de whisky.

Cuando entró en la casa, el gato fue hacia él y se sentó en medio del living. Soriano abrió la heladera, sacó leche y llenó un platito. El gato tomó un poco y se sentó a mirar al argentino. Éste se sirvió un vaso de whisky con hielo, miró la pared y sintió un frío en la espalda.

—¡Mierda, Marlowe! ¡Nos habían roto la ropa!

Sólo los ojos del gato, ardientes como brasas de cigarrillos, vigilaban en la oscuridad. Soriano estaba tendido en el diván con la ropa puesta. Dejaba colgar un brazo en cuya mano había un cigarrillo apagado. Roncaba estrepitosamente. La radio sonaba baja, algo lejana y sola. El gato había buscado un lugar entre las piernas del periodista y miraba la puerta de calle. Cuando ésta se abrió, la escena se modificó ligeramente. El gato saltó al suelo y el estallido de luz le cerró las pupilas. Soriano, sacudido por el ruido, dejó de roncar y se acomodó en el diván con un gesto de disgusto. Siguió durmiendo.

Marlowe tenía el pelo revuelto. La corbata abierta colgaba desde el medio del pecho y estaba sucia. El traje sin planchar tenía un aspecto andrajoso. El saco estaba desgarrado en el brazo derecho hasta el codo, y el pantalón se había roto en un siete a la altura de la rodilla derecha.

Tambaleó. Sus ojos estaban vidriosos y opacos como el café. La culata de la pistola asomaba entre el cinturón y el elástico del calzoncillo.

—¡Levántese, Soriano!

El argentino empezó a incorporarse con lentitud; trataba de entreabrir los ojos, atacados por la luz. De entre sus dedos cayó el cigarrillo apagado. Protestó.

—¿Qué hora es?

Se sentó en el diván, la cara cubierta por las manos; el pelo estaba sucio y tenía el color del barro. Abrió los dedos y entre ellos sus ojos observaron al detective que estaba parado, inclinado hacia adelante. Oscilaba. A Sonano se le ocurrió que era un capricho de la luz.

—Está borracho —dijo en un tono neutro.

—¡Levántese!

—¿Por qué no se da una ducha? Ya conectaron el gas.

—¡Le voy a romper la cara, gordo estúpido!

Escupió al suelo. El gato miró la saliva y bajó las orejas.

—No me provoque. Tiene una pistola y está borracho.

—¿Una pistola?

—En la cintura.

Marlowe bajó la vista. Tiró de la empuñadura y sacó la pistola.

—No es mía. La última vez que la vi, hace muchos años, la usaba un detective sobrio, que pagaba sus impuestos y tenía clientes importantes y enemigos que podían emboscarlo en un callejón.

—Un gran hombre.

—Un hombre, compañero. ¿Se burla?

—No me burlo.

—¿Va a pelear o no?

—No.

Hubo un silencio. Los dos hombres se miraron largamente. De los ojos de Marlowe saltaron dos lágrimas transparentes como gotas de agua, corrieron entre las arrugas de la cara y cayeron al suelo. El ruido fue terrible en la habitación vacía; la pistola había escapado de las manos del detective. El gato corrió a refugiarse en la cocina. Marlowe alzó las manos y las puso muy cerca de sus ojos nublados. Estaban raspadas y sangrantes, sucias de tierra. Las bajó y sus ojos apenas sostuvieron la mirada del argentino.

—Me caí.

—¿Anduvo jugando a la mancha?

Otra vez se miraron. Marlowe sacudió la cabeza y las lágrimas saltaron de sus ojos. Retrocedió hasta la pared.

—Deme café.

Soriano se puso de pie, apagó la radio y caminó lentamente hasta la cocina. Encendió el gas y puso el agua. Escuchó los pesados y vacilantes pasos del detective que entró en el baño. Marlowe se paró frente al espejo. Miró sus manos desgarradas, su imagen gastada, las ropas abiertas. Tragó. Tenía la boca seca y afiebrada. Abrió la ducha y metió la cabeza en el agua. Tuvo un mareo. Soriano escuchó el ruido seco y luego sintió un dolor en el pecho. Llenó una taza de café y fue hasta el baño.

—¡El café! —gritó a través de la puerta.

No hubo respuesta. Una furia súbita, desesperada, se apoderó del periodista. La taza salió despedida contra la puerta y se hizo añicos. El café formó figuras que cambiaron hasta agotarse en pequeños ríos que fluyeron hacia el piso. De una patada abrió la puerta del baño.

El cuerpo del detective estaba estirado y parecía un pescado fláccido sobre el que alguien habría abandonado un traje gris. La mitad del cuerpo colgaba dentro de la

bañadera y el agua le mojaba el torso. El detective se movió, intentó levantarse, pero volvió a caer. Un hilo de sangre le marcaba el pómulo derecho. Se incorporó muy despacio. Giró la cabeza mojada, sucia, sangrante, y fijó sus ojos en el hombre que estaba parado a sus espaldas.

—Váyase —murmuró.

—Usted me da pena, detective. Ya no reconoce ni su propia pistola. Un trago lo pone belicoso y después se cae solo.

Marlowe se puso de pie. Se sentía mal, pero de pronto descubrió que tenía la mente despejada y fría. Pasó junto a Soriano sin mirarlo, atravesó la puerta y entró al living. Encendió un cigarrillo. El gato cruzó la habitación a la carrera y maulló frente al detective. Marlowe lo levantó y el animal desapareció entre sus brazos.

—Me caí, Soriano. Me lastimé y rompí el único traje decente que me quedaba. Estoy viejo y le agradezco que me lo recuerde. Usted es un joven valiente que roba una billetera con una pistola en la mano, pero antes me encierra en el baño para que no me dé vergüenza. Le agradezco también. El viejo Marlowe no sirve para carterista ni para borracho.

—No se ponga dramático.

—No, pierda cuidado. Yo también me sentí joven el día en que un actor viejo y destrozado vino a decirme que se estaba muriendo. Le dije que se fuera a un asilo de ancianos. No me hizo caso. Se murió en una pensión, como un perro.

—Mire, Soriano, es fácil y podemos ganarnos quinientos en un par de días.

Al otro lado de la línea, en casa de Marlowe, el periodista tardó en despertarse completamente. Por la ventana se filtraba una luz débil. Eran las diez de la mañana.

—No sea ridículo, Marlowe. Es como si yo le pidiera que escriba una novela.

—No me desafíe. Faulkner terminó *La paga del soldado* en un mes.

—Está alegre esta mañana.

—Es un caso simple. Usted sigue a la mujer y yo al marido.

—¿Y qué hay que descubrir?

—Poco. Cuando usted averigüe con quién se acuesta ella por las tardes, se lo decimos al hermano y él nos da trescientos dólares. Ya me anticipó doscientos.

—¿Por qué tiene que cuidar usted al marido?

—La sigue a todas partes. Si la encuentra con el amante podría matarla. Entonces usted la sigue a ella, el marido también y yo los vigilo a todos.

—Nunca seguí a nadie, Marlowe. No tengo pasta de detective. Además, habrá que alquilar autos y yo no tengo el registro internacional.

—Pone todas las dificultades, ¿eh?

—No se trata de eso. Me parece que usted está loco.

—Comprenda. No puedo llamar al detective Archer porque él anda en cosas más

importantes. Tampoco pienso pagarle a un pies planos mientras usted duerme panza arriba.

—Está bien. Voy para allá a que me explique todo. Pero le aviso que no quiero terminar en la cárcel.

—No sea cobarde. Acá la policía es amable con los blancos y los extranjeros.

A mediodía la gente se atropellaba en las veredas, corría hacia los bares para tomar café, entraba y salía de las oficinas. Soriano pagó el taxi y entró en el edificio donde alquilaba Marlowe. Cuando abrió la puerta, el detective estaba sentado frente a un hombre gordo, rubio, de mirada huidiza, que pestañeaba tras los lentes sin marcos. Marlowe se puso de pie, ceremoniosamente, y habló en inglés.

—Señor Frers, éste es el señor Osvaldo Soriano, mi socio.

Soriano estrechó la mano del hombre. Sonreía y lo hacía muy bien. Se sentó.

—Mi socio —agregó Marlowe— es detective de la sucursal Pinkerton de Buenos Aires. Colabora conmigo mientras visita Los Ángeles. Es un profesional excelente.

Richard Frers miró a Soriano, que seguía sonriendo. Se sacó los lentes y los limpió con un pañuelo. Estaba nervioso y no podía ocultarlo, aunque hacía esfuerzos por mostrarse sereno. Preguntó a Soriano:

—¿Cree que podrá averiguar lo que necesito?

Soriano puso cara de no entender, aunque no dejó de sonreír.

—Seguro. El señor Soriano averiguará todo en seguida —dijo Marlowe, mirando al argentino que entonces entendió la pregunta de Frers.

—Claro —dijo Soriano en inglés.

Se había puesto serio y pálido. Sacó un cigarrillo.

—Es poco hablador —concluyó el hombre, con un movimiento de cabeza—. Me gusta. Está lleno de charlatanes de feria este oficio. Perdonen si ofendo.

—¡Oh, no! —gritó Marlowe, levantando los brazos con un gesto ampuloso—. Lo que usted dice es muy cierto. Hay un solo inconveniente, señor Frers. El señor Soriano no se dedica habitualmente a estos casos algo... digamos... algo triviales para él. Sus honorarios son quinientos dólares.

—Usted me dijo que me costaría quinientos todo el servicio —protestó el cliente, pero sin demasiada convicción.

—Es cierto. No previ la intervención de dos profesionales a la vez. Tendrá que dejar quinientos ahora y el resto al terminar.

—Ya le di doscientos —aclaró Frers.

—Por supuesto —sonrió Marlowe—, tiene su recibo. Necesitamos otros quinientos para empezar. Los gastos los facturaremos al final.

—Está bien —Frers sacó la chequera—. Pagaré porque no soporto más esta situación. Quiero que terminen en un par de días. Un informe detallado, sin que nadie

lo sepa, y mucho menos mi cuñado. Nada de violencia. Miren y vayan a contarme.

—Lo tendremos informado —dijo Marlowe—. No se preocupe. Somos discretos y pacíficos. ¿Trajo la foto de ella?

—Claro, aquí está.

De un bolsillo de su saco extrajo un par de fotos. Ella era una rubia de rostro provocativo. Las cejas finas y largas formaban una curva perfecta sobre los ojos claros. Reía con maldad. Estaba volcando una copa sobre la cabeza de un hombre flaco y morocho que ponía cara de víctima. Junto a ella estaba Frers, frío e indefenso. Una silla había caído al suelo y sobre la mesa quedaban las huellas de una tormenta.

—Es la última que le sacaron. Un pequeño incidente en The Dancers, hace una semana. Su marido estaba en San Francisco y ella salió a divertirse conmigo. Compré la placa. Si él se entera podría matarla.

Frers chasqueó la lengua. Había enrojecido súbitamente. La otra foto era más clara. Ella aparecía junto a su marido en el jardín de una mansión veraniega. No reía y su cuerpo estaba tenso como el de una niña caprichosa a la que no dieron permiso para ir al cine. Soriano tomó la primera foto y miró un rato los labios gruesos y firmes de la rubia. Estaban abiertos y la lengua asomaba como acompañando una palabra cruel. Había visto pocas rubias como ésa. Tendría unos treinta y cinco años escondidos tras el maquillaje.

—Es hermosa, Marlowe, pero no me gusta —dijo el periodista en castellano.

Se mordió el labio superior y movió la cabeza.

—¿Qué dijo? —preguntó Frers.

—Dice que se quedará con la foto. Sólo como formalidad. Él mira una vez y no olvida jamás.

Frers observó a Soriano, algo extrañado. Luego sonrió.

—Los detectives se esconden tras las caras más increíbles. Yo podría haber apostado a que el señor Soriano era cualquier cosa menos sabueso. Es apasionante.

—Apasionante —confirmó Marlowe, ceremoniosamente—. Uno de los mejores detectives de Buenos Aires. En los ratos libres también escribe.

—Oiga, Marlowe —interrumpió Soriano en español—, creo que me está tomando el pelo, ¿no es cierto?

—No sea mal educado, no hable en una lengua salvaje delante de un cliente —protestó el detective en castellano.

—Déjese de bromas y pídale los datos de la rubia del cornudo.

—Señor Frers —dijo Marlowe, alegre, dirigiéndose al cliente—, ¿cómo se llaman su hermana y su cuñado?

—Ella es Diana Walcott; el marido, John Peter Walcott. Él dirige una fábrica de productos de fibra sintética.

—¿Qué clase de fibra sintética? —inquirió Marlowe.

—Bueno... es delicado... —Frers se movió en su sillón y las patas de madera crujieron bajo su peso.

—¿Judith? —preguntó Marlowe en voz baja, cómplice.

Frers asintió en silencio. Había enrojecido otra vez. En su frente aparecieron algunas gotas de sudor.

—Por favor... —musitó.

—¿Qué hace usted, señor Frers? —se ensañó el detective.

Soriano comprendía sólo parte de la conversación. Le pareció que, de pronto, Marlowe estaba a punto de perder a su cliente. Pensó en los mil dólares y sintió un cosquilleo en la garganta. Intervino. Su inglés era de lata.

—No se preocupe, Judith está en buenas manos. En dos días se la devolveré sin un rasguño.

Marlowe se puso tenso. Su garganta se inflamó como si tragara un pan entero. El color de su cara cambió dos veces antes de quedar blanco como un papel. Clavó los ojos en el argentino, ensayó una sonrisa y luego empezó a hablar en voz baja. Su castellano era perfecto.

—¡Por Dios, Soriano! Judith es una muñeca inflable. Usted es el imbécil más perfecto que conocí en mi vida.

Giró la cara mientras recuperaba su color normal. Sus ojos encontraron los lentes de Frers caídos hacia adelante. El hombre estaba rojo como un pimpollo de rosa. Sus rodillas temblaban mientras se ponía de pie.

—No lo tolero —gimió con voz rabiosa—; soy un cliente y me toman por estúpido. Devuélvanme mis doscientos dólares.

Marlowe se puso de pie y dio una vuelta alrededor del escritorio hasta quedar frente a Frers. Su rost ro era duro como una pared.

—Mire, señor, los métodos de mi socio para seleccionar clientes están fuera de discusión. Si se ha sentido incómodo le pido perdón, pero usted no contestó mi pregunta y él se puso algo duro. Es muy celoso de su profesión. Ya sabe cómo son los argentinos: Miami está repleto de cubanos por culpa de uno de ellos.

Frers dudó un instante y luego se sentó otra vez. Soriano observaba la escena sin intervenir. Marlowe miró al argentino y le dijo en inglés, para que escuchara el cliente:

—El señor Frers no está acostumbrado a sus métodos de selección. Le ruego que disimule su celo mientras trabaja conmigo. Úselo en la Pinkerton, acá estamos entre amigos.

Y agregó en castellano:

—Retardado mental.

Soriano estaba pálido. Dijo en el inglés de lata:

—¿Cómo es ella? Su carácter, digo...

Frers bajó la cabeza, pensativo, más tranquilo, pero algo confundido ante la firmeza de los dos hombres que tenía adelante.

—Quiere más datos —insistió Marlowe, con una sonrisa.

—Es una chica algo dura pero sensible. Nos llevábamos muy bien hasta que se casó con Walcott. Él es un tipo muy celoso, un enfermo casi. Ella y yo salíamos juntos muchas veces y él me miraba muy mal al día siguiente.

—Entonces usted trabaja también con los plásticos sintéticos —concluyó Marlowe.

—Sí. Walcott me dio trabajo en el departamento de inspección de productos. Él nunca me quiso. Tampoco a Diana. Ella es un objeto en sus manos. Creo que le daría lo mismo tener a su lado una Judith. Es un tipo cruel. Ahora ella se encuentra con otro hombre, lo sé. Tengo miedo de que John la mate. Creo que contrató a unos matones para que la siguieran.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Marlowe.

—Ella me lo insinuó. Está muy feliz y no puede ocultarlo. Una mujer sólo es tan feliz cuando encuentra al hombre de sus sueños. También me dijo que la seguían.

—Creo que si esto es exacto vamos a ser muchos detrás de una sola mujer —dijo Marlowe—. Deje los quinientos y vaya a su casa. Lo llamaremos en cuanto tengamos información.

Frers se puso de pie. Firmó un cheque y lo dejó sobre el escritorio. Estrechó la mano de Marlowe y saludó a Soriano con un movimiento de cabeza. Parecía más tranquilo.

—Confío en ustedes —dijo. Luego, salió.

Cuando cerró la puerta, Soriano se puso de pie, nervioso.

—Una rubia fatal, un marido cornudo y celoso, un hermano maniático y varios guardaespaldas. No, Marlowe, no voy a dejar que me agujereen en Los Ángeles por quinientos dólares. Sígala usted; yo escribo los informes.

—No se achique. ¿No tiene sangre? Sé cómo manejar estos asuntos. Déjelo por mi cuenta. Esto va a ser una procesión de hombres detrás de una rubia posiblemente frígida. Yo voy a cerrar la procesión y a cuidar que no pase nada extraño. Usted tiene que alquilar un auto con chofer y seguirla. Cuando ella entre a algún lado, la espera. Manténgase siempre a una cuadra de distancia. Probablemente los otros estén más cerca. Si ve entrar sospechosos, vaya tras ellos. Donde usted entre, allá estaré yo.

—¿Y por qué no vamos juntos?

—Sería muy evidente. Caeríamos en alguna trampa. Yo iré detrás de todos con la pistola preparada.

—Bueno, que sea lo que Dios quiera... Mi vieja cree que estoy en Los Ángeles calentando sillas de bibliotecas.

—No se deje traicionar por Edipo. Éste es un país agitado.

—Sí, buena mierda de explotadores imperialistas criminales. ¡Qué boludo soy! Ya ni siquiera espero que los yanquis vayan a matarme a mi país; vengo directamente a la boca del tigre.

—No llore, Soriano. Es un tigre de papel.

Soriano se sentó junto al chofer, un negro enorme al que le faltaba un ojo y fumaba con boquilla. Marlowe se apoyó en la ventanilla abierta y miró a su compañero sin demasiada confianza.

—No se meta en líos y recuerde las instrucciones que le di. No intervenga para nada. Donde ella entre, usted espera. Tiene viáticos para media docena de cafés por la tarde. ¿Entendido?

—Sí. ¿Cree que habrá tiros?

—No, no fantasee. Es un caso de infidelidad y celos. Esta noche tendremos todo resuelto.

El negro miraba sonriente, como si lo divirtiera el diálogo entre los dos hombres. Colocó un cigarrillo en la boquilla y puso en marcha el motor del Ford. Marlowe se apartó.

—Apúrese. A las cuatro, la señora Walcott saldrá de su casa. El chofer tiene la dirección; háblele en español. Es portorriqueño.

—Muy bien. Hasta luego, Marlowe. ¡Cuídese!

El detective rió y levantó un brazo para saludar al coche que partía. Tomaron una avenida de doble mano, donde los autos se pasaban velozmente unos a otros. A los costados se elevaban las palmeras deshojadas, frías, las casas eran chalets de una sola planta, envejecidos y decadentes. Soriano miraba en silencio mientras fumaba un cigarrillo. La carretera ondulaba sobre un cerro, hacía una ese y luego subía hasta la cima. Cuando tomaron la segunda curva, Soriano miró hacia abajo y el horizonte le pareció una nebulosa, un sueño sin sentido. Los Ángeles estaba sumergida en el humo y se extendía subiendo y bajando a lo lejos, entre los cerros, hacia el mar. Del otro lado, el valle mezclaba el verde de la vegetación con algunos cuadros limpios en los que se veía una quinta o un club nocturno. Otra vez el argentino se sintió extraño en medio de esa ciudad. Cerró los ojos y se vio caminando por calles desiertas, ensombrecidas por edificios altos e interminables. Pensó en Marlowe, en la soledad que lo rodeaba; lo vio caído en el baño, herido y balbuceante; lo vio en su oficina, alegre ante la posibilidad de ganarse unos dólares y tuvo la sensación de que lo conocía desde siempre, de que podría volver a encontrarlo en cualquier esquina de Buenos Aires. Giró la cabeza otra vez y halló la sonrisa del negro que manejaba con la pericia de un profesional.

—¿Queda muy lejos? —dijo Soriano en español.

—¿Qué? —preguntó el chofer en inglés.

—Si queda muy lejos —insistió el argentino en su idioma.

—No entiendo —contestó en inglés el chofer, que sostenía la boquilla entre sus dientes muy blancos.

—¿No habla español? —se sorprendió el periodista.

—No —dijo el negro, muy divertido—, el que habla español es Freddy.

—¿Freddy?

—El que se fue con su compañero. Como él es argentino pidió chofer portorriqueño.

—No, no. El argentino soy yo. Hay una confusión —dijo Soriano, algo alarmado.

—¡Qué lío! —rió el negro—. Entonces el patrón se equivocó. Le dijo a Freddy: "Anda con el sudamericano. Es blanco, pero ustedes son todos la misma roña." El patrón es algo duro con los negros, pero nos paga bien. Es el mejor blanco que conozco, perdóneme usted.

—No le entiendo —dijo Soriano en inglés, con gesto contrariado—, hábleme pausadamente, tal vez comprenda algo.

—Vea, señor, a mí me pagan para manejar, no para charlar con los blancos. Me dice adónde vamos y yo manejo. Me dice que pare y yo paro, me dice que volvamos y vuelvo. ¿Entendió eso?

—No mucho.

Diana Walcott vivía en un chalet de dos plantas, en Beverly Hills. La casa, sobre una colina, estaba rodeada por un parque de pinos. La entrada para autos era automática. El sendero que conducía a la entrada principal era amplio y estaba cubierto de pedregullo gris. Los molinetes lanzaban agua en todas direcciones. Un jardinero negro trabajaba en unos claveles rojos que serpenteaban alrededor de la casa.

Soriano indicó al chofer que siguiera de largo y se detuviera a cien metros. Estacionaron a un costado del camino. A pocos pasos de allí nacía una calle secundaria. Los dos hombres permanecieron en silencio. El negro fumaba un cigarrillo tras otro y la sonrisa parecía pintada en sus labios gruesos. Tenía el pelo enrulado y muy corto.

A velocidad moderada, el Chrysler que conducía a Marlowe se ubicó en la vía de la carretera que indicaba sesenta millas de máxima. El detective encendió su pipa y se recostó en el asiento.

—No pierda de vista al Ford —indicó al chofer.

—Descuide —dijo Freddy.

Era un joven de rostro oscuro, de rasgos latinos, serio y orgulloso de su habilidad con el volante. Manejaba con una sola mano y con la otra sintonizaba la radio que transmitía en castellano. La voz de Armando Manzanero aparecía melosa y envolvente. Al compás, Freddy movía los hombros. Marlowe chupó la pipa y miró el

tablero del coche.

—Es un buen auto —dijo.

—Es aguantador —contestó Freddy—, pero más lento que un cartero. Cuando termine de juntar unos dólares me compraré un Jaguar. Mi chica dice que primero debería comprar el departamento, pero yo pienso darme el gusto. Tengo la velocidad en la sangre, compañero.

—Le advierto que no quiero comprobarlo —dijo el detective, muy serio.

Freddy lo miró algo extrañado, se rascó la cabeza en la que el pelo lacio estaba apretado por una gorra, se echó dos chicles a la boca y observó:

—No es que me interese, pero me gustaría saber para qué pidió un chofer que hablara español.

Marlowe miró a Freddy, aspiró la pipa y movió la cabeza.

—El que necesitaba un chofer con español era mi compañero.

—¿Sí? El patrón me dijo: "Andá con el sudamericano. Es blanco, pero ustedes son todos la misma roña", y lo señaló a usted.

—No me importa lo que dijo su patrón. Usted tendría que estar en el otro coche, con el argentino.

—Bueno, cuando lleguemos haremos el cambio.

—No, ahora no se puede. No pierda de vista al Ford.

—No se preocupe, el tuerto ve poco y no le gusta correr —dijo Freddy, con una ancha sonrisa.

—Que le falte un ojo no quiere decir que vea la mitad —respondió Marlowe.

—No, ya sé. Sam perdió el ojo bueno en una gresca con la policía. Tiene una catarata en el otro.

—No podría manejar así.

—Puede. El patrón no sabe nada de eso. Es difícil para un negro conseguir trabajo. Si tiene un ojo solo es más difícil, pero si está casi ciego es imposible. Sam siempre hizo cosas imposibles.

—Oiga, ¿quiere decirme que Sam maneja a ciegas? —se enojó el detective.

—No, claro —Freddy levantó el brazo del volante—, tiene un campo de visión reducido, eso es todo. No se estrelló nunca todavía.

—Espero que no sea la primera vez —dijo Marlowe, echándose hacia atrás.

Freddy rió a carcajadas, largo rato, como si Marlowe hubiera dicho un chiste ingenioso. Cuando llegaron, el detective ordenó al chofer que se detuviera al costado del camino, tras un grupo de árboles deshojados y retorcidos.

Diana Walcott subió a su Jaguar sport, lo puso en marcha y dejó que el motor se calentara un par de minutos. Se miró en el espejo. Tenía el pelo rubio muy suelto, las pestañas postizas eran largas y curvas, los labios pintados con rojo vivo y un lunar

artificial marcado sobre la mejilla derecha. Sacó una lengua muy fina y pasó la punta por los labios. Descubrió los dientes muy blancos y sonrió. Algunas arrugas, casi imperceptibles, asomaban junto a sus ojos, pero el maquillaje las había cubierto totalmente. Encendió un cigarrillo negro francés, movió la palanca de cambios y salió marcha atrás.

El día era fresco y amenazaba tormenta. Transcurría un invierno excesivamente riguroso para esa zona cálida; cada tarde, a las cuatro, Diana repetía el ritual de mostrarse ante el espejo del auto. Quería que él la viera joven y hermosa. El Jaguar rugió por el camino de pedregullo, derrapó con las ruedas traseras al subir a la carretera y arrancó a toda velocidad.

—¡Sígalo, rápido! —gritó Soriano.

El negro Sam tenía el ojo abierto y vigilante. Vio una ráfaga roja que cruzó por la carretera y salió con el Ford a velocidad normal, como si volviera a su casa. Sintió el zumbido de un Buick negro que pasó junto a ellos. Adentro iban tres hombres y uno fumaba un puro descomunal.

—¡Apúrese! —chilló Soriano.

El velocímetro del coche subió a noventa millas. Sam sonreía y apretaba las manos sobre el volante. Gritó:

—¡Apártense, que aquí viene Sam!

Freddy puso el Chrysler a noventa millas y siguió manejando con una mano. En la radio pasaban un tango quejumbroso. El portorriqueño miró la cola del Ford y dijo:

—No lo podrá seguir. A esa velocidad, Sam iría tras una manada de coyotes creyendo que es la cola del Jaguar.

—¡Páselo! Siga usted al Jaguar —ordenó Marlowe.

—¡Ahora sí, compañero! Nadie escapa de Freddy en una carretera, ni siquiera un Jaguar con una rubia al volante.

Soriano vio cómo el Chrysler de Marlowe pasaba junto a ellos. El detective miró al periodista que fumaba tranquilamente en el asiento delantero y no supo qué gesto hacer. Fue apenas un segundo y el coche de Soriano quedó atrás. El argentino se enardeció.

—¡Corra, imbécil! —gritó con la cara alterada por la angustia. Creía que todo el plan se desmoronaba. Imaginaba a Marlowe reprochándole su inutilidad. Tronó—: ¡Lo alcanza o le rompo la cabeza!

—Le dije que no entiendo su idioma —respondió Sam, siempre sonriente, pero apretó el acelerador.

El coche dio un brinco y el motor enronqueció. La aguja saltó a ciento diez millas. El Chrysler parecía estar parado cuando lo pasaron.

—¡Mierda! —gritó Freddy—. ¡El viejo está loco!

Marlowe saltó del asiento y la pipa, apagada, cayó al piso del coche.

—¡Alcáncelos, se van a matar! —rugió.

Freddy pisó el acelerador a fondo. El Chrysler pasó a dos autos y se puso a la cola del Ford. Freddy empezó a tocar bocina repetidamente, Soriano se dio vuelta y vio al detective que hacía señas. Dijo:

—No pierda de vista al Jaguar, Sam, todo anda bien ahora.

El sport de Diana Walcott sorteaba obstáculos a cien millas por hora. La rubia disfrutaba el aire fresco que golpeaba contra el parabrisas y le enloquecía el pelo. La máquina se pegaba en sus caderas y ella sentía que un cosquilleo de excitación le recorría el cuerpo. El estaría ahora tirado en la cama, fumando un cigarrillo, leyendo una revista quizá; tenía que ganar tiempo para volver a la hora de la cena, cuando regresara su marido. Era jueves y eso la inquietaba: John Peter Walcott siempre se ponía cariñoso los jueves.

Sam se pasó una mano por la cara y quitó el sudor que se escurría de su frente. El pie derecho le temblaba sobre el acelerador y el hombre que iba a su lado no le quitaba la vista de encima. Veía bultos multicolores que quedaban en el camino. No tenía la menor idea de dónde estaba el Jaguar. Suponía que todo marchaba bien porque el sudamericano había dejado de protestar en su idioma seco y monótono. La cinta blanca que dividía la carretera era apenas perceptible para él, pero estaba seguro de conducir bien. Llevaba tantos años manejando autos que podría hacerlo de oído.

Escuchó un ruido de chapas arrancadas, destrozadas, y se sobresaltó. Sintió el grito de su acompañante, pero no entendió. Buscó el freno, pero no lo pisó bruscamente. Se afirmó en el volante cuando advirtió que el coche había perdido estabilidad. Sintió un chirrido de frenos y luego un estrepitoso choque. Enderezó el auto y aceleró a fondo. El Buick negro, enganchado en el paragolpes trasero por el Ford, perdió estabilidad y salió de la ruta. El conductor hizo un esfuerzo tremendo para impedir el vuelco y logró meter la trompa en la carretera otra vez. Entonces oyó el impacto en la parte trasera y el coche salió despedido de costado hasta chocar contra el cerro. Los tres hombres saltaron afuera.

Marlowe alcanzó a gritar el alerta, pero era tarde. Sólo la pericia de Freddy impidió el choque frontal. El Chrysler iba muy cerca del Ford de Soriano cuando de pronto éste salió lanzado hacia el medio de la ruta y luego de un esfuerzo por mantenerse sobre sus ruedas se aceleró a fondo. Entonces apareció el Buick desbocado, que entraba en la ruta en una maniobra alocada. El paragolpes trasero arrastraba en el pavimento y producía un reguero de chispas multicolores. Freddy giró bruscamente, bombeó el freno un instante y acomodó el auto para el impacto. Fue un topetazo de costado y el Chrysler se clavó en medio de la ruta. Freddy aceleró tras el Ford. Marlowe miró por la ventanilla trasera y vio el Buick parado y a los tres hombres que saltaban a la carretera.

—Usted es un gran piloto —dijo, y frunció los labios. Luego levantó la pipa.

Soriano miró al negro Sam, se sonó la nariz y comentó en español:

—¡Qué reflejos, morocho!

Sam seguía acelerando el coche. Soriano vio a lo lejos el Jaguar que trepaba una colina y se abría en una curva.

—Manténgase así, Sam. Lo tenemos.

El negro sonrió satisfecho. Miró por el espejo retrovisor y vio la trompa algo borrosa del Chrysler. Sostuvo el volante con los codos y colocó otro cigarrillo en la boquilla. Abajo, tras la curva, asomaban las casas bajas de Hollywood. El Jaguar entraba en el tránsito difícil. Sam disminuyó la velocidad.

—No tengo tiempo de ver el Jaguar —dijo a su acompañante—, guíeme usted.

Cuando frenaron en el semáforo estaban a la cola del sport de Diana Walcott. Soriano miró a la derecha y halló tres rostros duros, inmóviles, tocados por la furia. El Buick estaba destrozado en un costado y había perdido el paragolpes trasero. De la nariz del hombre más gordo caían gotas de sangre. Soriano creyó ver el caño de una ametralladora asomar entre las piernas del flaco que iba en el asiento de atrás. Un escalofrío le corrió por la espalda. Levantó la vista hacia el espejo y vio dentro del Chrysler a Marlowe que chupaba su pipa.

—Menos mal —murmuró.

Diana Walcott estacionó el Jaguar en una playa del Sunset Boulevard. Antes de bajar se miró otra vez al espejo. Cruzó la calle. Se había colocado anteojos negros y de un hombro colgaba una cartera de cuero marrón. El Ford de Soriano paró junto a la vereda y el periodista bajó de un salto.

—Estacione en la otra mano —dijo en español— y quédese en el coche.

—¿Cómo dice? —preguntó el chofer tuerto, agachándose para mirar por la ventanilla.

—Pare enfrente —tradujo Soriano en un inglés torpe.

El viento era frío y húmedo. Soriano levantó la vista y le pareció extraño que el aire pudiera filtrarse entre la maraña de edificios blancos y rectos. En el kiosco de la esquina se exhibían revistas pornográficas y los diarios de la tarde. Pasó frente al edificio donde había entrado la señora Walcott. Llegó a la otra esquina y encendió un cigarrillo. Miró hacia atrás y vio que el Buick negro se detenía. Dos hombres bajaron y compraron chicles. Estaban vestidos con impermeables y se habían puesto sombreros. Soriano se paró frente a una boca de incendios. Sintió algunas gotas sobre su cabeza y miró al cielo. Se había vuelto sucio. Empezaba a llover y percibió un ligero estremecimiento de satisfacción. Le gustaba la lluvia.

Recordó, de pronto, una lluvia verde y unos cerros bajos y cubiertos de árboles. Vio el lago diminuto, solitario, la cinta de pavimento, la curva donde había detenido el auto aquel mediodía de hacía cinco años, cuando la lluvia caía violenta y fragante y

él se sentía solo. Había estado una hora con la vista fija en el horizonte, dejándose ganar por una melancolía suave. Jamás había olvidado esa imagen de sí mismo en la pequeña ciudad de la provincia de Buenos Aires donde había vivido muchos años.

Philip Marlowe supo que llovía porque vio a la gente correr hacia los refugios. El agua se deslizaba por su cara sin que él la sintiera. Tenía la vista fija en el hombre que estaba parado a una cuadra, junto a la boca de incendios. Se preguntó qué buscaba ese joven latinoamericano junto a la tumba del viejo Laurel. Pensó también en el afecto que sentía por él desde aquella tarde en que lo encontró.

Los dos hombres que se habían detenido en el kiosco caminaban ahora hacia el argentino. Cuando Marlowe los vio acercarse a Soriano, retrocedió hasta el Chrysler y metió la mano en la guantera a través de la ventanilla. Puso el revólver en el bolsillo interior del saco. Caminó. Los dos hombres avanzaron lentamente hacia la esquina. El argentino los miró y tuvo miedo. Se colocaron a su lado. El flaco de grandes bigotes y cara tan pálida como la angustia dijo:

—¿Espera a su novia?

Soriano lo miró de frente. Entendió sólo el verbo espera y la pregunta. Respondió:

—Perdón, no hablo inglés.

El más corpulento tenía una cicatriz sobre la mejilla que le atravesaba un ojo; se arregló el nudo de la corbata y dijo:

—Se va a mojar. ¿Por qué no vamos a charlar a un lugar más seco?

Soriano repitió:

—Perdón, no hablo inglés.

Los dos hombres se miraron. El flaco metió la mano en el bolsillo exterior del sobretodo y apretó una pistola contra la espalda del periodista.

—Camine, amigo. Vaya hacia el Buick.

—Perdón, no entiendo inglés.

De pronto, el argentino cruzó la calle con las manos en los bolsillos del gabán de cuero. Corrió en dirección contraria al lugar donde estaba estacionado el Buick. Esperó el impacto en la espalda. Recién cuando llegó a la vereda de enfrente, sonrió. Miró a los dos hombres que se habían quedado clavados en su lugar. Como si hubieran recibido una orden militar, giraron y se marcharon a paso acelerado hacia el edificio en el que había entrado Diana Walcott. Marlowe caminaba lentamente hacia la esquina cuando vio a su compañero desprenderse de la pareja del Buick. Los dos hombres lo cruzaron antes de entrar en el edificio. El detective volvió sobre sus pasos. Fue tras ellos y los dejó tomar el ascensor. El indicador de pisos se encendió en el 34. Llamó otro ascensor.

Llegó al 34. El piso tenía tres departamentos. Fue hacia la escalera y comprobó que los dos hombres no estaban allí. Se paró en el pasillo y escuchó. Oyó una suave melodía que salía a través de la puerta del departamento de la izquierda. Se sentó en

la escalera, lo suficientemente abajo como para que nadie pudiera verlo si se abría la puerta. Sacó la pipa, la cargó y la encendió. Cerró los ojos y se pasó la mano por la cara y el pelo. Estaba mojado. El traje era viejo, ordinario, y había perdido la apostura. Estornudó. Se sonó la nariz y volvió a cerrar los ojos. Sin advertirlo se durmió y su cabeza cayó hacia adelante. Soñó con una morocha de ojos oscuros y muy grandes. Estaba vestida con un salto de cama y caminaba sobre un par de chinelas rojas. Tenía el pelo suelto y una copa de champán en la mano. Junto a ella había un maletín negro. El living de la casa parecía confortable y tibio y la mujer no tenía sueño. Fueron a la cama y duró toda la noche. A la mañana siguiente se despidieron. Entre las sábanas, Marlowe encontró un largo cabello negro.

Las voces lo despertaron. Guardó la pipa apagada. En el departamento de la izquierda, la puerta estaba entreabierta y podía escucharse a una mujer que lloraba como una Magdalena. Marlowe subió diez escalones y caminó suavemente hasta pegarse a la puerta. Un murmullo de voces masculinas eclipsaba el llanto de la rubia. El detective abrió un poco más la puerta y miró hacia adentro. La mujer estaba de pie, en medio del living, desnuda y sin consuelo. Tenía el cuerpo tostado por el sol, salvo en los lugares que un bikini pequeño había ocultado. Los pechos eran firmes y erectos; el vello del pubis era ralo pero suficiente, y los muslos, agresivos y suaves. No se tapaba más que la cara y tenía convulsiones ahogadas. Richard Frers estaba frente a ella, rojo de ira, tenso como un alambre, y los dos matones permanecían firmes, de espaldas a la puerta. Frers estaba a punto de tener un ataque de cólera. Acurrucado contra la pared, había un hombre de unos treinta años, de largo pelo rubio y enormes bigotes. Estaba desnudo, pero tenía las medias puestas. Tiritaba, aunque no de frío. Frers dio un paso adelante y sacudió la cara de Diana Walcott con una bofetada. Ella lloró un poco más fuerte.

—¡Por Dios, Richard, basta! —gritó con voz entrecortada.

Frers se dio vuelta y enfrentó a los matones. Dos lágrimas le corrieron por la cara.

—Mi hermana no merece seguir viviendo, ¿verdad? —dijo con tono de inconsolable pena.

Los dos guardaespaldas permanecieron en silencio. Marlowe sintió irrefrenables deseos de fumar. Hubo un silencio prolongado, hasta que el hombre acurrucado habló sin firmeza:

—Por favor, déjennos salir de aquí.

El matón flaco fue hasta él y le dio una patada en el pecho. El joven tosió, cabeceó dos veces y se desvaneció.

—¡Déjelo! —gritó Frers—. ¡Él no tiene la culpa! ¡Ella es una puta!

Siguió tirando lágrimas al suelo. Marlowe asomó un poco más la cabeza y vio a Diana y a su hermano abrazados, llorando. El joven rubio vomitaba sin parar y los matones casi cubrían el campo de visión. El detective aprovechó el bochinche para

encender un cigarrillo.

—¿Espera a alguien?

La voz tronó a sus espaldas. Marlowe se dio vuelta y miró al gigante que fumaba un habano y tenía en la mano derecha una pistola tan grande como un tanque de guerra.

—Pasaba por aquí —dijo el detective.

—¡Qué bien! —respondió el paquidermo—, pase a tomar un whisky.

Le puso el tanque de guerra en la cabeza. Marlowe sonrió sin ganas y abrió la puerta.

—¿Molesto?

Los dos matones se dieron vuelta. Los hermanos dejaron de llorar por un momento y todas las pistolas apuntaron hacia el detective.

—Estaba curioseando en la puerta —explicó el del habano—. ¿Lo conocemos?

Frers caminó hacia Marlowe. Tenía la cara desencajada por el dolor.

—Mi hermana es una puta —anunció.

—No sea puritano —dijo Marlowe—, cualquiera da un traspié.

—¡Voy a matarla! —gritó Frers y empezó a llorar otra vez.

—No exagere —contestó el detective—; al marido no le gustaría.

Richard Frers dejó de llorar súbitamente. Su cara pasó del dolor al desprecio.

—Trabajen, muchachos —dijo.

El flaco fue hacia la chica y sacó una cuerda del bolsillo; en dos minutos le amarró las manos a la espalda.

—¡Vístase! —ordenó al joven rubio y bigotudo. Este se paró y empezó a ponerse la ropa. Temblaba.

—¿Quiere decirme para qué me contrató? —preguntó Marlowe a Frers.

—Quería asegurarme de que no me traicionarían.

—¿Quiénes?

—Ellos —señaló a los matones—; pensé que trabajaban para mi cuñado.

—¿Y quién les paga? —preguntó el detective.

—Ahora yo. Les di dos billetes grandes.

—Lo van a traicionar igual.

—¡No es cierto! —dijo el flaco—; usted nos dio dos grandes para que despachemos a la chica. Somos gente seria. Al detective lo limpiamos gratis si quiere.

—Sí, quiero.

—¿Y al Don Juan? —señaló al rubio que ya estaba vestido.

—Hagan lo que quieran.

—Eso es mucho. Deje un retrato de Madison y arreglaremos todo.

Frers abrió la cartera y sacó un cheque.

—Le cobran muy caro —acotó Marlowe—, es un trabajo fácil y cualquiera puede

hacerlo por dos mil.

—¡No se meta! —gritó el flaco mientras golpeaba en el cuello a Marlowe con el caño de la pistola. Luego miró a Frers y dijo amablemente—: No se aceptan cheques, señor.

—No tengo efectivo.

—¿Cuánto hay allí? —señaló la billetera.

—Dos mil quinientos.

—Está bien —el flaco puso el dinero en el bolsillo y agregó—: Váyase ahora.

Frers saludó con amabilidad y tendió la mano a Marlowe.

—Adiós, señor. Usted hizo un buen trabajo.

—Todavía me debe trescientos dólares.

—Le mandaré un cheque.

—Por lo que veo no va a servirme.

—¡Dios! Lo había olvidado. Discúlpeme. Estoy un poco confundido. ¿Y su socio? Puede cobrar él.

—Claro. Llámelo, por favor. Recuérdele que debemos el alquiler de la oficina.

—Lo haré.

—¡Basta de farsa, Frers! —gritó Marlowe—, estos chapuceros lo están metiendo en un asesinato y dejan huellas por todas partes. ¿Se ha vuelto loco?

—Ya no me importa nada, Marlowe. Arréglese con su problema.

Salió. El detective miró a su alrededor. No entendía nada de lo que pasaba desde que había entrado al edificio. Pensó que Soriano estaría afuera, mojándose, firme en su puesto, sin saber qué pasaba aquí.

—Desnúdese —dijo el flaco.

—¿Me va a bañar?

—No se haga el gracioso. Lo voy a meter en la cama con la rubia.

—¡No me diga! Ordene a su socio que me sirva un whisky con soda.

—¡Desnúdese, imbécil!

Marlowe se quitó el saco, los zapatos y la camisa.

—Todo. Dije desnudo —recalcó el flaco.

—¿Se trata de asesinato y violación?

—Acábela. ¿No se da cuenta de que lo vamos a liquidar?

—Sí, pero no entiendo el sistema. Hace mucho que ando en esto y nunca vi nada tan sofisticado.

—Gas, compañero. Sáquese el calzoncillo.

—Me da vergüenza.

El gigante puso el tanque de guerra apuntando a la cabeza del detective. Éste se sacó el calzoncillo. Tenía las piernas peludas y los músculos eran firmes. Una cicatriz le cruzaba el pecho y otra le marcaba la espalda. La rubia se dio vuelta.

—Bueno, a la cama los dos —dijo el flaco.

La rubia se metió en la pequeña cama y Marlowe vaciló. Por fin se estiró bajo las sábanas.

—Qué pensaría su marido, señora —dijo.

El gigante golpeó a Diana y a Marlowe con la culata de la pistola. Ambos quedaron inmóviles. Luego desató a la mujer y les acomodó los brazos. El derecho de Marlowe pasaba alrededor del cuello de la rubia y caía sobre uno de los pechos. Luego abrió los muslos de ella y puso la otra mano del detective apretando el sexo. El flaco sacó la ropa de la cama y contempló la escena con una sonrisa tierna.

—Adiós para siempre, preciosidad.

El gigante abrió las llaves del gas de la cocina. Salieron empujando al rubio.

Cuando entraron en el ascensor, Soriano salió del hueco de la escalera y tocó timbre en el departamento varias veces, pero no tuvo respuesta. Había seguido al hombre del habano y vio cuando éste sorprendió a Marlowe. Desde entonces había estado escondido. Como nadie salió a la puerta, sintió que su corazón empezaba a saltar en el pecho. Sin embargo, trató de tranquilizarse, pues no había escuchado disparos. Llamó todos los ascensores. Un minuto después se abrió la puerta de uno. Cuando llegó a la planta baja buscó el departamento del administrador y tocó timbre. Abrió una mujer gorda que tenía puestos los ruleros y se había levantado del sillón que estaba frente al televisor.

—Necesito la llave del departamento A del piso 34 —dijo Soriano en español.

La mujer hizo un gesto con la cara y encogió los hombros.

—Váyase a México —dijo—, aquí no damos limosna a los chicanos.

Soriano intentó en inglés:

—Llave —hizo un gesto con la mano—, departamento A 34 —dibujó el número con el dedo índice sobre la puerta.

—¿Qué le pasa, vago? —gritó la mujer—. ¿Quiere que llame a la policía?

—Sí, ¡por favor! —gritó Soriano.

La mujer lo miró de arriba abajo. Sonrió.

—Sos un lindo chico después de todo. ¿Qué te pasa, jovencito? ¿Necesitás un billete?

Soriano dio un empellón a la gorda y entró en la casa. Corrió de una habitación a otra hasta que halló un tablero con las llaves de todos los departamentos. De un vistazo lo recorrió hasta el A 34. Tomó la llave y se dispuso a salir. La gorda estaba en la puerta con un cuchillo de cocina y una sartén. Gemía.

—No vas a salir, jetón, mexicano criminal. Nadie entra en mi casa cuando no está mi marido, nadie.

Soriano tomó una silla y la tiró contra la gorda. La mujer cayó de espaldas dando

gritos. El periodista saltó sobre el cuerpo rechoncho y tropezó. Trató de hacer equilibrio con los brazos, pero no encontró en qué sostenerse. Cayó hacia adelante. La gorda se puso de rodillas, tomó la sartén y golpeó en la cabeza al argentino. Soriano trataba de cubrirse la cara, pero los sartenazos de la gorda eran terribles. Por fin pudo agarrar el brazo de la mujer y ponerse también de rodillas. Estaban nariz a nariz. Ella le escupió la cara.

—Chicano mugriento —dijo con una mueca de asco.

Soriano bajó la frente y cabeceó la cara de la gorda. Ella dio un alarido y cayó de costado. Le salía sangre de la nariz. Un hombre que había entrado al escuchar el escándalo avanzó y tiró una patada a Soriano. El periodista alcanzó a esquivar el golpe y tomó la pierna del hombre que se sentó junto a la gorda. Soriano se puso de pie. Levantó el cuchillo y cubrió con él la salida. Atravesó el pasillo a la carrera. Un ascensor permanecía abierto mientras entraba una mujer joven. Soriano picó a toda velocidad, como en su época de futbolista, y frenó patinando. Se zambulló de cabeza dentro del ascensor cuando la puerta automática ya había cerrado hasta la mitad. Cayó junto a la muchacha. La miró, sentado y con el cuchillo en la mano. Tenía la cara morada por los golpes de la sartén. La mujer estaba pálida y no podía hablar. Soriano quiso calmarla.

—Tranquila, no le haré nada —dijo en castellano. La joven dio un grito y se desmayó. Soriano se puso de pie y apretó el botón 34. El ascensor paró en el 18. Un hombre que iba a entrar vio a la mujer caída y detuvo el cierre de la puerta con la mano. Soriano sacó el cuchillo y lo puso en la garganta del hombre. La puerta se cerró. Hubo dos paradas más y el argentino usó con éxito el mismo procedimiento. Cuando el ascensor se abrió en el 34 dio un salto y se abalanzó sobre la puerta del departamento A. Hizo girar la llave y abrió. Un vaho de gas lo paralizó. Salió al pasillo, aspiró hasta llenar los pulmones de aire y entró. Abrió una ventana y luego huyó al pasillo otra vez. Jadeó. Cambió el aire y corrió a la cocina. Cerró las llaves. Las piernas se le aflojaron, pero alcanzó a salir otra vez. No podía creer lo que había visto sobre la cama. Respiró un minuto y volvió a entrar. Abrió la ventana que faltaba. Cuando el aire se hizo más limpio, cerró la puerta de entrada. Sentía opresión en el pecho. Apretó la muñeca del detective. Tenía pulso. Luego probó con la mujer: también vivía. Los sacudió pero no tuvo respuesta. Fue a la cocina y llenó una olla con agua. La volcó sobre las cabezas, que seguían juntas. Marlowe abrió un ojo y lo volvió a cerrar. La mujer tiritó y sus pechos se irguieron contra las peludas tetillas del detective. Soriano echó sobre ellos más agua. Marlowe despertó lentamente, miró a su alrededor y fijó los ojos en la mujer.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Perdone que lo interrumpa —dijo Soriano—, se dejó el gas abierto.

—¿Qué? —Marlowe no entendía. Pasó una mano por sus ojos y se sentó—. ¿Qué

hago con ella?

—Lo mismo me pregunto yo, compañero. La rubia no está mal. En su lugar no me hubiera quedado dormido.

—¿Cómo llegué acá?

—Lo trajo un gigante.

De pronto la puerta se abrió y por ella entraron varios vecinos, encabezados por la gorda y dos policías.

—¡Aquél! —gritó la gorda.

Los policías avanzaron, pistolas en mano. Las señoras gritaron al ver la escena de la cama. Todavía el ambiente olía a gas.

—¿Qué te parece, Bob? —preguntó un policía.

—No sé —respondió otro—: Los Ángeles está cada vez más podrida, Ted.

—Llamá a la seccional.

—¿Con quién pido? ¿Con Homicidios o con Moralidad?

Era un salón blanco y el cielo raso estaba muy alto. No tenía ventanas y apenas cuatro lámparas iluminaban la cuadra de treinta metros. Pegados a las paredes había bancos de madera, sin respaldo. Medio centenar de hombres, blancos y negros, de prostitutas, blancas y negras, estaban acostados, o sentados con la cabeza gacha. Unos pocos miraban pasar de aquí para allá a un par de vigilantes que llevaban carpetas y papeles.

Un policía de pelo rojo y cara mofletuda, con aspecto de haber cumplido con el último deber de la noche, empujó a Marlowe y a Soriano a través de la pequeña puerta de acceso.

—Siéntense donde quieran, están en su casa.

Los dos hombres habían dejado en la guardia cuanto tenían en los bolsillos; Soriano usaba mocasines, pero Marlowe había tenido que dejar también los cordones de sus zapatos. Fueron hacia un banco donde estaban dos mujeres gastadas, de labios carmesí y mirada abstraída. Soriano sacudió la cabeza.

—En estos casos me dan más ganas de fumar.

Marlowe no contestó. Se sentó en el banco y estiró las piernas. Estaba cansado, sin aire y sin ganas de reclamar nada. El argentino parecía más entero. Eran las diez de la noche y tenía el estómago vacío. Empezó a protestar:

—Le dije, Marlowe, íbamos a terminar en cana. Todo era absurdo. Un tipo de su experiencia, si es que la tuvo alguna vez, no puede meterse en estos líos. ¿Qué nos pasará ahora?

—No sé —contestó Marlowe con desgano—; a usted le van a poner una multa por meter las narices donde no le importa sin tener licencia. Para colmo le van a cargar invasión de domicilio y propiedad privada. Eso es grave. Tiene que cuidarse cuando sale de su país.

—¿Multa? —el periodista levantó las cejas—. ¿Se cree que soy Rockefeller? ¿De dónde voy a sacar la plata?

—No sé. Al que no paga le dan un calabozo gratis.

—Y a usted, ¿qué le pasará?

—Contra mí no tienen nada. Si la señora Walcott no presenta denuncia, mañana me iré a casa.

—¡Muy lindo! Le salvo la vida y me deja adentro.

—Voy a buscar a Frers. Él pagará las multas.

—Mejor busque al cónsul argentino. Él tiene que hacer algo.

A medianoche, un policía de pelo lustroso y rostro descansado como si recién tomara servicio, apareció en la puerta y llamó:

—¡Philip Marlowe y Osvaldo Soriano!

Los dos hombres se pusieron de pie y caminaron hacia la entrada.

—A la guardia, ¡vamos!

El oficial rubio, con la cara llena de granos rojos, tenía el rostro duro e impasible de los que no se conmueven ante nada. Los miró detenidamente.

—¿Quién es el argentino?

—Yo —Soriano usó su voz más suave y humilde.

—¿Dónde queda eso?

—¿Qué?

—La Argentina.

Soriano lo miró un rato y luego se dio vuelta hacia Marlowe.

—Pregunta dónde queda la Argentina —dijo el detective.

—Eso lo entendí. Explíquele usted.

—¿Yo? ¿Y dónde queda?

—¿De qué hablan? —preguntó el policía.

—Soriano no habla inglés, oficial.

—Bueno. Pregúntele dónde queda ese país y si es comunista.

—¿Él o el país?

—Los dos. Pregúntele.

Marlowe miró a Soriano y sonrió:

—Bueno, por fin me voy a enterar: ¿usted es comunista?

—¿Eso pregunta?

—Sí.

—Dígale que antes de entrar a Estados Unidos tuve que firmar un papel donde juraba que no era comunista.

—¿Pero es o no? —insistió Marlowe.

—Déjese de joder, detective.

—El que jode es él. ¿Le digo que no?

—Claro.

—Comunista. —Y agregó en inglés, dirigiéndose al oficial—: Dice que es demócrata, admirador de Kennedy. Lloró como un chico cuando lo mataron. Ayudó mucho a su país. Alfabetizó a los indios.

—Ajá. ¿Y dónde queda la Argentina?

—En Sudamérica. Bien abajo del mapa, cerca del Brasil.

—¡Brasil! Siempre soñé con unas vacaciones allá. Bueno, ¿quién va a pagar la fianza?

—¿Cuánto?

—Dos mil. Mil quinientos por él y quinientos por usted.

—¿Y yo qué hice?

—Exhibición obscena, adulterio, escándalo. Elija lo que quiera.

—Mire, oficial, está equivocado si cree que no conozco la ley del estado. Si no hay denuncia no puede acusarnos de nada. Además necesito a mi abogado.

—Llámelo. Con lo que había en su bolsillo dudo que pueda pagarle.

—Tengo amigos.

—¿Amigos? Ustedes son basura, peor que los negros. ¡Vagos, buscavidas! Ahora se mezclan con los chicanos. Basura con mierda, todo en la misma cloaca.

—Mida sus palabras, oficial. Usted es la ley en este distrito y puede arrepentirse.

—¿Arrepentirme? ¿Cree que no tengo su prontuario? Encubrimiento de ladrones, sospecha de encubrimiento de asesinos, borracho, vago, tramposo, traidor a la policía. Basta con que yo levante un dedo para que se pudra en un calabozo.

—No se agrande. El señor es extranjero y tiene que tratarlo como tal. Llame al cónsul argentino en Los Ángeles en lugar de cacarear tanto.

El rubio rió y las arrugas de la cara le apretaron los granos rojos. Dijo:

—Claro que es extranjero. Si ése fuera americano yo habría roto mi cédula. No voy a perder más tiempo con ustedes. Pagan antes de mediodía o van a la cárcel.

—No puede secuestrarnos. Présteme el teléfono.

—¿Teléfono? ¡Eh, Micke! ¡Los señores quieren hablar por teléfono!

Micke era un hombre pequeño y serio, de rostro apretado como un puño. Tenía un cigarrillo apagado entre los labios y estaba limpiando la pistola a dos pasos del oficial. Apuntó a los detenidos.

—No es hora de hacer citas, mejor van a dormir.

—Tendría pesadillas, después de haber visto su cara —dijo Marlowe.

El hombre se puso de pie lentamente.

—Gracioso, ¿eh? Me gustaría verlo en la TV porque cuando estoy de servicio no me río.

Acercó su cara de puño a la nariz de Marlowe.

—¿Dónde cree que está?

—En una cueva de degenerados vestidos con el uniforme de la policía de Los Ángeles.

El policía pequeño empujó el cañón de su pistola en el estómago del detective que se dobló en dos.

—Repítalo. No le oí bien.

—¡Déjelo! —gritó Soriano.

El oficial levantó su mano gorda, llena de anillos de oro y sacudió la oreja del argentino.

—Respete un poco, ¡mugriento!

El policía pequeño sonrió.

—Déjamelos un rato, Gordon, me gustaría hablar con ellos en tu oficina.

—Que los lleven. Tenemos toda la noche para charlar. Me gustan. Son conversadores y simpáticos. Estoy cansado de tratar con negros y putas. Además siempre quise conocer el Brasil.

Estaban tendidos en el suelo como dos bolsas sucias. Soriano tenía la boca cerrada por la sangre seca que se había puesto marrón. Los ojos le habían desaparecido por la hinchazón de los pómulos y apenas se veían dos líneas oscuras. Cuando Marlowe abrió los párpados encontró una piel blanca y un matorral de pelo rubio y sin brillo. Tardó en darse cuenta de que estaba tirado boca abajo y de que se desangraba sobre el pecho de su compañero. Levantó la cabeza y sintió que algo estaba dentro de ella. Se tocó la cara. Escupió. Tenía el cuerpo blando como si le hubieran quitado los huesos. No era dolor lo que sentía y eso le extrañó. Era una sensación de no pertenecer al mundo que había descubierto al abrir los ojos. Miró a Soriano. Trató de levantarse y cayó de rodillas. Ahora sí, le pareció que un puñal atravesaba su cuerpo a lo largo. Se tomó del borde del escritorio opaco, manchado de tinta, y puso toda su fuerza en incorporarse. Su cintura se quebró.

—¿Adónde vas, amiguito?

La voz le sonaba lejana. Se dio vuelta. Apoyó las palmas de las manos en el suelo para girar su cabeza. Encontró un uniforme azul que volaba por la habitación, sobre él. Sacudió la cabeza y vio a un policía joven.

Sintió que tenía la boca seca y que las imágenes escapaban a sus ojos.

—Agua —balbuceó.

Nadie se movió. Un silencio absoluto flotaba en la habitación blanca. Marlowe se arrastró hacia el cuerpo de Soriano, que estaba inmóvil. Lo tomó de la camisa abierta y quiso levantarlo, pero no tenía fuerza; sus dedos se aflojaron. Se dejó caer. Antes de desmayarse escuchó una música suave.

—Se les fue la mano —dijo el policía joven—, estos dos están para el hospital.

Micke estaba demacrado y el pelo le caía desgreñado sobre la cara. Se sentía cansado y tenía sed. Se le habían terminado los cigarrillos.

—Llévalos a dar un paseo. No podemos darle esto al fiscal.

El joven salió y regresó con tres hombres en ropa de calle.

—Apúrense, que no los agarre el amanecer.

Cargaron los dos cuerpos y por una puerta estrecha salieron al patio. Los echaron en el asiento trasero de un coche sin patente. Soplaba un viento suave y frío. El auto arrancó. Veinte minutos más tarde tres hombres descargaban los cuerpos sobre una playa de Bay City. En la arena quedaron dos manchones alcanzados por los golpes de las olas frías.

Soriano tuvo un estremecimiento. Abrió los ojos y se sintió dolorido y confuso. Miró a su compañero. Marlowe descansaba con los ojos abiertos, fijos en las nubes grises.

—¿Marlowe? —llamó Soriano en voz baja.

El detective giró su cabeza hacia su compañero. Sus ojos eran un manantial de sangre. Sintió la boca llena de arena. Las nubes se pusieron rojas y la luz iluminó suavemente la playa. Las dos figuras estaban de pie y se recortaban como sombras lentas y perezosas. Las olas llegaban a sus pies y al retirarse dejaban una espuma como la que se derrama de un vaso de cerveza. El hombre alto, muy encorvado, tenía la camisa rota y sin botones hasta el medio del pecho. Empezó a caminar con paso vacilante, la cabeza caída, los brazos abiertos y los puños apretados. Detrás, a cinco pasos, Soriano aspiró dificultosamente el aire fresco del amanecer. Se agachó para sacarse los zapatos, los tomó en la mano y empezó a andar. Tenía la cabeza erguida y los ojos profundos como una ciénaga.

No hablaron. El gordo tenía la mirada fija en la nuca de su compañero. De vez en cuando dejaba escapar un suspiro de disgusto. Estornudó cuatro veces, sonó su nariz contra la arena y siguió caminando. Delante de él, Marlowe trastabilló y cayó sentado, ya lejos del agua. Soriano dio algunas vueltas alrededor de su amigo, como si estuviera reconociéndolo a distancia y se dejó caer de rodillas. Con una mano alisó la arena. La brisa les refrescaba las caras. O lo que quedaba de ellas.

Amaneció sin apuro. Un hombre de sobretodo pasó caminando junto al mar; metía sus botas en la espuma y fumaba en pipa. Tenía grandes anteojos y llevaba un gato negro en sus brazos. Se detuvo, miró a los personajes y se alejó con paso lento, como quien ya no puede ver el mundo.

—No se vaya —dijo Marlowe en voz baja—, mire lo que han hecho de mí.

Apretó la arena con sus puños y se puso de pie. La ruta trepaba hacia el cerro y el detective la vio cercana y cálida. Soriano fue tras él. Recordó que pronto volvería a Buenos Aires, que se sentaría ante una máquina de escribir, que esto le parecería un sueño delirante y audaz y que entonces Marlowe sería una sombra, un fantasma irreal

y estúpido. Le dolieron los pómulos hinchados. Escuchó, de pronto, cómo de su boca salía, dificultosa, la letra de un tango de Gardel. Marlowe se dio vuelta y lo enfrentó.

—¿Sabe, Soriano? Me cago en Laurel y Hardy —barbotó algunos monosílabos —. ¡Me cago en usted, hijo de puta!

—¿Por qué habla en inglés? Sabe que no entiendo.

—No se haga el tonto. Entiende bien —hablaba en castellano—, lo suficiente para darse cuenta de que su amistad me trajo demasiados líos.

—Yo no tengo la culpa si usted anda buscando que le rompan la cara. A mí también me dieron una paliza, ¿no?

Soriano había girado la cabeza y miraba de reojo, como si en realidad quisiera no ser el protagonista de esa escena. Sintió que estaba de más. Apuró el paso y salió a la carretera. Se dio vuelta y vio la costa y el cielo. El hombre de sobretodo se alejaba por la arena.

Los autos pasaban casi pegados entre sí por ambos sentidos de la ruta. Los dos hombres caminaban lentamente por la banquina, separados a diez metros. Iban en silencio. Soriano miraba los coches y trataba de divisar las caras hoscas de los hombres en la madrugada. Durante una hora avanzaron deteniéndose a ratos para descansar. Un patrullero policial paró en la banquina. Un oficial lustroso se acercó a ellos.

—Ya sé —dijo—, vienen de visitar a sus mamás.

—Muy gracioso —respondió Marlowe.

—Ah, ah, ah, mamá les dio una paliza, ¿eh?

Marlowe se sentó en un mojón de señalización.

—¿Tiene un cigarrillo?

—No. Explíquense, muchachos. Voy a la central y no quisiera ir acompañado.

—Tuvimos un accidente de tránsito.

—¿Ah, sí? ¿Y dejaron el auto en el camino? Eso es infracción.

Soriano miraba el patrullero, donde otro policía fumaba un cigarrillo. Lo saboreaba de un modo casi voluptuoso. El argentino se acercó y habló en inglés.

—¿Me da un cigarrillo?

—¿Qué?

—Un cigarrillo —hizo un gesto con la mano señalando el Lucky que se consumía entre los dedos del policía, dejando una ceniza larga y firme.

—Escuche, basura, no me pagan para alimentarle los vicios. ¿Qué le pasó en la cara? ¿Se le cayó encima una pared?

Soriano volvió junto a Marlowe.

—Dígales algo, no quiero volver adentro.

—Mire, amigo —explicó el detective y mostró su placa—, nos tocó un caso duro.

Los policías siempre salimos castigados. No tengo ganas de explicarle. Discúlpeme, ¿por qué no tomamos un whisky un día de estos?

—Está bien. Deje el whisky. Podemos acercarlos.

Arrancaron a toda velocidad. La sirena quebró el ruido monótono de la carretera. Soriano echó la cabeza hacia atrás y halló el respaldo blando y mullido del asiento. Marlowe había abierto muy grandes los ojos y los tenía fijos en la ruta. Al llegar a un cruce de caminos vio un bar.

—Déjennos aquí —pidió.

Bajaron. El auto arrancó y se alejó por la carretera. Soriano suspiró.

—Creí que nos llevaban de nuevo.

—¿Qué hubiera cambiado eso? —preguntó el detective.

El argentino no contestó. Miró a su alrededor y preguntó:

—¿Y ahora qué hacemos?

Estaban parados frente al bar. Era un edificio esquinero, de madera, pintado de azul claro. El frente estaba tapado por los carteles de propaganda de Coca-Cola, Fanta, Firestone, Marlboro, Lee, Vat 69, Ford, Columbia, Philips, Martini, Stromberg Carlson y Eveready. Había tres coches estacionados de punta contra una de las paredes laterales. Al fondo se veía el patio de la casa por donde trotaba un perro San Bernardo entre una docena de gallinas gordas. Era el único edificio en el cruce de dos carreteras. Detrás se veía la montaña arbolada cuya falda caía suavemente sobre el fondo del bar. El sol había asomado pleno y radiante aunque todavía la mañana era fresca. La ruta 101 a San Francisco estaba despejada. Soriano se apoyó en uno de los coches parados frente al bar. Vio que uno tenía la llave puesta.

—¿Y si robamos el auto? —dijo, divertido.

Marlowe levantó las cejas y miró a su compañero.

—Gran idea. Después lo vendemos y con esa plata nos compramos ropa nueva y alguna comida. Si nos sobran algunos dólares podemos ir a escuchar un concierto. No sé qué sería de mí sin sus ideas.

—Mire, detective, mis ideas no suelen ser demasiado brillantes: una vez hasta se me ocurrió ir a vivir a su casa y confiar en usted. Me gustaría que ahora piense algo que nos permita comer aunque sea una hamburguesa.

—Es muy fácil —dijo Marlowe—: cuando salga un tipo le damos un golpe y le sacamos la billetera. Usted tiene experiencia en eso.

—Cuando volvamos a Los Ángeles voy a buscar a un cura que me confiese. Cada vez que miro su cara me remuerde la conciencia.

—¿Tiene hambre? —preguntó Marlowe.

—No, todavía estoy eructando el banquete de anoche.

Marlowe revisó los bolsillos de su pantalón y encontró sólo los documentos en la billetera.

—Nos pelaron, compañero.

—Hay que hacer la denuncia —respondió Soriano.

—Déjese de bromas, ya me está cansando. ¿Cree que vine a las montañas a tomar sol?

—No creo nada. Estamos sin un dólar y por lo menos hay que volver a la ciudad. ¿Se le ocurre alguna manera de conseguirlo?

—No sé. Hablar con los tipos del bar. Quizás alguno nos lleve.

—Muy bien. Vamos a lavarnos un poco. Si usted muestra la chapa nos van a llevar.

Entraron al bar. Una veintena de personas comía jamón con huevos, tomaba café o Coca-Cola. Siguieron hasta el baño. Funcionaba una sola canilla. Marlowe se lavó la cara y sintió otra vez que las heridas le quemaban. Soriano se miró al espejo. Descubrió un rostro tumefacto.

—Apúrese, Marlowe, eso es una ducha.

El detective se apartó de la pileta y se pasó las mangas de la camisa por la cara. Su aspecto no había mejorado mucho, pero tenía los ojos más abiertos. Soriano se echó agua sobre la cara, luego se agachó y metió la cabeza bajo la canilla. Por fin sacudió el pelo y salió detrás del detective. Se acercaron al hombre del mostrador. Marlowe sacó su identificación.

—Necesitamos llegar a Los Ángeles.

—Cada vez es más duro ser policía, ¿eh? —comentó el hombre moviendo la cabeza de arriba hacia abajo—. ¿Tuvieron problemas con los hippies?

—Ajá —Marlowe asintió—. En la playa. Los sorprendimos en pleno viaje. Se pusieron nerviosos.

—Mierda, señor —dijo el hombre, que había empezado a sudar—, pura mierda. Si encuentro a Crystal con uno de esos barbudos, le rompo la cabeza. No es época para tener hijos, se lo digo yo. ¿Tiene hijos, señor?

—Seis.

—¡Jesucristo! Lo compadezco —dijo el del mostrador.

—¿Cree que alguien podrá llevarnos a la ciudad? —preguntó Marlowe, impaciente.

—Crystal los llevará. Ella tiene que ir a Hollywood. La policía debería ocuparse de despejar la zona de barbudos. Las montañas están llenas de ellos. Hacen campamentos. Verdaderas orgías. Me han robado cuatro veces este año.

—¿Tendrá un par de cigarrillos?

—¡Por supuesto, teniente! —buscó tras el mostrador y alargó un paquete—. Quédese con ellos. No siempre viene gente sana a pedirme cosas.

—Gracias —dijo Marlowe y alargó un cigarrillo a Soriano—. ¿A qué hora sale Crystal?

—Voy a avisarle. ¿Por qué no comen algo?

—No quisiéramos molestar. No tenemos dinero. Los barbudos se quedaron con todo.

—¡Cristo! Después dicen que se cagan en el dinero... —el hombre acercó su cara a la de Marlowe—. Un día de éstos voy a dejar seco a uno de ellos —sonrió y tardó un minuto en retirar su cara por la que corría sudor—. ¡Jamón con huevos para dos! —gritó. Luego salió por una puerta pequeña que estaba cubierta por una cortina. Una muchacha blanca, de unos veinte años, que tenía una cicatriz en el mentón, sirvió la comida.

—¿Qué le contó? —preguntó Soriano.

—Nada. Le mostré la tarjeta de Diners.

Comieron en silencio. El patrón, que había regresado, los contemplaba con simpatía. La cortina se abrió y apareció una muchacha rubia, de unos dieciocho años, que tenía el pelo atado sobre la espalda. Era pecosa y parecía atrevida. Vestía pantalón ajustado y un suéter.

—¿Ustedes son los policías?

Marlowe asintió con la cabeza. Soriano miró a la muchacha y comentó:

—Está buenísima.

Ella le sonrió. Marlowe tradujo:

—Dice que usted es muy simpática. Él no habla inglés. Es un detective de Interpol.

—¡Qué fascinante! —dijo la muchacha—, voy a llevar a dos policías conmigo.

Marlowe y Soriano se pusieron de pie. Estrecharon la mano del dueño del bar.

—Gracias, amigo —dijo Marlowe—, todavía queda gente de bien en este país.

—Mande a sus muchachos a pasear por este lugar, teniente; le aseguro que se divertirán.

—Pierda cuidado.

Subieron a un Chevrolet blanco. Marlowe se sentó adelante.

La muchacha manejó a toda velocidad.

—Basta de juego —dijo—; a mí pueden decirme la verdad.

Marlowe la miró.

—Cualquiera se da cuenta de que ustedes no son policías —agregó—; esto es absurdo.

—No somos policías —reconoció Marlowe—, yo soy detective privado y él es periodista.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—¿Se puede saber qué les pasó?

—La policía nos dio una paliza.

—¿Anduvieron en líos?

—Hace una semana que ando en líos. Desde que conocí a éste —señaló a Soriano.

—¿Qué pasa? —preguntó el argentino, inclinándose hacia adelante.

—Si no se ofenden les diré que ustedes parecen una caricatura. Nadie anda por las carreteras de California con la cara y las ropas destrozadas haciéndose pasar por policías para que los lleven a Los Ángeles.

—Eso creía yo —dijo Marlowe.

—¿Se puede saber qué buscan?

—A Laurel y Hardy.

—¿A quiénes?

—Al gordo y el flaco. Soriano los está buscando desde hace años.

Crystal empezó a reír. Se echó hacia adelante y apretó el volante hasta que sus dedos largos y finos se pusieron blancos.

—¿Qué broma es ésa? —preguntó entre carcajadas.

—No es broma. Él quiere escribir sobre Laurel y Hardy. Vino a Los Ángeles para investigar sus vidas. Desde que empezamos a trabajar juntos nos va siempre mal.

—Como a ellos —observó Crystal.

Marlowe la miró y luego empezó a reír, cada vez con mayor intensidad. Tuvo que tomarse la barriga y agacharse. Sintió que todo el cuerpo le dolía.

Crystal los dejó en Hollywood, frente a una parada de ómnibus. Había estacionado el auto en un lugar prohibido. La muchacha sonrió, mostrando unos dientes un poco separados entre sí y una lengua corta y filosa.

—No puedo prestarles más que un par de dólares para el viaje —dijo con tono apesadumbrado.

—No le costaba nada llevarnos hasta casa, carajo —protestó Soriano en español.

—¿Qué dice? —preguntó la muchacha a Marlowe mientras ampliaba su sonrisa para Soriano.

—Es un desagradecido. Dice que usted podría habernos llevado hasta casa.

—¡Oh! Lo lamento mucho... No me interpreten mal. Debo llegar a tiempo a mi analista. Tengo hora a las nueve.

—¿Adónde va? —preguntó Soriano en inglés.

—A mi analista.

—También, con el padre que tiene —dijo el argentino en su idioma, mientras salía del auto.

—Muchas gracias, Crystal —dijo Marlowe, asomado a la ventanilla.

El auto arrancó y se perdió en el bulevar. Marlowe planchó los dos billetes de un dólar que la muchacha había puesto en su mano.

—Muy bien —dijo, muy serio—, nos espera otro viaje proletario.

Tomaron el ómnibus. Una hora después entraron en casa de Marlowe. Un olor intenso, sucio, estaba encerrado en las habitaciones. Por la claraboya de la cocina saltó el gato que daba maullidos prolongados. Corrió de un lado a otro del living, con la cola parada y los ojos fijos en Marlowe. Por fin se sentó. Soriano lo levantó, le acarició la cabeza y le rascó el cogote. El gato echó las orejas hacia atrás, movió la cola larga y protestó con un gruñido amenazante. Estaba demasiado flaco. Marlowe salió del baño.

—Lo va a arañar.

—No se preocupe. Un gato nunca ataca a quien lo quiere. De todas maneras mi cara no podría estar peor.

Marlowe sacó de la heladera un pedazo grande de bofe y lo puso en un plato que dejó en el suelo. Soriano soltó al gato y luego puso leche en una taza.

—Le gustan mucho los gatos, ¿no? —preguntó el detective.

—Ajá.

Recordó la muerte de aquel gato que lo acompañó en los años de su adolescencia. Estaba echado y su cara flaca aguantaba el dolor en silencio. Se iba apagando de a poco. Cuando sintió que iba a tener una convulsión se paró y se alejó unos pasos, como para que él no participara de su tragedia. Luego cayó, se retorció dos minutos y se quedó quieto.

Marlowe miró a su amigo que estaba sentado en el diván. En su cara golpeada, confusa, podía adivinar una mueca de tristeza. Buscó un paquete de cigarrillos y encendió uno. Aspiró el humo con fuerza y dijo:

—Usted es un tipo extraño.

Soriano tomó también un cigarrillo. Antes de encenderlo respondió:

—¿Extraño? ¿Cuál de nosotros es el extraño?

—Es la primera vez que veo a un tipo joven que viene a Estados Unidos para correr detrás de dos cómicos muertos de los que ya nadie se acuerda.

—¿Por qué me acompaña, entonces? —preguntó el argentino—. ¿Por qué se hace golpear a cada momento?

—También usted recibió las palizas.

—Cierto —Soriano se puso de pie—. Pero las palizas significan cosas distintas para usted y para mí. A su edad, en su profesión, una paliza es apenas una anécdota.

—Estoy lleno de anécdotas, compañero. Tengo el cuerpo destrozado por ellas. Lo que usted recibió le servirá de lección. Todavía es muy joven y tal vez necesite pelear algún día.

—¿En la Argentina?

—No sé. Usted me dijo que los yanquis no los dejan vivir tranquilos.

—No es tan simple. Allí muere mucha gente de hambre o a balazos todos los días.

Los que tiran no son yanquis. Ellos no dan la cara.

—Usted es un latinoamericano rubio que pudo pagarse un viaje a Estados Unidos. No venga a llorar las desgracias de los otros.

—Es distinto —el argentino hizo un gesto con las manos—, usted confunde las cosas.

El gato terminó de engullir el trozo de bofe, dio un par de lengüetazos en la taza de leche y se sentó entre los dos hombres. Fijó sus ojos grandes y brillantes en los del detective.

—¿Cuándo vuelve a Buenos Aires? —preguntó Marlowe.

—Dentro de una semana. Tengo que confirmar el pasaje y avisar al diario. Estoy demorado.

—Muy bien. Nos queda poco tiempo. Dígame qué haremos.

—No sé, Marlowe; estoy cansado. A veces tengo la fantasía de que podría hablar con Chaplin. Vino a la entrega del Oscar, pero nadie puede acercarse a ese monstruo.

—Nadie va a intentarlo tampoco —dijo el detective.

—¿Qué insinúa? No sea delirante. Nadie pasaría entre la custodia. Aun así, hablar con él sería más difícil que hablar con el presidente de los Estados Unidos.

—Será difícil hablar con el presidente, pero es fácil pegarle un tiro.

—Yo no quiero matar a Chaplin.

—Pasaría a la historia. Ya veo los titulares de los diarios: "Latinoamericano mata al genio para vengar al gordo y al flaco." O si no: "Genio asesinado por un loco."

—Cuando termine de divertirse me avisa —dijo Soriano.

—Ya está. ¿Qué puede saber Chaplin de Laurel y Hardy?

—Les jugó sucio con los circuitos de distribución de películas en 1929. Quiso romper la pareja. Además vino a Estados Unidos con Laurel. Quizá podría contarme algunos detalles.

—Seguro. Chaplin le contará todo. Veo otra vez los titulares: "Genio confiesa a un periodista latinoamericano que es un ogro."

—No se ilusione. No podremos verlo.

—¿Le parece? ¿Cuándo es el show?

—Pasado mañana.

—Bueno, póngase su mejor traje de etiqueta. Allí estaremos.

—Usted es el detective más irresponsable que he conocido.

—¿Conoció a muchos?

—No. Cuando veo a un policía doy vuelta la cara.

Cuando bajaron del ómnibus, la madrugada era húmeda, fresca y despejada. El detective palmeó a su amigo y encendió un cigarrillo. Soriano cruzó la calle y caminó frente al edificio de la Academia de Hollywood. Dobló en la esquina y miró el reloj.

Eran las seis menos veinte. Se apretó contra el portón de un garaje cerrado y esperó cinco minutos. Un auto estacionó cerca de la esquina luego de empujar la fila de coches. Bajaron dos hombres de uniforme azul. Soriano encendió un cigarrillo y lo tiró en seguida. Los guardias caminaron hacia la entrada de servicio de la Academia, situada en medio de la cuadra. Tras ellos avanzó Marlowe. Soriano los vio acercarse. Cuando los tuvo a veinte metros levantó el pañuelo que tenía atado al cuello, y se cubrió el rostro. Del bolsillo del pantalón sacó otro pañuelo blanco al que le había hecho nudos en las puntas y se lo puso en la cabeza. Parecía un hincha de fútbol enmascarado. Cuando los guardias estuvieron a tres metros apretó la culata del revólver en el bolsillo del saco y les salió al paso. Los dos hombres se pararon de golpe, sorprendidos. El más alto echó mano a la cintura.

—¡No se moleste, amigo! —dijo Marlowe a sus espaldas—. ¡Deje quietos los brazos!

Bajo el pañuelo, el argentino sonreía. Los guardias se dieron vuelta. El detective estaba también enmascarado con un pañuelo negro de seda y el sombrero gris le caía casi sobre los ojos. Empuñaba una pistola 45.

—Sean juiciosos —agregó Marlowe—, llamen a la puerta, como siempre.

El petiso, que temblaba, miró a su compañero.

—¿Es un asalto? —preguntó.

—Perdón —respondió Marlowe colocando la pistola sobre la nariz del más alto —, olvidé anunciarlo: esto es un asalto.

Soriano sacó un revólver Colt 38, corto. Apretó el caño contra la barriga del petiso. Luego hizo un gesto con la cabeza indicándole que se apurara.

El guardia sacó un manojo de llaves y abrió una caja empotrada en la pared, junto a la puerta. Dentro había un botón rojo. Dudó un instante y luego lo apretó cuatro veces. Soriano se ocultó a un costado de la entrada. Abrió la puerta un pelirrojo gordo y bajo, de abundante barba y bigotes como manubrios de bicicleta, que vestía un mameluco verde. Marlowe le puso la pistola en la cara.

—Pase. Tenemos apuro —dijo en voz baja.

Entraron. Los tres hombres tenían las manos levantadas.

—Contra la pared —dijo Marlowe. Luego miró hacia el fondo del pasillo vacío y llamó—: ¡Vamos!

Soriano entró con el revólver a la altura de su cintura. Con la otra mano sostenía el pañuelo de la cara que estaba flojo y amenazaba caerse.

—Sáqueles las armas —dijo el detective en inglés.

—¿Qué? —respondió Soriano, también en inglés.

—¡Las armas, estúpido! —gritó Marlowe.

El periodista despojó de sus revólveres 38 largos a los tres hombres. Entregó uno a Marlowe y guardó los otros dos.

—Desnúdense —dijo el detective.

Los tres hombres empezaron a sacarse la ropa.

—Usted no —indicó Marlowe al de mameluco—, tírese al piso.

El pelirrojo se tendió en el suelo. Los dos guardias se desvistieron rápidamente. Marlowe tomó el uniforme más grande y comenzó a cambiarse de ropa. Soriano apuntaba a los que quedaron en calzoncillos y de vez en cuando giraba el revólver hacia el que estaba en el suelo. Marlowe terminó de vestirse. El uniforme le iba perfecto. Guardó las armas entre la ropa que se había quitado, hizo un rollo, lo ató con el cinturón y lo dejó en el piso.

—Ahora usted —dijo a Soriano.

El argentino se cambió. El traje del guardia petiso le quedaba corto y muy apretado. Hizo un esfuerzo por echar la barriga hacia adentro y logró atarlo. Envolvió su ropa igual que la de Marlowe y la dejó en el piso junto al otro atado.

—Caminen —ordenó el detective—. Vamos al sótano.

Entraron al ascensor. Se detuvieron en el segundo subsuelo. Salieron.

—¿Cómo se llega al salón de actos? —preguntó Marlowe.

—Por la escalera del fondo, o por el ascensor. Dan a un pasillo. Hay que seguirlo, cruzar el museo y los camarines. Desde allí se sale al escenario —explicó el petiso.

—Muy bien. Al suelo —ordenó el detective.

Los tres hombres se acostaron. Marlowe sacó varios trozos de cuerdas de su atado de ropa y los sujetó uno por uno. Luego los aferró entre sí. Con las piernas estiradas formaban una estrella de tres puntas. Luego les colocó abundante estopa en la boca. Se alejó y quitó el pañuelo de su cara. Encendió un cigarrillo y Soriano hizo lo mismo. Se sentaron sobre unos cajones, lejos de los prisioneros, y fumaron lentamente.

—Si nos agarran vamos adentro otra vez —dijo Soriano.

—Pierda cuidado, hoy estarán muy ocupados. ¿A qué hora empieza el show?

—A las nueve de la noche.

—Va a ser divertido —dijo el detective—, nunca vi nada igual.

—¿Sabe una cosa? Estoy nervioso —dijo Soriano.

—No es para menos. Va a conocer a Chaplin.

—Y a John Wayne.

—¡No me diga que viene Wayne! —se sorprendió Marlowe.

—Sí. Es una de las estrellas invitadas.

—¡Carajo! Ese me debe algo.

—¿Piensa arruinar el show? —preguntó Soriano.

—No. Tal vez lo anime un poco.

—¿Qué hacemos hasta la noche?

—Dormir. A mediodía pensaremos la estrategia —dijo Marlowe.

—Despiérteme con un café —contestó Soriano, y se acostó sobre una plancha de cartón. Antes de cerrar los ojos puso un revólver bajo el cartón y el otro lo dejó al alcance de la mano.

—¿Alguna vez disparó un tiro? —preguntó Marlowe.

—Tiré al blanco con una 22. Tengo mala puntería.

—Bueno. Si hay lío no se ponga nervioso.

Durante toda la tarde escucharon ruido, música, gritos, gente que bajaba al subsuelo a dejar y a buscar cosas. A medida que se acercaba la hora la actividad se hacía más intensa y la confusión parecía llenar el edificio. Marlowe había ocultado a los guardias entre cajas de cartón y tanto él como su amigo estaban doloridos cuando dejaron su refugio del sótano, entre las máquinas de la calefacción. Soriano se asomó lentamente y salió a la superficie. Todavía conservaba el pañuelo en la cabeza; detrás surgió Marlowe, que tenía la cara manchada de grasa. Ambos llevaban el atado con ropa y las armas.

—Póngase la gorra —dijo el detective en voz baja.

Soriano se quitó el pañuelo y colocó la gorra que tenía la insignia de la Paramount. Caminaron hacia el ascensor. Subieron y se mezclaron entre una multitud que corría de un lado a otro llevando spots, herramientas, cámaras, bandejas con café y pocilios, ropa y micrófonos. Los dos amigos entraron en un baño y se cambiaron de ropa. Tenían otra vez las suyas. Salieron.

Un hombrecito de pelo gris y anteojos sin marco gritaba órdenes a todo el mundo. Tenía un anotador en la mano y se dejaba atropellar por cuantos corrían por el pasillo. Soriano y Marlowe atravesaron el museo, luego otro corredor, y desembocaron en la fila de camarines. En el último, algo alejado de los demás, se leía: "Mr. Charles Chaplin." Dos hombres custodiaban la entrada. Marlowe se acercó.

—Traigo un mensaje para el señor Chaplin —dijo.

Uno de ellos, que tenía un garrote por nariz, gruñó y escupió de costado.

—No está. Dígame a mí.

—Usted no es Chaplin. Lo esperaremos a él —respondió Marlowe.

—Mire, alcahuete, hable conmigo o guárdese el mensaje. El señor Chaplin no llegó.

—¿A qué hora llega?

—No llega —bramó el guardia.

—No se haga el vivo. El viejo está adentro.

Marlowe hizo una seña a Soriano. Al mismo tiempo, los dos lanzaron furiosas patadas contra las piernas de los guardaespaldas. El de la nariz de garrote hizo un gesto de dolor y echó mano a la cartuchera que ocultaba bajo el saco. Marlowe los tomó a ambos de las cabezas y las hizo chocar como piedras. Soriano, entretanto, abrió la puerta y entró.

Sobre una cama de dos plazas, un hombre viejo, de pelo blanco y piel muy arrugada, descansaba con los ojos cerrados. Tenía puesta una robe roja con cuello bordado en hilos de oro. Cuando escuchó el ruido de la puerta, entreabrió los ojos y los fijó en el joven que había entrado.

Soriano sintió un estremecimiento. Su garganta se cerró como un embudo. El silencio de la habitación le entraba por la piel. Se sintió, de pronto, pequeño y estúpido como una perdiz que entra en la guarida del zorro. Miró al viejo que permanecía inmóvil y relajado. Vio, también, las orquídeas del jarrón chino. Se sintió mal. Recordó aquella noche en Buenos Aires, el mismo silencio, un cigarrillo que pasaba de un labio a otro y la cercanía de la muerte. Estaba tendido en la cama y los pulmones, muy abiertos, aspiraban ciclones, tempestades. Había una muchacha pequeña que se estrechaba a su cuerpo y le preguntaba: "¿Quién sos? ¿Quién sos?" Ella caminaba por una ciudad de edificios altos y sin ventanas. Estaba sola.

Ahora, Soriano permanecía de pie frente a ese monumento tumbado y en su cuerpo había un caos, otra muerte menos rotunda pero más solitaria.

—¿Quién es usted? —preguntó el viejo, sin moverse, sin alterar su mirada perversa.

—¿Señor Chaplin? —murmuró Soriano, y al pronunciar el nombre sintió que cada cosa volvía a su lugar, que su cuerpo funcionaba otra vez como una máquina precisa.

—¿Cómo entró? —preguntó Chaplin que seguía inmóvil.

—A trompadas —dijo Soriano en español y entonces se dio cuenta de que no podría hablar con ese hombre; advirtió lo absurdo de la situación y miró hacia la puerta esperando que Marlowe entrara para auxiliarlo.

Chaplin se incorporó pesadamente y se sentó en la cama. Tomó un par de anteojos de la mesa de luz y se los colocó. Estudió un rato al argentino.

—¿Qué quiere? ¿Quién es usted?

—Soriano, Osvaldo Soriano. Periodista argentino —dijo en inglés.

—¿Periodista? ¿Qué hace en mi camarín?

Desesperadamente, Soriano buscó en el fondo de su memoria algunas palabras en inglés que pudieran armar una explicación. Las deletreó.

—Escribo sobre Laurel y Hardy. Quiero... usted fue... —iba a decir amigo, pero no se animó a pronunciar la palabra— actor, con el señor Laurel.

Chaplin lo miró. Su rostro era más duro.

—¿Habla francés? —preguntó con voz firme.

—No. Hablo español.

—No nos entenderemos —dijo Chaplin en inglés—. Lo siento. ¿Hace el favor? —con un gesto indicó la puerta.

—¡Favor un carajo! —gritó Soriano y se quedó mirando al viejo. Se estudiaron. Por fin, Chaplin tomó el teléfono. El argentino se abalanzó sobre él y le arrebató el tubo.

El viejo dio un alarido y saltó hacia atrás, derribando el bastón de Charlie que estaba apoyado sobre la pared. Su robe se abrió y dejó al descubierto unos calzoncillos blancos y un pecho pálido y canoso. Su rostro tenía huellas de miedo. Soriano metió la mano en el bolsillo y apretó la culata del revólver. Estuvo tentado de sacarlo para ver cómo el monumento gemía de terror.

—Viejo cagón —dijo en castellano—; deberían verte, ¿no te acordás ahora del viejo Stan?

Sonó el teléfono. Soriano lo miró. Era un teléfono azul que estaba junto al otro, verde, que él había quitado a Chaplin y ahora colgaba de la mesa de luz. Comprendió su furia inútil.

—Atienda —dijo, e hizo un gesto con la cabeza.

Chaplin avanzó vacilante, se sentó al lado de la cama y habló durante un minuto. Colgó.

—Tengo que presentarme. La fiesta va a comenzar —dijo.

Soriano lo miró. Había entendido a medias. Chaplin fue hasta el ropero y empezó a vestirse lentamente. A cada momento levantaba la vista y miraba al argentino. Por fin, dijo:

—No entiendo qué quiere ni cómo entró; no entiendo nada.

Soriano se sentó en la cama. Esperó a que el actor se vistiera. Fue media hora de silencio. Después se paró y se acercó a Chaplin. Lo señaló y luego se puso el dedo sobre el pecho.

—Usted y yo, juntos, ¿comprende? —dijo en castellano, con voz pausada—. Vamos —indicó la salida.

—No, no —Chaplin giró la cabeza a un lado y otro—. Vienen a buscarme los organizadores.

Soriano pensó en Marlowe. ¿Dónde estaría el detective? ¿Lo habrían agarrado? Imaginó otra vez un calabozo. Se miró las ropas y las halló tan descuidadas y sucias que le pareció absurdo salir junto a Chaplin, que se había puesto un esmoquin de tela inglesa. Golpearon a la puerta. En cuatro pasos, Chaplin cruzó la habitación y abrió. En su cara se encendió una sonrisa de alivio. Soriano se quedó parado en medio de la habitación, con los ojos fijos en la puerta. Parecía un espantapájaros.

James Stewart, Jerry Lewis y Liz Taylor entraron a la habitación, seguidos de dos hombres calvos de rostros rosados. También vestían esmoquin. Rodearon a Chaplin, hablaron en voz alta y pasaron una y otra vez alrededor de Soriano, que seguía inmóvil. Fueron hacia la puerta, en fila. Uno de los hombres calvos miró al argentino, metió una mano en el bolsillo y sacó cinco dólares.

—Gracias —dijo, y le metió el billete en el bolsillo del saco. Salieron. El periodista miró la puerta cerrada. En el suelo estaba caído el bastón de Charlie. Lo levantó, lo miró un rato y se lo llevó con él. En el pasillo había poca gente. Corrió. Cuando vio a Chaplin y a sus acompañantes los siguió a veinte metros. Ellos desaparecieron detrás de una puerta. Soriano la abrió lentamente. El escenario no era tan grande como el del Madison Square Garden. Una luz intensa como el sol del desierto inundaba la tarima superior. Veinte hombres se alineaban tras un animador que gesticulaba. La sala estaba repleta de esmóquines y trajes largos de fiesta. Chaplin se había sentado a un costado, oculto por bambalinas, y conversaba con sus acompañantes. Liz Taylor reía siempre y Stewart tenía el pelo muy blanco. Soriano se sentó tras un amplificador y miró al viejo cowboy.

Era uno de sus preferidos. Cuando Dean Martin se acercó al grupo recordó *Los bandoleros*. Le pareció estar sentado en una platea imaginaria, de la que nadie podría ya desalojarlo. Imaginó la cara del director del diario, en Buenos Aires, cuando atendiera el teléfono y él contara lo sucedido y le propusiera cambiar el artículo por un giro de dólares. Pensó en sus amigos, en la pequeña muchacha, en sus caras cuando relatara cada detalle en la mesa del café.

De pronto, una ovación quebró la monotonía del acto, las luces tomaron un color más vivo y más alegre, todo Hollywood estaba de pie y aplaudía. Charles Chaplin había subido a la tarima y recibía el saludo de un hombre de anteojos y rostro emocionado.

"El genio del cine."
"El cómico más grande de este siglo."
"Estados Unidos le debía este homenaje."
"Nadie hizo más que él por tanta gente."

John Wayne cayó sobre el escenario como una caja fuerte desde un décimo piso. Sobre él llovieron pedazos de vidrios multicolores y una cortina de terciopelo gris.

Hubo un silencio que duró tres segundos y luego una multitud de risas. El vaquero intentó ponerse de pie, pero el hombre que atravesó la puerta destrozada le dio una patada en la mandíbula, Wayne gimió y se desplomó hacia atrás. Soriano se paró. Todo el mundo estaba de pie. Chaplin había abierto la boca como si esos desastres le fueran ajenos y absurdos. Charles Bronson saltó al escenario y tiró su izquierda que se perdió en el aire. El hombre alto de traje raído le pegó un derechazo en el hígado y Bronson cayó sobre la primera fila de plateas. En un instante, Dean Martin y James Stewart estuvieron frente al pegador. Martin lanzó un gancho y Stewart un uppercut. El hombre trastabilló y el público bramó desde las plateas. Todas las cámaras enderezaron sus lentes hacia el centro del escenario. Martin tomó

una silla y la lanzó contra el hombre. Este alcanzó a extender un brazo, pero el proyectil lo arrastró en su caída. Wayne se puso de pie. Tomó un micrófono y lo esgrimió. Los tres hombres avanzaron sobre el caído. La multitud ovacionaba. Soriano apretó el bastón de Charlie, subió al amplificador y desde allí se lanzó en el aire como una bala humana. Gritó:

—¡Huija, mierda! —y se estrelló la cabeza contra Wayne. En la caída arrastraron a los demás.

—¡Arriba, Soriano viejo! —gritó Marlowe, mientras se ponía de pie—. ¡La fiesta recién empieza!

Stewart, Wayne y Martin estaban desparramados en medio del escenario. Soriano había aterrizado su cuerpo de ochenta kilos sobre los noventa de Wayne. El cowboy estaba aprisionado bajo el argentino, formando ambos una cruz de movimientos desesperados. Wayne aferró a su rival del cuello y apretó. El periodista se puso colorado, quiso toser pero no pudo. Metió un dedo en el ojo derecho del actor y con una rodilla lo golpeó entre las piernas. Wayne gritó y se retorció. Soriano comenzó a levantarse y buscó con la vista a Marlowe. Un error estúpido: el puño derecho de Martin le dio en la mandíbula y lo levantó del piso. Cayó sobre Charles Bronson. Éste lo detuvo con el brazo derecho y con el izquierdo le pegó en el estómago primero y en la nariz después. El argentino cayó boca abajo, con medio cuerpo fuera del escenario. Sangró sobre el vestido blanco de Mia Farrow. Le pareció un papelón. Cerró los ojos.

Marlowe avanzó hacia Martin. El actor retrocedió un par de metros hasta que su espalda se apoyó en un gran piano de cola. El detective le pegó en el cuello. Martin puso los ojos en blanco. Marlowe giró a toda velocidad, arqueó el cuerpo hacia atrás y esquivó un derechazo de Stewart. Levantó una pierna y la puso contra el estómago del hombre de pelo blanco que cayó sentado. Marlowe saltó a un costado y pisó una mano de Wayne que seguía en el suelo. Un locutor de traje azul y lentes de contacto celestes corrió hacia él con un micrófono en la mano:

—¿Se da cuenta de que está pasando a la historia?

Marlowe lo miró. La sala desbordaba un entusiasmo ruidoso.

El locutor dijo que no recordaba una fiesta en la Academia de Artes y Ciencias más divertida, apasionante, estremecedora. Fue lo último que dijo esa noche. Marlowe lo levantó sobre su cabeza y lo arrojó contra Dean Martin que se acercaba.

En la platea, Mia Farrow había sentado a Soriano sobre su regazo como a un bebé y Julie Christie agitaba una carpeta frente a su cara para darle aire. El argentino ya no sangraba. Sonrió.

—¡Está vivo! ¡Está vivo! —gritó la Farrow. Todos aplaudieron. El argentino se quitó el saco.

—Téngalo —dijo a Julie Christie—: esta pelea es a muerte.

Sobre ellos pasó una silla. Un hombre menudo se puso de pie, levantó la cabeza y miró al periodista.

—No permitiré que terminen con Hollywood —declaró. Soriano lo reconoció de inmediato.

—No se meta, enano. ¿Tiene un cigarrillo? —Mickey Rooney le pegó en la cara. Las mujeres rieron. Soriano sacó un pañuelo y lo pasó por su frente—. Buen golpe —dijo.

La derecha del argentino salió como un cañonazo y dio en la nariz del petiso que se desmayó. Marlowe se hacía fuerte en la tarima de Chaplin. Jackie Coogan lloraba frente a él y trataba de tomarlo de las piernas.

—¡Papá!, ¡papá!

Marlowe se agachó y dijo paternalmente:

—No soy su papá.

—¿Y a usted quién lo conoce? —respondió Coogan y le escupió en la cara.

Media docena de policías entraron por la puerta de servicio. Llevaban cachiporras de goma y el más pequeño, que tenía galones de jefe, levantó un altoparlante.

—¡Aquí está la autoridad! —gritó—. ¡Cálmense y no entorpezcan la tarea de la ley! ¡Desalojen la sala por el pasillo cen...!

Julie Christie metió el saco de Soriano en la boca del parlante. El sargento tragó saliva, se atoró y bajó el artefacto.

—Se trabó —dijo mirando a Jane Fonda. Ella sonrió dulcemente. Puso sus manos sobre la cabeza del policía y tiró la gorra hacia abajo, tapándole los ojos.

—Eso no está bien —dijo Marlowe, que había saltado desde la tarima. Dio un golpe en la cabeza del sargento y lo dejó caer suavemente sobre él. Miró a un agente —. Tome el mando. El sargento está indispuesto.

—¿Quién es usted? —gruñó el policía que era gordo y tenía pies planos.

—Un detective —contestó Marlowe y le mostró la credencial con una mano mientras sostenía al sargento desmayado con el otro brazo.

—No se haga el vivo —dijo el policía—, podemos quitarle la licencia.

Alrededor del grupo se había formado una rueda de actores y colaboradores. Chaplin, solo, estaba parado en la tarima mientras Coogan lloraba a sus pies.

—Ingratos —farfulló.

—Soy de la escolta del señor Chaplin —dijo Marlowe—; tengo un compañero que lo custodió desde Suiza. Debo responder por él ante el gobierno.

El policía no pareció convencido. Hubo un tumulto entre el grupo y apareció Wayne.

—¡Conozco a ese hombre, es un impostor! —gritó el cowboy mientras se tapaba el ojo magullado con una mano aplastada.

—¿Quién es usted? —preguntó el policía.

—¿Yo? —Wayne rió con dificultad.— No es el momento de hacerse el estúpido.

—¿Qué dice? —gritó el gordo de pies planos—. Voy a detenerlo por desacato.

—¡No sea imbécil! —gritó Wayne—. ¿Nunca fue al cine?

—No tengo oportunidad. Pierdo mucho tiempo con granujas como usted.

Marlowe sacó una derecha corta, seca, disimulada, que acható la mandíbula de Wayne. El vaquero se dobló y cayó en brazos de Mickey Rooney. Era mucho peso para el petiso. Los dos fueron al suelo.

—Se insolentó —justificó Marlowe, mirando al policía.

—Está bien —respondió el de pies planos—, voy a pedir refuerzos. —Sacó una pistola—. Por ahora no se mueva nadie. —Salió a toda carrera.

Soriano se había deslizado por el escenario hasta la tarima de Chaplin. Dijo en castellano:

—¿Ahora tiene llorón propio? —miró a Coogan.

—¿Otra vez usted? —preguntó Chaplin en inglés—. ¿Qué se propone?

—Nada —dijo el argentino y se acercó al grupo que rodeaba a un policía y a Marlowe. Los otros cuatro agentes formaban una fila ordenada—. ¿Qué pasa? —preguntó a uno de cara redonda y bigote que parecía una cerca de ligustrinas.

—No sé —dijo el policía—; había un lío y nos llamaron. Cuando le diga a mi mujer que estuve acá y vi a todas estas celebridades no lo va a creer.

—Llévese uno de muestra —dijo Soriano en español y se metió entre la gente. Sacó un cigarrillo y lo encendió.

—Acá está prohibido fumar —dijo un hombre de traje azul con cara de funcionario.

Soriano forcejeó hasta llegar al centro de la reunión. Apareció tras el policía y alcanzó a ver la pistola que golpeaba el pecho de Marlowe.

—Usted me gusta. Hágase cargo de la situación con mi apoyo —dijo el agente al detective.

Soriano no pudo escuchar. Sacó el revólver, lo tomó por el caño y con la culata golpeó al policía que cayó hacia adelante, sobre Marlowe.

—No hago más que sostener policías —gruñó el detective—. Usted siempre tan oportuno.

El argentino miró a su alrededor.

—¿Por qué? —preguntó.

—Por nada —contestó Marlowe en castellano—, ¿golpea a todos los canas que encuentra de espaldas?

—Le estaba apuntando a usted —se disculpó Soriano.

—¡Latinoamericano! —gritó Jane Fonda y abrazó a Soriano. El argentino la besó en la boca.

—¡Un nuevo romance ha nacido en Hollywood! —gritó un periodista que gesticulaba frente a una cámara de la NBC.

—¡Mierda! —gritó Marlowe en inglés—. ¿Está loco?

—Por favor, no diga malas palabras —lo amonestó el periodista de la NBC—. Estamos en el aire. ¡Esto es sensacional!

Soriano apartó a la Fonda. Afuera se escuchaban sirenas. Levantó su saco del suelo y se lo puso. Estaba estropeado.

—Mejor nos vamos, Marlowe. Creo que el plan no salió bien.

Por la entrada principal irrumpió una docena de policías armados con lanzagases.

—Cagamos —dijo Soriano en voz baja—, otra vez adentro.

La multitud empezó a moverse como un hormiguero espantado. Wayne se incorporó y enfrentó a Marlowe.

—No sé quién es usted, pero dedicaré el resto de mi vida a buscarlo.

—No se moleste —dijo el detective, y metió una mano en el bolsillo—. Tome mi tarjeta.

—Voy a triturarlo, proyecto de detective. Se lo juro.

—Péguele, Marlowe —dijo Soriano e hizo un gesto con el puño.

—No. Ahora hay que salir de acá —miró a Wayne—. ¡Hasta la vista, vaquero!

La sala se había convertido en un gallinero donde nadie ponía orden. La gente corría de un lado a otro buscando la salida, derribaba butacas y todo lo que hallaba a su paso. Los policías no podían hacerse oír y se conformaron con bloquear las puertas. A medida que la gente iba acercándose a la salida era llevada a una sala contigua. Marlowe miró hacia el escenario y vio a Chaplin acurrucado en un rincón. Estaba despeinado y tenía miedo.

—¡Sígame! —gritó a Soriano.

Abriéndose paso entre la gente llegaron al escenario y subieron. El detective se acercó a Chaplin. Un hombre rubio, corpulento como un ropero, lo apartó de un empellón.

—¿Adónde cree que va? —vociferó. Marlowe lo estudió, miró a Soriano. El argentino sacó su revólver y apuntó.

—Quieto —dijo Marlowe—; el gordo está caliente hoy. Acérquese, amigo.

El ropero avanzó con los brazos pegados al cuerpo y el mentón echado hacia adelante, como preparándolo para una paliza. El detective le pegó en la mandíbula. Fue un golpe justo, preciso. El ropero vaciló, pero sus ojos dijeron que eso no era bastante para un hombre como él. Soriano dio un paso al frente y le pegó en la nariz. El mueble levantó un brazo para devolver el golpe, pero Marlowe le pegó otra vez en el mentón. Cayó sobre el escenario y por el ruido que hizo se diría que había roto veinte tablas del piso.

—Le dije que no le pegue a un hombre indefenso —protestó Marlowe.

—¿Ah sí? —contestó el argentino—. ¿Qué hizo usted cuando yo le estaba apuntando?

—Oiga, no empiece. Mejor hablamos con este caballero —señaló a Chaplin, que miraba como si esperara su turno para entrar en el degolladero. Marlowe se acercó—. Encantado —dijo, y extendió su mano—. Soy Philip Marlowe, detective privado. Éste es un amigo argentino. ¡Ah, ustedes ya se conocen!

—Sí —respondió Chaplin sin estrechar la mano del detective—. Entró en mi habitación y quiso golpearme.

—No puedo creerlo, él no le pegaría a un enano.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Chaplin, molesto.

—Nada. Que es un tipo pacífico.

—Matones —contestó el cómico—. Pude ver lo que hicieron aquí. Han arruinado la fiesta, me han puesto en ridículo. Cualquiera se hace famoso a costa mía.

—Mire, señor —dijo Marlowe, muy serio—, yo tenía un asunto pendiente con este vaquero barato y debía acariciarlo un poco, aquí o en el infierno. El señor Soriano quería conversar con usted y no pudo hacerlo porque es algo torpe con el inglés. Todo eso provocó alguna confusión, lo admito, pero no creo que haya que exagerar.

—Ustedes golpearon a mis guardias y me maltrataron. ¡Voy a destruirlos!

—¿Usted también? —preguntó en inglés, y agregó en español—: No nos quieren aquí, Soriano.

—No nos quieren en ninguna parte —respondió el periodista—, hay que cambiar de aire.

—Escuche, señor Chaplin —Marlowe se inclinó hacia adelante, comprensivo—, admito que usted no esté contento con la fiesta. Los americanos somos muy desagradecidos, pero ahora vamos a salir a tomar aire y usted vendrá con nosotros.

—¿Es un secuestro?

—A medias. Yo tengo una pistola y mi compañero un revólver. Saldremos de aquí juntos, como buenos amigos. Una vez afuera queremos charlar con usted media hora. Eso es todo.

—No voy a salir con ustedes —protestó el actor—; creo que van a chantajearme.

—¡Mire, payaso! —dijo Marlowe, furioso—. ¡Levántese y mueva su esqueleto! Si dice algo a los policías lo dejo seco ahí mismo. No estamos bromeando. A cualquier pregunta conteste que somos sus guardaespaldas. ¡Vamos, camine!

Chaplin se levantó. Marlowe caminó adelante del actor y Soriano cerraba la fila. El detective sacó su pistola y fue apartando gente con los codos y las manos. Jane Fonda se acercó a ellos.

—¿Le gustó la fiesta, señor Chaplin? —preguntó—. Hollywood no era tan complicado en su tiempo, ¿verdad?

—No —contestó el cómico.

—Hollywood no existe ya —dijo la Fonda levantando los hombros—; sólo quedan algunos viejos, un puñado de matones y algunos hippies. Se terminó la farsa.

Besó al viejo en la mejilla y luego miró a Soriano.

—¿De dónde sacó al latinoamericano?

—Me está secuestrando —dijo Chaplin.

—¡Qué divertido! —contestó ella y se perdió entre la gente.

Avanzaron. Al llegar a la puerta, Marlowe se acercó a un teniente de policía y se identificó.

—Nos llevamos al señor Chaplin —dijo—, su salud no resiste estas demostraciones y tiene dolor de muelas.

—Está bien —dijo el oficial—. Ojalá pudiera firmarme un autógrafo.

—Lo siento, teniente —dijo Marlowe—. Es un hombre difícil.

Pasaron al salón contiguo. Soriano había puesto una mano sobre el hombro del actor y lo guiaba a través del recinto donde la concurrencia fumaba y comentaba lo sucedido. Recorrieron varios pasillos, preguntaron por la salida y llegaron a la calle. Era una noche tibia y algunos relámpagos la iluminaban. Marlowe llamó un taxi. Dio la dirección de su casa y pidió al chofer que diera un rodeo por la ruta de las colinas.

Durante el viaje los dos amigos hablaron en castellano. Habían sentado a Chaplin entre ambos.

—Tendrá que hablarle rápido, compañero —dijo Marlowe—; aunque no lo parezca, esto es un secuestro y en California se puede ir a la cárcel para toda la vida por eso.

—No es un secuestro —replicó Soriano—; lo invitamos a tomar un café y luego podrá irse.

—¿Y si después hace la denuncia?

—Podemos probar que no hubo violencia —respondió el argentino.

—¿Ah, sí? —preguntó Marlowe con tono burlón—. ¿Qué dirá usted cuando declaren los tipos que nos vieron armados? ¿O cuando Jane Fonda diga que lo escuchó hablar de secuestro?

—Pare, compañero —Soriano cambió el tono de voz, que se hizo inseguro—. ¿Lo dice en serio?

—Claro. No estoy jugando.

—Ustedes son criminales. ¿Adónde me llevan? —preguntó Chaplin.

El chofer negro manejaba con calma. Pasó por Bel Air, subió por una suave colina rodeada de árboles y enfiló hacia el Norte. Chaplin golpeó el vidrio. El negro miró por el espejo, dio vuelta la cabeza y abrió la ventanilla de separación.

—Dígame —habló mecánicamente.

—Estos hombres me han secuestrado —dijo el actor con voz temblorosa—; haga algo. Soy Charles Chaplin.

—¿Sí? —el chofer parecía divertido—. Yo soy Luther King y predico en los ratos libres.

Soriano, que había entendido, lanzó una carcajada. Marlowe golpeó el hombro de Chaplin con el puño y dijo en inglés:

—Oiga, Chaplin, el whisky era muy fuerte allí, ¿eh?

El chofer rió.

—Hoy es el día de los locos —dijo—; por la tarde llevé a un tipo que dijo ser Frank Sinatra. Será mejor que me vaya a dormir pronto. Mi mujer se enoja si le voy con estos cuentos. Ella trabaja en una fábrica de salchichas y no ve...

—¡Esto es cierto! —gritó Chaplin—. ¡Cuidado!

La sonrisa se borró de la cara del negro. Un De Soto azul se cruzó delante del taxi y frenó bruscamente. El negro giró el volante de un golpe y apretó los frenos, pero no pudo evitar el choque con el guardabarros del otro auto. Tres hombres habían saltado al camino. Las ametralladoras con las que apuntaban tenían un metro de largo y los tambores parecían ruedas de carro. Corrieron hacia el taxi.

—¡Abajo! ¡Vamos! —gritó un matón flaco, alto, que tenía cara de faquir.

Marlowe había sacado la pistola y Soriano buscaba su revólver en el bolsillo derecho del pantalón. No lo halló; estaba en el izquierdo.

—No tire —dijo Marlowe—; no se haga el loco.

—¿Esperan una invitación por correo? —dijo otro hombre de cara cuadrada y ojos pequeños.

Bajaron con las manos en alto. El faquir les quitó las armas. Chaplin permanecía en el auto. Temblaba y sentía frío. El tercer hombre, que tenía un enorme bigote amarillo, descuidado y manchado de nicotina, se acercó al auto, pateó la puerta que estaba entreabierta y metió el caño de la ametralladora por el hueco.

—Vamos, abuelo —graznó—, sin hacer chistes.

Chaplin lo miró. Su rostro pasó del temor al enojo.

—Están equivocados —dijo con voz dura—, esto puede costarles caro.

El hombre estiró el cuerpo, puso una mano gigante alrededor del cuello del actor y tiró hacia afuera. Chaplin salió despedido como una sardina. Cayó en cuatro patas sobre el césped húmedo. Dos autos pasaron por la ruta. Uno tenía el escape abierto. Un relámpago interrumpió la oscuridad por un instante. El bosque comenzaba a tres metros de la banquina. Era tupido y sombrío. El tipo con cara de faquir retrocedió hacia el follaje hasta desaparecer entre las sombras. Desde allí apuntaba en dirección al grupo.

—¿Qué pasa? —dijo Marlowe—. ¿Quién los manda?

—¡Cállate, hijo de puta! —gritó el bigotudo con voz aflautada—. Llévalo al

coche —agregó, dirigiéndose al de la cara cuadrada. Este tomó de un brazo a Chaplin, que se había puesto de pie, y lo empujó hasta el De Soto. Al volante había un hombre pequeño, casi enano, que tenía la cabeza como la pirámide de Keops en cuyo vértice alguien había olvidado una gorra de jockey. Era jorobado. Cuando Chaplin entró al asiento trasero, encontró la boca de una escopeta sobre su frente.

—Disculpe —el jorobado abrió la boca como un tacho de basura—. Tengo mala puntería. Los dedos me tiemblan.

El de la cara cuadrada se sentó junto al actor. Dejó la ametralladora en el piso. El tambor golpeó a Chaplin en un pie. Con las manos libres, el hombre sacó una petaca de whisky del bolsillo trasero del pantalón. La abrió con los dientes y se mandó un trago que dejó la botella por la mitad. El jorobado lo miró, reclamó el whisky. Inclinó la pirámide hacia atrás y la llenó de alcohol. Afuera sonó un balazo. El chofer del taxi había disparado un 32 largo y se quedó mirando su obra como si hubiera cazado un elefante. Asomaba la cabeza negra por la ventanilla y sonreía mostrando unos dientes blancos y anchos.

El bigotudo sintió el golpe en el pecho. El metro de ametralladora se le resbaló de las manos mientras hacía un ocho con las piernas. A Soriano se le ocurrió que estaba borracho y bailaba un tango. Lo miró sin bajar las manos. El tipo se puso pálido y cayó hacia adelante en brazos de Marlowe, que trató de tomar el arma. La sangre ensució las manos del detective y la ametralladora casi se le escurrió entre los dedos. Se fue al suelo junto al muerto. Desde la sombra del bosque salió un fuego azul y el cristal del taxi estalló. El negro no gritó, pero alcanzó a abrir la puerta y cayó de costado sobre el asfalto. Soriano hizo cuerpo a tierra. Marlowe no había apuntado todavía la ametralladora, pero apretó el gatillo y disparó en dirección al bosque. El faquir había desaparecido. Una lluvia de hojas molidas como papel picado cayó sobre el camino. El cara cuadrada saltó del auto y se ocultó tras un guardabarros. Desde el volante del De Soto, el jorobado apuntó la escopeta hacia Marlowe que seguía en el suelo. El disparo fue un trueno encerrado que ensordeció a Chaplin.

Marlowe se arrastró hacia la cola del taxi. Estaba apenas a seis metros del De Soto. No quiso disparar para no herir a Chaplin. Soriano siguió apretado contra el piso y no se movió. El cara cuadrada disparó con una pistola automática. La ametralladora había quedado en el piso del auto, sobre los pies de Chaplin. Dos balas picaron cerca de Soriano, que estaba tan asustado como una liebre. Detrás del taxi, Marlowe apuntó hacia el guardabarros del De Soto y lo roció de plomo. Hubo un silencio. Los pájaros gritaron desde el bosque.

—¡Raje cuando lo cubra! —dijo Marlowe y disparó otra vez.

Soriano se arrastró hasta llegar junto a él.

—¡La puta! —dijo—. ¿En qué nos metimos?

Marlowe no contestó. Desde el De Soto salió otra perdigonada de escopeta. El

detective sintió un calor en el brazo derecho y perdió el arma que cayó al suelo. Se tomó el brazo y lo apretó.

—Me dieron —dijo en voz baja—; agarre la ametralladora y haga ruido de vez en cuando.

Soriano la levantó. Pesaba más que una máquina de escribir. Apoyó el caño sobre el baúl del taxi. Desde el bosque salió una ráfaga que duró medio minuto. Cuando terminó, Marlowe asomó la cabeza.

—El hijo de puta está bien escondido. No lo vamos a sacar ni con una granada.

Soriano apretó el gatillo y el culatazo lo hizo trastabillar. Cayeron más hojas molidas.

—¡Salgan! —gritó el cara cuadrada.

Hubo un silencio.

—Si salimos no vamos a dormir en casa esta noche —dijo Marlowe—. Haga ruido.

El argentino tiró hacia el De Soto, cuidando de apuntar lejos de la cabina. Algunas balas rebotaron y golpearon en el capó del taxi. El olor era penetrante. Soriano estornudó.

—¿Qué le pasa? —preguntó Marlowe—. ¿Se resfrió?

—No —respondió Soriano—; tengo alergia por el olor de la pólvora.

—¡No sean boludos, salgan! —gritó el jorobado.

Como no hubo respuesta, tiró otra vez. Estaban destrozando el taxi.

—¡Mire! —alertó Marlowe y señaló el bosque. El faquir corría agachado entre los árboles para tomar de espaldas al detective y a su compañero. Soriano lo vio una vez y nada más. Apuntó dos metros delante de la silueta y tiró. Algunas balas picaron en la tierra, otras en los árboles. Se escuchó un grito. Luego otro. El faquir salió del bosque como si alguien hubiera tocado timbre. Tropezó. Iba a caer hacia adelante, pero Soriano disparó otra vez durante veinte segundos. El impacto levantó al hombre en el aire y lo arrojó de espaldas.

—¡Lo cagué! —gritó el argentino. Miró a Marlowe. El De Soto donde estaba Chaplin se puso en marcha, arrancó de culata y luego salió a gran velocidad. El cara cuadrada intentó abrir una puerta del auto a la carrera, pero resbaló y cayó sobre el pavimento.

—¡Allá! —señaló Marlowe.

Soriano tiró, pero el hombre alcanzó a refugiarse en una alcantarilla.

—Tranquilo —dijo Marlowe—, déjelo ir.

Soriano bajó la ametralladora. Fue hacia el bosque y se paró ante el cuerpo del faquir. El muerto tenía cara de sorpresa. Soriano se inclinó y lo miró. Los ojos estaban abiertos y no se les veía el color a causa de la oscuridad.

—No lo toque —dijo Marlowe—; podría dejarle las huellas.

Se agachó y con cuidado recuperó las armas que el faquir les había quitado.

La noche se había vuelto repentinamente más negra y unas gotas de lluvia empezaban a caer. Soriano se puso a llorar. El detective pasó su brazo sano sobre los hombros del gordo. Había tres hombres muertos y dos que empezaban a sentir la lluvia. Con voz queda, entrecortada, Soriano dijo:

—¿Le curo la herida, detective? —respiró hondo—. Esta noche me siento mal.

Marlowe tenía el rostro duro y las arrugas le asomaban como cicatrices. Un mechón de pelo gris le tapaba parte de la cara. Miró a su amigo.

—No —dijo—, es un rasguño. ¿Qué le parece si damos un paseo?

—Me gusta la lluvia —balbuceó Soriano, y las lágrimas le entraron en la boca—. Es fresca... me hace recordar...

—Ya me lo contó —dijo Marlowe y sacó un cigarrillo—. Vamos.

Caminaban por la banquina, en dirección contraria al sentido del tránsito. Cada tanto pasaba un auto a gran velocidad y el ruido tardaba en perderse entre los cerros. La noche era cálida y la luna había desaparecido, tapada por las nubes negras. La lluvia caía suave pero densa. Los dos hombres se habían levantado los cuellos de sus sacos. Soriano miraba las borrosas montañas que se perdían entre la oscuridad y las nubes. Marlowe tenía el pelo bañado y lo apartaba cuando caía sobre su cara. A Soriano, el agua se le deslizaba fácilmente sobre el escaso pelo y le empapaba la camisa. En la mano derecha llevaba la ametralladora apuntando hacia el suelo. El detective había puesto la mano izquierda en el bolsillo y la otra sobre el pecho, como Napoleón. El saco estaba roto en la manga derecha. De sus labios colgaba un cigarrillo apagado. Habían dejado atrás el taxi y a tres muertos. Nadie se detenía a curiosear.

—¿Se la lleva de recuerdo? —preguntó Marlowe, y miró la ametralladora.

—¿Qué? —Soriano caminaba ensimismado, con los ojos fijos en el horizonte. Siguió la mirada del detective y comprendió—. Ah, sí... No sé qué hacer con ella. ¿La dejo?

—Tírela en el bosque, pero antes limpie las huellas con el pañuelo.

—¿Y las que dejamos en el taxi?

—En un taxi viajan cientos de personas por día —dijo Marlowe, con voz dura—. La policía no investiga tanto aquí.

—Tiene razón.

Soriano sacó un pañuelo arrugado y lo pasó por toda el arma, como si la estuviera lustrando. Marlowe observaba curioso.

—En el bosque —repitió.

Soriano corrió hasta el bosque, entró un par de metros y tiró la ametralladora entre un pastizal. Antes de guardar el pañuelo se lo pasó por la cara, lo escurrió y se lo puso en el bolsillo del pantalón. Encendió un cigarrillo y tiró el fósforo entre los

yuyos.

—Podrían acusarnos de quemar bosques —dijo, secamente.

Marlowe no contestó.

Llegaron a un camino secundario, de tierra, que estaba convertido en un lodazal. Se arremangaron los pantalones y empezaron a caminar por él. Tres horas más tarde la lluvia seguía cayendo. Estaban empapados, pero seguían adelante. La marcha se hacía difícil. Subían y bajaban por ondulaciones suaves. La noche era tan negra que no veían el camino y tropezaban constantemente. Hacía dos horas que no pronunciaban una palabra. Se quedaron sin cigarrillos. Soriano había juntado las colillas en un bolsillo, pero las guardaba para más adelante. Ignoraban adónde llevaba el camino. Cada tanto un relámpago iluminaba el cielo y Soriano aprovechaba para mirar alrededor. Luego esperaba ansioso otro golpe de luz. Marlowe iba con la mirada fija, pero no parecía pensar. Tenían hambre, pero eso era lo último que el argentino había dicho dos horas atrás. El único sonido era un suave picoteo de la lluvia sobre la tierra y algún trueno. El camino se internaba en el bosque. Soriano creyó ver fuego a lo lejos. Un relámpago disolvió la imagen.

—Hippies —dijo Marlowe, en voz baja.

Soriano miró a su compañero, sacó dos colillas del bolsillo y las encendió. Le pasó una al detective.

—¿Nos darán bola? —preguntó.

—No sé —respondió Marlowe—, supongo que sí. Tendrán café.

Se escuchaba el rasguido de una guitarra. No había voces, pero sí una melodía suave. Marlowe miró su reloj. Eran las cinco de la mañana. Cruzaron el campo y se aproximaron al lugar donde veían el fuego. La guitarra cesó. Se acercaron al grupo. Cuatro muchachos y dos chicas rodeaban un fuego vivo donde hervía una cafetera golpeada y sucia de tizne. Uno de los jóvenes sostenía la guitarra. Los recién llegados se pararon frente a ellos. Una docena de ojos los escrutaron sin violencia, sin amor, sin nada. Los hippies estaban sucios, barbudos, abrigados con ponchos indios unos, con sacos rotos los otros. Uno era negro. Las dos muchachas, rubias; una parecía delgada y frágil y la otra una estrella de cine desteñida y rebelde.

—¿Hay café? —preguntó Marlowe.

Alguien sacó la cafetera del fuego y sirvió en un par de latas de conserva sin manija. Marlowe y Soriano se sentaron y bebieron rápidamente un café que era fuerte. Se sacaron los zapatos y arrimaron los pies embarrados al fuego. Una lona cubría parte de la reunión, aunque entre los árboles no penetraban sino algunas gotas. A medida que la tierra se secaba, Marlowe y Soriano la arrancaban de sus piernas con una rama.

—Quítense los pantalones —dijo el negro, que estaba tendido de espaldas y

acariciaba el cabello de una joven flaca.

Se los sacaron y los arrimaron al fuego. Marlowe se quitó el saco. La joven desteñida lo miró. Buscó un trozo de camisa y limpió el brazo herido del detective con agua caliente. Luego lo vendó con fuerza. Uno de los muchachos abrió un paquete de Marlboro. Fumaron todos menos uno, que había empezado a tocar otra vez la guitarra. Los recién llegados se sintieron bien. Soriano pensó que era la primera vez que alguien les tendía la mano sin preguntar nada. Se recostaron en el pasto. Estaban cansados y tenían sueño. Alguien les puso un par de galletas duras y sin gusto al alcance de las manos. Comieron acostados.

Soriano sintió que una mano pasaba sobre su cabeza. Levantó la vista y vio a la chica flaca que lo tocaba sin mirarlo. Sonrió y se durmió lentamente. El detective miraba a su compañero y a la rubia. La pistola le molestaba y la dejó en el suelo. Tenía frío y se puso el saco. Cerró los ojos. Soñó algo que luego no recordaría. Empezó a amanecer fuera del bosque. Un ruido despertó a Marlowe, que instintivamente tomó el arma. A dos metros, Soriano y la muchacha flaca estaban abrazados. Se habían quitado la ropa y hacían un ruido leve, inútilmente furtivo. El negro estaba tirado contra un árbol y armaba un cigarrillo. Miraba el bosque. Por fin, cruzó sus ojos con los del detective. Marlowe cerró otra vez los párpados. Sonrió, pero en el estómago tenía un peso extraño. Se levantó. El negro le pasó el cigarrillo. El detective aspiró un par de pitadas y lo devolvió. Fumaron en silencio; miraban el fuego. Marlowe sintió que ni las piernas ni los brazos le respondían. Vio al negro con alas de murciélago. Percibió una caída en la tensión de los músculos y vagamente pensó en morir. Se tocó la cara. Un paisaje vasto y desolado lo absorbía. Sus ojos asomaban en medio de ese desierto y no podían ver sino al negro con alas de murciélago. Marlowe se sintió inmóvil, duro, salvaje, terrible, pero inútil. Soriano se acercó a él. Lo vio caído sobre la tierra, en calzoncillos, aunque con el saco puesto.

—Hola, amigo —dijo el detective, con voz pastosa—. Todavía estoy vivo.

Por la mañana se levantó un viento frío y seco que parecía surgir de los pasos de las montañas. Se filtraba entre los árboles del bosque y traía olor a barro.

Todos se despertaron alternativamente y se refugiaron tras los troncos más gruesos. Pasado el mediodía, la joven flaca se levantó, encendió el fuego y preparó café para todos. Los fue despertando de a uno, en silencio. El viento silbaba entre las ramas, pero casi no llegaba a molestarlos en el lugar en que estaban. Marlowe se incorporó lentamente, estiró sus músculos y los sintió débiles. Las piernas no le respondieron como él hubiera querido. Pidió un cigarrillo y se aproximó al fuego. El negro se acercó y le devolvió la pistola. Se quedó mirando los ojos del detective. Le sostuvo la mirada durante varios segundos y luego tomó café a grandes sorbos. Soriano tenía sueño y estaba cansado. Le dolían las piernas y la espalda por la

caminata y por haber dormido en el suelo. Sonrió y dijo a Marlowe, en castellano:

—Me parece mentira, pero no soñé nada. Ni siquiera tuve pesadillas. Creo que no entiendo lo que pasó.

El detective lo miró. Sus ojos parecían enterrados en un abismo negro.

—Se cargó a un tipo. Tiene que irse.

—¿Irme? —Soriano se puso serio y un estremecimiento lo recorrió. Agregó—: Rajar, ¿eso quiere decir?

Marlowe tomó un sorbo de café y pitó el cigarrillo. Dos hippies se internaron en el bosque y los otros estaban en silencio. Parecía que no habían hablado jamás.

—¿Cree que esto se arregla durmiendo tranquilo? —dijo Marlowe.

—No creo nada. Lamento haberlo metido en un lío.

—No me metió en nada. Los dos estábamos en un apuro y usted lo arregló de la mejor manera. La vida es así.

—¿La vida? Su vida, detective. Es la primera vez que yo disparo un tiro. Eso era común para usted en una época. Entonces andaba con plata en el bolsillo, ¿no?

Marlowe no contestó. Al rato agregó, en voz baja:

—Lo haré salir hacia México. Todavía tengo amigos que pueden arreglar estas cosas.

—¿Y usted?

—Yo, ¿qué?

—¿Qué hará?

—No sé. Es posible que no se descubra nada.

—Entonces yo tampoco me rajo. Me iré a fin de semana con mi pasaje.

—Boludo, ¿eh? —dijo Marlowe.

—Sólo que me quedo con usted.

—Mire, amigo —Marlowe se enojó—, si ese viejo carcamán no aparece tendremos a toda la policía encima. Además, alguien tiene que darle de comer al gato.

Soriano dejó la lata con la que había tomado café. Dijo:

—Adelgacé como cinco kilos desde que estoy acá. El gato puede esperar. Terminemos la discusión.

—Muy bien. Entonces podemos pasar unas vacaciones en Bay City. Allá hay gente que no se conmueve por el sol y pasa semanas en un sótano.

—¿Y cómo vamos a llegar?

Marlowe miró al joven que la noche anterior había tocado la guitarra. Se puso en cuclillas junto a él.

—¿Pasa alguien por ese camino? —señaló la ruta de tierra por la que habían llegado. El hippie frunció la trompa.

—Casi nunca. —Suavizó la voz y señaló una montaña a un kilómetro—. Si cruzan ese cerro encontrarán la vía del tren. Pasa despacio y se puede saltar. ¿Están

rajando?

—No. —El detective se puso de pie—. Mamá está enferma y queremos llegar pronto.

El hippie levantó la vista.

—¿Por qué tan agresivo? Le hice una pregunta y si no le gustó no debió contestarme.

Marlowe se detuvo.

—Estoy viejo, ¿sabe? He pasado la vida preguntando y me olvidé de cómo se responde.

El muchacho lo miró. Marlowe caminó hasta donde estaba Soriano.

—Prepárese —dijo—, tomaremos el tren.

—Ajá. —Soriano sonrió—. ¿Ya sacó los boletos?

—La boletería está detrás de aquel cerro. Mejor nos apuramos.

Esperaron el regreso de todos los jóvenes. Uno de ellos les dio un atado de cigarrillos. Se tendieron las manos y Marlowe agradeció sin una sonrisa. A las dos de la tarde cruzaron el camino y entraron en pleno campo. Los pastos estaban todavía mojados y el viento seguía rugiendo. El cerro parecía cercano y la cumbre tendría unos doscientos metros. A las cuatro comenzaron a ascender. La ladera no era muy escarpada, pero las piedras dificultaban el paso. Varias veces se sentaron a descansar. El viento les hacía entrecerrar los ojos. Caminaron el resto de la tarde. A las ocho de la noche vieron los rieles. Fueron hasta la parte más cercana de la curva y se sentaron a fumar. No hablaron. A las nueve y treinta y cinco divisaron la luz del tren.

—Esté listo —advirtió Marlowe—, vamos a saltar sobre el techo. Después veremos.

Esperaron de pie. La locomotora disminuyó la marcha, pero no tanto como el detective esperaba.

—¡Tírese de panza sobre la punta del vagón! —gritó el detective.

Soriano dijo que sí. Saltaron. Llevaban las armas en las manos para no perderlas. Al golpear sobre el techo del vagón, a Soriano se le escapó un tiro. Marlowe avanzó agachado y saltó al coche donde estaba su compañero. El tren tomó velocidad otra vez. Se tiraron sobre el techo. El viento era una furia helada.

Estirados, muy juntos, con las manos se aferraban al borde del coche. Era un vagón de pasajeros, brillante en los costados y mugriento en la superficie exterior del techo. El viento zumbaba sobre sus cabezas y producía un ruido ensordecedor. Miraban el horizonte negro. Alguna luz aparecía como una instancia curiosa y los distraía hasta que el tren la dejaba atrás. A veces se miraban las caras. En ellas no había otra expresión que la del esfuerzo por mantenerse adheridos a la superficie para no ser arrancados por el viento. Cuando el tren se detuvo en la estación de un pueblo

pequeño, bajaron sobre los topes que separaban los coches.

—No doy más —dijo Soriano—, estoy acalambrado.

—Entremos —replicó Marlowe.

Saltaron a tierra y subieron al tren. Se encerraron en un baño, se alisaron las ropas y el pelo con las manos y salieron al pasillo. Pasaron a un vagón y se sentaron. Frente a ellos, un matrimonio que aparentaba sesenta años tediosos viajaba en silencio. La mujer tenía el pelo teñido de gris y el hombre miraba con dureza tras unos diminutos lentes. Marlowe sacó el atado de cigarrillos y le pasó uno a su compañero.

—¿Adónde vamos? —preguntó Soriano.

—No sé —respondió Marlowe—, tal vez a Las Vegas.

—Eso está lejos de Bay City, ¿eh?

—Muy lejos.

La mujer del asiento próximo los miraba, divertida. Habló en castellano:

—Perdón, señores: ¿por casualidad ustedes son argentinos?

—Él, señora —respondió el detective, con una sonrisa fría—, yo no tengo el honor.

—¡Ah! ¡El señor! —gritó la mujer, mientras se tomaba la cara con ambas manos —. ¡Argentino! ¡Yo soy cordobesa!

Soriano la miró. En ese momento lo último que hubiera querido encontrar era a un argentino.

—¡Mi marido es porteño! —lo señaló con un dedo.

Dos argentinos. Soriano se puso muy serio. Parecía un perro sorprendido mientras robaba la carne al dueño.

—Qué bien —dijo desganado—, qué casualidad.

—¿Usted de dónde es? —preguntó el hombre, con desconfianza.

—De Buenos Aires —dijo Soriano—, no soy porteño, pero vivo allá.

—¡Qué maravilla! —aulló la mujer—. ¿Se está divirtiendo?

—Mucho, señora —terció Marlowe—, los argentinos son muy divertidos. Más aún si están juntos. Los dejo charlar, mientras tomo una copa en el bar.

Se levantó. Soriano lo miró con horror. El detective saludó y se fue por el pasillo.

—¿Qué le pasó a su amigo en el brazo? Parecía herido —preguntó el hombre.

—Nada —respondió Soriano.

—Sin embargo —insistió el porteño—, estaba lastimado.

Miraba con gesto desconfiado. Sus ojos eran pequeños y fríos. Acercó su rostro al de Soriano en actitud cómplice.

—¿Es yanqui? —hizo un guiño.

—Sí, muy buen tipo.

—Se la dieron —agregó el hombre, solemne—. Tenía sangre en el saco.

Soriano levantó la vista. Estaba en guardia.

—No. Se lastimó en el pueblo, en una doma.

—¿En una doma?

—Sí.

—¿Con el saco puesto? —el hombre levantó las cejas.

—Los yanquis son muy raros. Quiso frenar el caballo y se enganchó. Nos divertimos mucho.

—Claro —dijo el hombre.

Hubo un silencio prolongado. La mujer lo quebró.

—Tiene los pies muy sucios de barro —indicó el pantalón y los zapatos de Soriano.

—Estuvo lloviendo —dijo el periodista y sonrió.

Los otros seguían serios.

—¿Cuánto hace que anda por acá? —dijo ella.

—Dos semanas, más o menos —respondió Soriano.

—¿Qué hace? —preguntó el porteño.

—Paseo.

—Ajá —asintió el hombre—. ¿Son artistas?

—No. —Soriano se puso nervioso—. No, yo soy periodista y mi amigo... él es domador.

—Ajá —repitió el viejo; luego bajó la voz—. Vi su show por la televisión.

Soriano se quedó frío.

—¿Qué show? —preguntó por fin.

—El de los Oscars. Las peleas. Buen programa. Fuera de lo común. Los diarios dicen que fue improvisado.

—¡Ah, sí! —sonrió—. Fue improvisado. Una sorpresa. Hay que innovar.

—Claro —dijo el hombre—. Lástima lo de Carlitas Chaplin. ¿También fue improvisado?

Soriano se puso tenso. Miró al hombre.

—¿Por qué? —preguntó.

—Ustedes se lo llevaron. Los vio todo el mundo.

—Era parte del show —replicó Soriano, arrastrando la voz.

—¿Sí? —el porteño se puso de pie—. Los diarios dicen que la policía los anda buscando.

Puso su cuerpo frente al de Soriano, cerrándole el paso. Gritó:

—¡Policía! —luego repitió el grito en inglés.

—¡Viejo alcahuete! —dijo Soriano, y se levantó de un salto—. ¡Argentino hijo de puta!

Dio un empellón al hombre y salió al pasillo. La gente se puso de pie.

—¡Al ladrón! —gritó una gorda que nunca había tenido expresión en su cara.

Soriano corrió. Un par de hombres saltaron al pasillo e intentaron detenerlo; de un tirón se deshizo de ellos. Un muchacho con uniforme de soldado le dio un empellón y lo tiró sobre una pareja joven. Estaba rodeado. Tenía el rostro desencajado. Sacó su revólver del bolsillo del pantalón.

—¡Quietos! —gritó.

El soldado quedó paralizado. Soriano se levantó. Apuntó a la cabeza de una vieja y la empujó. Alguien lo tomó de atrás y le hizo un torniquete con el brazo. El soldado le saltó encima y le quitó el arma. Un hombre grande como un álamo le pegó en la cara. Soriano cayó al suelo. La gente empezó a darle patadas. Un policía de rostro anguloso apareció en la puerta. Soriano gritaba de dolor y la gente de rabia, de miedo. El policía apartó a los agresores. Gritó más fuerte que ellos, con esa voz que tienen los perros callejeros. Los zamarreó y logró silencio por un momento.

—¡Es el tipo de la televisión! —gritó en inglés el viejo argentino—. ¡El secuestrador!

—¡Tenía un revólver! —bramó otro hombre y entregó el arma al policía.

—A ver, amigo —dijo el agente—, levántese y explique.

Soriano se puso de pie.

—No hablo inglés —dijo en inglés.

—¿Ah, no? —el policía gruñó—. Entonces venga conmigo.

Lo empujó a través del vagón. La gente sonreía. El porteño aplaudió. La mano del guardia era una tenaza en torno del brazo del argentino. Cruzaron varios vagones en dirección a la sala del guarda. Al pasar por el bar, Soriano vio a Marlowe sentado a una mesa, solo; había terminado de tomar un whisky. No se saludaron. El policía empujó a Soriano dentro del escritorio del guarda.

—Bueno —dijo—, a cantar.

Marlowe pagó y se levantó. Pidió permiso a la gente que se había amontonado contra la puerta que el guarda trataba de cerrar desde su escritorio. Alcanzó a ver cómo su compañero era empujado contra una silla. La puerta se cerró. El detective encendió un cigarrillo. Sintió que pisaba un pie y se disculpó con una sonrisa fría. Buscó en un bolsillo del saco. En su mano izquierda apareció la pistola. Abrió la puerta y la cerró tras de sí. Levantó el arma.

—Sin moverse, agente —dijo, sereno.

Soriano se puso de pie. Metió la mano en la chaqueta del policía y recuperó su revólver. Apuntó al guarda.

—Levanten las manos y pónganse contra la pared —dijo Marlowe, y echó llave a la puerta.

Luego se acercó y quitó el revólver de la cartuchera del policía.

—Estamos en un lío serio —dijo, dirigiéndose a Soriano—. Somos famosos.

Soriano lo miró sin contestar. El detective se acercó al policía y le pegó con la

pistola en la cabeza. Soriano iba a hacer lo mismo con el guarda, pero el detective lo detuvo.

—Déjeme a mí —hablaba lentamente—, usted tiene la mano muy pesada.

Golpeó al empleado del tren. Los dos hombres quedaron tendidos en el piso. Marlowe se sentó sobre el escritorio.

—Creo que es jaque mate.

—¿Nos entregamos? —preguntó el argentino.

—No. A menos que usted quiera ir a la cárcel por el resto de su vida.

—¿Qué hacemos, entonces? —A Soriano le temblaba la voz.

—Correr. —Marlowe inclinó la cabeza hacia abajo, pero siguió mirando a su amigo.

—¿Hasta dónde? —preguntó Soriano.

—No sé. —El detective habló con voz baja, cansada—. Hay que correr.

Soriano puso su cabeza entre las manos.

—¿Qué hicimos? Limpié a un tipo que quiso secuestrar a Chaplin, no pueden matarnos por eso.

El tren empezó a detener su marcha. Marlowe se puso de pie, levantó la ventanilla e hizo un gesto. El tren frenó con un resoplido y dio un brinco hacia atrás. El detective pasó una pierna por la ventanilla. Se detuvo sólo un instante.

—La carrera empieza. ¡Suerte, Soriano!

Saltó a las vías. Muy cerca se veían las luces de un pueblo dormido. El argentino cayó de pie junto al detective. Estaban frente a frente. Soriano se acercó y estrechó a su compañero en un abrazo que duró dos segundos.

—Gracias por todo —dijo. Marlowe le dio con un puño en el antebrazo. Su sonrisa era amarga.

—La historia la hace Chaplin, Soriano. Nosotros estamos solos y el guión nos perjudica.

Un tren pasó a toda marcha y apagó la voz.

—Sí —dijo Soriano—, es un guión de mierda.

Empezaron a correr.

Eran dos manchas en la oscuridad, recortadas contra locomotoras negras y sucias, contra los apagados colores de las máquinas eléctricas y sus vagones. Avanzaban entre los rieles y trataban de no meter los pies en alguna trampa entre los durmientes. El viento había calmado. Dejaron la estación atrás y salieron a una calle desierta. Las casas eran bajas y parecían tristes. Caminaron hasta un depósito de Coca-Cola y sándwiches. Soriano se detuvo. Sin decir nada metió el caño del revólver bajo la tapa, junto a la cerradura y la hizo saltar.

Sacó un par de botellas y las abrió golpeando el borde de la tapa contra el filo de

una chapa. Luego rompió una caja de sándwiches. Tomaron varios. Soriano volcó la tapa del kiosco otra vez y siguieron caminando. Comieron lentamente y luego encendieron cigarrillos. Doblaron por una calle lateral. A través de cuatro cuadras probaron las puertas de todos los coches estacionados. Por fin, la de un Ford azul abrió. Marlowe indicó a su compañero que subiera y levantó el capó. Sacó una moneda, la metió en el distribuidor, cambió un cable de lugar y arrancó. Atravesaron el pueblo. Eran las dos de la madrugada. Hallaron la ruta y un cartel señalizador. Marlowe puso el coche en dirección a Los Ángeles y aceleró a fondo.

Soriano se había quedado quieto, recostado contra la puerta. Tenía la mirada perdida en la ruta y apartaba los ojos cada vez que las luces de otro coche lo encandilaban. Miró a Marlowe. Estaba deprimido. Esa sensación lo llenaba de angustia y le advertía su soledad. Sintió rabia contra ese hombre que manejaba el auto. Nunca habían hablado demasiado uno del otro. Pensó en sus días tranquilos en Buenos Aires, pensó también en ese enemigo final, tan obvio como parapetado, en cuyo corazón estaban huyendo para sobrevivir. Le pareció absurdo. Ahora, con la policía detrás, se sentía deprimido, aunque no temeroso. ¿Quién era ese hombre que manejaba el auto? Viejo, aniquilado, despreciativo, brutal a veces, era de todas maneras el único compañero que había conseguido, su único contacto con el mundo. Soriano había matado a un hombre y aceptaba esto como un hecho inevitable. Le costaba entender que la policía los persiguiera para mandarlos a la cárcel, pero también le parecía increíble que en el futuro pudiera volver a sentarse ante una máquina de escribir.

Cuando entraron en Los Ángeles, la ciudad estaba tan muerta como Pompeya. En Washington Street abandonaron el coche y luego de caminar dos cuadras tomaron un taxi. Marlowe le indicó que fuera por Yucca Avenue. Cuando pasó frente a su casa, miró atentamente y ordenó al chofer que diera una vuelta a la manzana. Bajaron a dos cuadras de distancia y caminaron por la vereda opuesta a la de la casa. El detective decidió que no estaba vigilada.

—La policía está llena de estúpidos —dijo.

Entraron.

Al abrir la puerta, un silencio frío sacudió a Marlowe. Movió las llaves de la luz, pero las lámparas no se encendieron. El detective gruñó y recordó que no habían pagado la cuenta a la compañía de electricidad.

Encendió un fósforo y fue hasta la cocina. La llama casi le quemó los dedos. Encendió otro y luego un tercero y del armario sacó una vela chorreada a la que le quedaba poca vida. La prendió. Una luz lánguida llenó la habitación de sombras extrañas. Los objetos aparecían y desaparecían como si fueran una ilusión. El detective puso la vela sobre la mesa del living.

—¿Se baña usted primero? —preguntó.

—Como quiera —dijo Soriano, que se había volcado sobre un sillón.

El detective fue hasta la pequeña cocina y a tientas encendió el calefón. Volvió al living y rompió por la mitad lo que quedaba de la vela. Encendió el segundo pedazo y lo tendió a Soriano. El argentino se levantó arrastrando el cuerpo y fue al baño. Abrió la ducha, se quitó la ropa y entró en la bañadera. Dejó que el agua le corriera por el cuerpo y se quedó inmóvil largo rato. Diez minutos más tarde pensó que se estaba demorando. No escuchaba a Marlowe y supuso que se había dormido. Se secó, se vistió y salió del baño sosteniendo la vela que había pegado sobre la tapa de un frasco de desodorante. La luz pálida y fija de la otra vela aparecía como una mancha amarilla por la puerta del dormitorio. Soriano entró a la habitación y vio a su compañero que estaba sentado y tenía la cara entre las manos. La vela estaba en el suelo, como si alguien la hubiera abandonado. El argentino levantó su luz y sintió que el silencio de su amigo era una carga muy pesada para esa casa oscura, que la tragedia lo había abrazado por fin y para siempre desde ese cuerpo pequeño, suave, ahora rígido, que el detective había dejado caer sobre sus piernas. La cabeza del gato colgaba fuera de las rodillas de Marlowe y los ojos estaban abiertos, aunque no tenían color. La cola era como el contrapeso de un barrilete abandonado.

Soriano miró a su compañero un largo rato y advirtió que se diluía en la penumbra. Estaba muy quieto. Nada se movía en ese lugar. Por fin, el argentino se acercó y tocó al animal con la punta de los dedos. Luego apretó un hombro de Marlowe y se retiró del dormitorio. En los dedos llevaba todavía una sensación de hielo.

Sacó una botella de whisky y sirvió dos vasos. Dejó uno sobre la mesa y tomó el otro de un trago. Marlowe apareció en el living y encendió un cigarrillo. No había temblor en sus manos. Bebió el whisky, dejó el vaso y se llevó la vela al baño. Estuvo una hora bajo la ducha. Cuando salió, la luz entraba por las ventanas. Se había peinado, vestido y afeitado. Fue hasta la habitación de servicio, tomó una pala, la llevó al jardín y cavó un pozo de medio metro. Por la calle pasaban los camiones de los proveedores. Regresó al dormitorio y envolvió al gato en una camisa. Soriano lo seguía de cerca. Marlowe depositó el cuerpo en el hoyo, con cuidado. Sacó la pistola de un bolsillo y la puso encima del gato.

—Basta de muertes —murmuró.

Empezó a cerrar la tumba.

La claridad se colaba por las rejillas de las ventanas. Los dos hombres se habían dormido: Soriano sobre el diván y Marlowe en un sillón viejo que en uno de sus brazos tenía dos manchas de café. La luz se hizo más brillante cuando el sol dio en las ventanas. El detective se despertó dos veces, sacudido por las pesadillas. Cuando se dormía otra vez, el hilo de las historias se reiniciaba en el lugar exacto en que lo

había interrumpido al despertarse, como si fuera el siguiente capítulo de una novela barata. Cuando se despertaba, apenas por unos segundos, Marlowe sentía la nariz seca y la boca pastosa, pero no lograba vencer la somnolencia para levantarse a tomar un vaso de agua. Al mediodía, el detective despertó repentinamente porque creyó que algo había saltado sobre sus piernas. No había nada. Sintió, en cambio, que un calambre empezaba a contraerle los músculos y estiró la pierna rápidamente. Cerró otra vez los ojos porque la luz que se filtraba por los postigos era demasiado fuerte para él. Con las manos palpó la ropa hasta encontrar los cigarrillos. Le quedaba uno y lo encendió. Soriano roncaba pausadamente y tenía los brazos cruzados, como si esperara algo. Marlowe se levantó y sintió que le dolían la espalda, las piernas y la cabeza. Se lavó la cara.

Encendió la cocina, llenó una cafetera hasta el borde, la puso en el fuego y esperó con los ojos fijos en la llama. Cuando el café estuvo listo sirvió dos tazas grandes y dejó una en la mesa, frente al argentino. Luego se acercó y lo sacudió de un brazo. Soriano abrió los ojos de a poco y miró a su compañero.

—¿Ya vinieron?

—Todavía no.

El periodista se levantó y fue hasta el baño. Orinó largamente, se lavó la cara y se miró al espejo. La barba le había crecido demasiado y las ojeras eran profundas. Volvió al living y tomó el café. Se sintió más despejado. Buscó un par de hojas de papel y escribió una carta breve, casi ilegible. La dobló, la puso en un sobre y anotó una dirección.

—¿No hay estampillas?

Marlowe negó con la cabeza.

—Que pague el destinatario —dijo.

Soriano salió a la calle. El sol había calentado el pavimento. Caminó hasta la segunda esquina y halló un buzón. Echó la carta. Compró dos atados de cigarrillos, encendió uno y caminó de regreso, lentamente. Se detuvo en un kiosco de diarios y revistas. Miró las tapas de los folletines pornográficos. Una muchacha negra le preguntó qué iba a llevar. Contestó "nada" en inglés y sonrió. Caminó cinco metros y regresó al kiosco. Compró un diario de la mañana. En la primera página aparecía una foto de Chaplin que sonreía luego de "la dramática, increíble aventura". Quiso leer pero no entendió. Tiró el diario en la calle. Llegó a la casa y antes de entrar miró los yuyos verdes, tan altos que ya alcanzaban las ventanas. El trozo de tierra removida estaría pronto cubierto por el pasto.

Entró. Marlowe estaba quieto, con la mirada fija en algún punto de la pared.

—Lo lograron —dijo Soriano sin expresión.

Marlowe no contestó. El argentino le alcanzó el paquete de cigarrillos. El detective lo abrió y con la colilla que tenía entre sus dedos encendió otro.

—¿Juega al ajedrez?

—Bueno.

El detective se puso de pie, buscó el tablero y sacó las piezas de una caja de cartón. Faltaba el rey blanco. Buscó en el escritorio. Encontró una bala 45 y la paró en el casillero de su rey.

—Apuesto a que le doy mate antes de que lleguen —dijo Marlowe con una sonrisa.

—Tal vez no vengan.

—Es posible. Juega usted.

—No. No tengo ganas.

—Está bien. ¿Qué le parece si me cuenta la historia de Laurel y Hardy?

—¿Todavía le interesa?

—Sí. Cuénteme lo que sepa. ¿Dónde reunió los datos?

—En las bibliotecas, en los archivos.

—¿Usted cree lo que dicen los libros?

—Antes creía. Ahora no sé. Es fácil escribir.

—Vivieron en esta ciudad. Aquí hay mucha gente que sabe de ellos. ¿Toma otro café?

—Bueno.

—Dígame, Soriano: ¿por qué se le dio por meterse con el gordo y el flaco?

—Los quiero mucho.

—¿No tenía otra cosa que hacer? Durante los días que estuvimos juntos me pregunté quién es usted, qué busca aquí.

—¿Lo averiguó?

—No, pero me gustaría saberlo.

GÉNESIS Y ESCRITURA DE *TRISTE, SOLITARIO Y FINAL*

"El más lejano recuerdo que yo tengo de un relato es el de mi mamá contándome historias desopilantes del Gordo y el Flaco, que ahora yo le cuento a mi hijo. Hasta me acuerdo de las imágenes de esas historias, por ejemplo, la del Gordo y el Flaco saltando un paredón al huir. Con el tiempo me he dado cuenta de que en casi todas mis novelas alguien salta paredones: porque siempre creí que en ello hay una suerte de pequeña épica; saltar un paredón significa salvarse."

Entrevista con Judith Gociol, *La Maga*, 15 de noviembre de 1995

"Desde la época que vivía en Tandil fantaseaba con la idea de escribir una obra de teatro sobre Laurel y Hardy. Tenía claro cómo terminarla: los actores y el público debían arrojarse tortas de crema a la cara. Ya en Buenos Aires, una vez que se la conté a un empresario teatral, él me dijo: 'Eso no va, Osvaldo. La gente va bien vestida a un espectáculo. Se van a ensuciar la ropa y, peor, me van a dejar la sala hecha un desastre.' Así que renuncié, a ese final y también a la obra. Hasta que una noche que íbamos caminando por Florida con un grupo de amigos, todos borrachos, uno de ellos se puso a recitar un texto en prosa tan hermoso que me impresionó.

Le pregunté de quién era. Me contestó: '¿No conocés a Raymond Chandler?' Y al día siguiente me mandó por un cadete *El largo adiós*. Así descubrí a Philip Marlowe."

Del suplemento especial de *Página/12* al año de la muerte de Soriano

"Bastante antes de escribir la novela, yo ya juntaba material sobre el Gordo y el Flaco. Vos recordarás, porque me conocés bien de aquella época, que yo les contaba en el bar, en la caminata, en el café o en la redacción. Como no tenía modelo narrativo, hablaba de esa historia y no la escribía: porque no sabía qué hacer. El descubrimiento —y desde allí se abrió para mí la puerta de la literatura— fue aquel día de 1972 en que leí *El largo adiós*. Hasta ese libro todo para mí era imposible, todo era nebulosa. Fíjate que lo único de lo que hago que sería hoy capaz de reivindicar, como gato panza arriba, son los diálogos. Que no están mal. Pero en aquel tiempo yo era incapaz de escribir un solo diálogo que fuera creíble; fue Chandler quien me abrió ese mundo. Ahí encontré la manera de contar ese material con que los abrumaba a ustedes en los bares."

Entrevista con Mempo Giardinelli, *Purocuento*, diciembre de 1988

"Esto se ha convertido en un pedazo de tierra poco habitable. Pocas cosas tienen objeto para mí: la literatura, antes que nada. Siento a veces que escribir es todo, aunque sea una mierda. No podría vivir sin hacerlo. [...] Dentro de un año tendré treinta y estoy en un callejón sin salida: periodismo o muerte. El periodismo ya no es una necesidad para mí, sino una farsa, pero es lo único que sé hacer. [...] Aunque trabajo muy lentamente, es la primera vez que tengo conciencia de estar haciendo una novela. Creo que es irreversible; este engendro saldrá pronto. [...] En breve te haré llegar el borrador que estoy terminando. Dipi [Jorge Di Paola] dice que, por la forma, será un best-seller. Yo desconfío: es un delirio de amigo."

Cartas a Félix Samoilovich en Bruselas, 1971-1972

"Desde 1971, Osvaldo nos mostraba borradores; tenía varios comienzos para el libro. Incluso durante un tiempo iba a ser simplemente una biografía del Gordo y el Flaco. Después una historia sobre Hollywood, y hasta una diatriba contra Chaplin. Es decir: él no tenía el tono, no tenía la voz narrativa. Después está esa historia de cuando su gato se le apareció en la cocina y le dio la idea de meter a Marlowe. Y digamos que, de alguna manera, ahí se le fue la duda entre lo periodístico y lo novelístico. Yo creo también que Osvaldo se había impresionado mucho con Manuel Puig, desde el año 69. Tenía una admiración y un conocimiento muy fuerte de la obra de Puig. Mezclado con lo otro que le fascinaba y nos fascinaba a todos en ese momento, que era básicamente Chandler, Hammett y Ross McDonald."

Mempo Giardinelli, en el documental *Soriano*, de Eduardo Montes Bradley

"Yo me metí en el texto como personaje para divertirme: después pensaba sacarme. Pero cuando empecé a dar a leer a los amigos y vi que funcionaba, lo fui dejando para más adelante. Hasta que un día terminé."

De una entrevista inédita con Guillermo Saccomanno

"Durante toda mi infancia y mi adolescencia, el Gordo y el Flaco fueron mis emblemas. En cambio con Chaplin me pasa que está más allá de lo humano. Y eso lo hace menos simpático. Más genial pero menos carnal. El Gordo y el Flaco son

antihéroes: yo tomaría un largo café con ellos, me quedaría una noche entera charlando. Y con Marlowe también. Con Chaplin, en cambio, es muy posible que a la segunda hora empezara a contar la plata que tenía, las mujeres, el éxito."

Entrevista con Pepe Eliaschev,Radio Del Plata, 1993

"Escribí *Triste, solitario y final* después de muchas dudas y vacilaciones. Quizá nunca lo hubiera terminado si Jorge Di Paola, que lo iba leyendo a medida que yo lo escribía y sabe más que yo sobre ese libro, no me hubiera alentado y convencido de que valía la pena. Después, Marcelo Pichon Rivière lo hizo publicar en Corregidor. En ese tiempo yo tenía la obsesión de Laurel y Hardy, esos cómicos que me habían divertido tanto durante mi infancia y que habían terminado en la miseria, olvidados por la industria del cine. Por otra parte, había leído a Chandler y estaba enamorado, como todo el mundo, del personaje duro y romántico de Philip Marlowe. Quería escribir algo sobre Laurel y Hardy, pero no sabía por dónde agarrarlos, cómo entrar en la historia. No se me ocurría que tuvieran algo que ver con Marlowe. Yo tuve gatos toda mi vida, son mis hermanos, me siguen por la calle, nos comunicamos muy fácilmente, quizá porque como ellos yo vivo de noche y como ellos soy muy vago... En ese tiempo vivía en un dos ambientes en la calle Mario Bravo, solo, no tenía gato por primera vez en mi vida, y estaba muy deprimido porque no le encontraba la vuelta al tema de laurel y Hardy. Una noche estaba tirado en la cama a las tres de la mañana, en pleno verano, sintiéndome un pobre infeliz, cuando oigo en la cocina un ruido de cacerolas que se caían al suelo. Me levanto, voy a ver, despacito, y me encuentro con un enorme gato negro que había entrado por la ventana abierta y estaba parado entre las ollas. Yo sólo tenía prendida la luz del velador así que estábamos en la penumbra de la cocina y el gato me miraba fijo. Le hablé, me acerqué un poco y él saltó a la ventana, desde donde se quedó mirándome un rato, como diciendo: '¿Qué hacés, boludo, no te das cuenta de que la cosa es evidente?' Una vez que me avivé de que era el gato negro (o la gata negra, más bien) de Chandler, que venía a decirme que el único capaz de investigar la historia de Laurel y Hardy era un detective profesional como Philip Marlowe, dio un salto y se fue. Ahí nomás saqué la máquina y empecé a escribir el encuentro de Soriano y Marlowe en el cementerio de Forest Lawn. Y no paré hasta que terminé la novela. Esto puede parecer un chiste para quien no entiende el lenguaje de los gatos, para el que no sepa que son mediums —teléfonos, como dice Cortázar—, pero yo sé muy bien que si *Triste, solitario y final* existe, es gracias a aquel gato."

Entrevista telefónica con Mona Moncalvillo desde París, *Humor*, febrero de 1983

"Si alguien me hubiese dicho que apostara por una de mis novelas que pudiese ser llevada al cine, yo habría dicho *Triste, solitario y final*. En el '74 o '75 hubo un primer intento, en la Argentina. Pasó lo mismo después en Francia y en Italia, pero se llegó siempre a la conclusión de que sería carísima, por detalles que yo jamás había tenido en cuenta. Por ejemplo: para usar a Philip Marlowe hay que pedir los derechos, y con Laurel y Hardy pasa igual, hay que lidiar con herederos y agentes. Y ellos no implicaban los problemas más serios, porque son los personajes queribles de la novela. El problema era cómo hacer con Chaplin, que en el libro aparece muy antipático. Y no es lo mismo que aparezca alguien llamado Chiplin. Por eso se fueron frustrando todos los intentos de filmar *Triste."*

Entrevista con Pacho O'Donnell, en *Testimonios*, América TV, diciembre de 1995

"Recuerdo exactamente el momento en que conocí a Osvaldo Soriano. Yo estaba en el Hotel Habana Libre como jurado del Premio Casa de las Américas. Todas las obras que teníamos eran una porquería, de lo peor. Y ya estábamos un poco desesperados por tener que declarar desierto el concurso. Eran las dos de la mañana cuando abrí un original titulado *Triste, solitario y final*. Estaba con seudónimo. En cuanto empecé a leer me di cuenta de que era una revelación y salí corriendo a despertar a los demás jurados... y a los que no eran jurados también. Pero no conseguí convencerlos. Los amigos cubanos consideraban que el libro era transgresor contra Chaplin y demasiado a favor del Gordo y el Flaco. Se decidió no darle el premio y yo hice un voto de minoría. A raíz de lo cual el Gordo me mandó una carta preguntándome si podía utilizar lo que yo había dicho para Casa de las Américas en la primera edición que le iban a sacar en Corregidor."

Ariel Dorfman, en el documental *Soriano*, de Eduardo Montes Bradley

"Mi primer viaje al extranjero fue posterior a la publicación de Triste. No había ido nunca a Europa, y en esa época todos los periodistas jóvenes soñábamos con ir alguna vez. No sé por qué yo tenía la fantasía de que estaría en España cuando muriera Perón. Doble error, porque Perón no iba a morir en España, y yo no iba a cubrir esa noticia. La cuestión es que, en el '73, a los pocos meses de la salida del libro, en los mingitorios de *La Opinión*, Timerman me dijo: 'El lunes que viene se va a Turquía.' Había que cubrir la inauguración del puente del Bósforo, en Estambul. Fue un viaje muy loco, con el atractivo de que a la vuelta pasaba por Roma. Yo andaba con un par de ejemplares del libro recién salidos del horno, uno de ellos para Osiris Troiani, y el día que se lo di le comenté que sería lindo, en lugar de volver por Nueva York, que

era el tramo obligado, volver por Los Ángeles, y pasar a ver la tumba del Flaco, Stan Laurel, y conocer los demás lugares donde se desarrollaba mi novela. Troiani, que era un viejo lobo de mar y hablaba muy bien italiano, me dice: 'En Italia todo es posible; vamos a la oficina de esta gente, a ver.' Después de mucho llorar, como se hace en Italia, alguien que parecía más jefe que los demás dijo sí, me puso un papel en el pasaje y me dijo: 'Va a Los Ángeles.' Pero, grave problema: vía Londres. Cuando el avión aterrizó en Inglaterra me bajaron por alguna estúpida formalidad inglesa, y fue un drama, porque yo no sabía una palabra de inglés. Al tipo del mostrador le tiraba el pasaporte y él me lo devolvía. Hasta que, mirándome con un odio tremendo, me selló el pasaje y pude por fin llegar a Los Ángeles, donde cambió mi suerte, cuando empezó a tallar toda esa mitología de Hollywood que yo iba a buscar. Al llegar al cementerio, la tumba de Stan Laurel estaba fuera del circuito que se podía visitar. Entonces saqué el ejemplar que me quedaba de mi libro, y eso los debe haber conmovido, porque la tapa era una foto en blanco y negro del Flaco abrazado con el Gordo. Los tipos me dieron un mapa y, cuando lo abrí para ubicarme, vi que había un puntito marcado con lapicera. Caminé hasta ese lugar y ahí estaba la tumba. ¡Que no se parecía en nada a la descripción que yo había hecho en el libro!"

Entrevista con Santo Biasatti, *El programa de Santo*, TN, septiembre de 1996

"Decidí no escribir sobre algunas cosas de aquel viaje que fueron muy íntimas y me hicieron sentir feliz. Fui al cementerio de Forest Lawn y visité, un día de llovizna, como en la novela, la tumba de Stan Laurel. Sobre ella crecían algunas flores y era muy distinta de la que yo había imaginado. Dejé un libro sobre el césped, en el lugar donde descansa el viejo Laurel. Me pareció el único homenaje posible en aquel momento. No pude ir a La Jolla a visitar a Chandler, pero imaginé las andanzas de Philip Marlowe cada vez que caminé por Figueroa Street o el Sunset Boulevard. La ciudad me pareció un inmenso, fulgurante decorado cuya leyenda podía recrearse a cinco mil kilómetros de allí. Bien o mal, yo lo había hecho."

"Tribulaciones de un argentino en LA",en *Artistas, locos y criminales*

"Querido Osvaldo: aquí en mi rancho meridional he tenido tiempo de ponerme un poco al día en materia de lecturas atrasadas, una vez terminada la serie de gripes y otras consecuencias somasiquiátricas de mi largo viaje latinoamericano. Tu libro me llegó justo cuando empezaban mis vacaciones sureñas, y fue uno de esos regalos que aceleran a fondo cualquier convalecencia. Apenas terminé de leerlo, me cayeron también una o dos reseñas del libro, y no me sorprendió —dada la inevitable y quizá

necesaria deformación de la óptica argentina en materia de valoración literaria— que los autores llenaran párrafos y párrafos con referencias a la *desmitificación de la sociedad americana*, como se decía ya en la contratapa. Es evidente que en estos tiempos ese aspecto de cualquier libro pasa a primer plano, pero lo que me molestó y me molesta es que ese primer plano tiende a dejar en penumbra, cuando no en la sombra, el hecho obvio, hermoso y alentador de que has escrito una excelente novela. Quizás hayan aparecido estudios más concentrados en el aspecto literario de tu libro, que todavía no conozco; a juzgar por lo que pude ver hasta ahora, se diría que Osvaldo Soriano, lleno de odio hacia el establishment yanqui, se sentó a la máquina y montó una ídem destinada a denunciarlo y a demolerlo. Pamplinas. Si algún olfato tengo, ese olfato me dice que Osvaldo Soriano, viejo enamorado de una literatura norteamericana que también demolía a su manera el sistema pero que no se escribía para eso, e igualmente enamorado de un cine en el que habitan nuestras más melancólicas nostalgias de juventud, se sentó a la máquina y produjo una larga, admirable ceremonia de evocación de muertos queridos, y que mientras escribía su libro en algún cuarto con poca luz y mucho humo, Stan y Marlowe y Oliver se paseaban en silencio, mirándolo mirarlos.

Si con eso alcanzo a decirte algo, me sentiré muy feliz. No soy crítico, no entiendo nada de valoraciones analíticas. Tu libro es para mí ese imposible que no puedo impedirme soñar: una nueva vieja película, una nueva vieja novela de Chandler. No estoy diciendo que sea un libro anacrónico, sino que es un libro muy nuevo y muy nuestro, que cumple el milagro de convocar antiguas sombras queridas. Y después, claro está, todo lo otro que tanto subrayan los artículos que he leído: mostración del horror con aire acondicionado, la abyecta realidad del *Watergate way of life*, etc.

Te agradezco como lector el incesante, perfecto humor de tu prosa, de las situaciones y los sobreentendidos; sin él tu novela no hubiera tenido sentido. Los diálogos, en esa especie de *traslatese* deliberado pero en el que has ido metiendo tu propio estilo, le dan al relato su ubicación perfecta y esa verosimilitud de lo absurdo que es el privilegio de los mejores novelistas, empezando por el mismo Chandler. Y aquí me paro, compañero, porque creo haberte comunicado lo más secreto y evasivo de mis sentimientos frente a tu libro. No era fácil, porque esos sentimientos nacen del clima profundo del relato, imposible de precisar racionalmente. Yo también, al doblar la última página me he sentido triste, solitario y final. Pero encender otro cigarrillo y volver a llenar el vaso eran pequeñas ceremonias reconfortantes, signos de que la vida estaba aún ahí, y que me había dado tiempo a leer un hermoso libro.

Te abraza, Julio."

Carta de Julio Cortázar a Soriano desde Saignon, agosto de 1973